



Quinto Movimiento, <i>por Mariano Fontela</i>	2
La unidad del Peronismo, <i>por Antonio Cafiero</i> (2010)	6
La Reexistencia Peronista que está siendo, <i>por Enrique Del Percio</i>	8
La lucha por la idea, <i>por Ginés González García</i>	9
El legado de Cafiero y la política con grandeza, <i>por Alicia Pierini</i>	10
Notas sobre la prensa de la(s) resistencia(s), <i>por Darío Pulfer y Julio Melon Pirro</i>	11
La posverdad del peronismo feminista, <i>por María del Carmen Feijoó</i>	16
Mujer latinoamericana en lucha, <i>por Verónica Sforzin</i>	20
De aquellos polvos vienen estos lodos, <i>por Guillermo A. Makin</i>	24
Estar a la altura, <i>por Grupo Fragata</i>	28
El albatros debe volver a remontar el vuelo, <i>por Julio Fernández Baraibar</i>	29
De qué hablamos cuando hablamos de unidad, <i>por Claudia Bernazza</i>	33
Desafíos de la unidad del Peronismo, <i>por Damián Descalzo</i>	36
¿Unidad de concepción en el peronismo actual? <i>por Pablo A. Vázquez</i>	38
Sin unidad de concepción e identidad no hay unidad del peronismo, <i>por Nancy Sosa</i>	40
Santa Fe tiene ejemplos, <i>por Franca Bonifazzi</i>	42
El trabajador como sujeto político del peronismo: ¿actualidad o anacronismo? <i>por Lucas Diez</i>	45
El pueblo en tiempos un nueva oleada individualista, <i>por Francisco José Pestanha</i>	47
El peronismo y la construcción de una Tercera Vía, <i>por Esteban Mahiques</i>	50
La madre de todas las batallas. Apuntes sobre la dependencia, <i>por Juan Godoy</i>	53
El pensamiento filosófico-político de Rodolfo Kusch, <i>por Javier G. Río</i>	57
Yendo hacia el Fondo, <i>por Mariano de Miguel</i>	61
La vivienda social y el hábitat digno, <i>por María Laura Rey y Damián Sanmiguel</i>	64
Limitaciones actuales del sistema argentino de inteligencia criminal, <i>por Glen Evans</i>	66
Archivo: Revista <i>Descamisada</i>	78

Movimiento pretende intervenir en debates en torno a ideas políticas, a la democracia y la política, a los actores políticos y sociales no estatales, y a las políticas públicas, incluyendo normas, programas y provisión de bienes y servicios por parte del Estado. Los artículos y comentarios firmados reflejan exclusivamente la opinión de sus autores. Su publicación en este medio no implica que quienes lo dirigen o producen compartan los conceptos allí vertidos. La reproducción total o parcial de los contenidos publicados en esta revista está autorizada a condición de mencionar expresamente el origen y el nombre de sus autores.

Quinto Movimiento

Mariano Fontela

Hacer una revista pluralista insume más tiempo que una monacorde: aunque siempre habrá quien crea ver favoritismos donde no los hubo, hay que esperar pacientemente hasta que haya suficientes textos que disientan entre sí para evitar generar la idea de que se quiso beneficiar más a una opinión que a otras. Por eso, a riesgo de parecer excesivamente grosero –y obvio, porque son demasiado visibles las diferencias de opinión–, aclaro que estoy en franco desacuerdo con casi todos los textos que contiene este primer ensayo de retorno de la revista *Movimiento*. Pero justamente por eso es que creo que vale la pena haberla impulsado. Si algo nos sobra es leer y escuchar muy atentamente a quienes opinan exactamente lo mismo que ya veníamos pensando. ¿Vale la pena intentar con otra cosa? ¿Puede salir algo interesante de semejante espíritu cafierista, en tiempos en que los ánimos predominantes no son precisamente conciliadores? ¿Es posible hacerlo sin que nos tapen a toscazos desde los cuatro puntos cardinales? No estoy seguro, pero si con el método anterior no íbamos de maravillas, tal vez sea momento de probar con otra cosa. De paso, también advierto que esta revista no solamente es plural por los pelajes, sino también por la edad o la disciplina de sus autores.

¿Por qué puede ser importante el pluralismo en una revista peronista? Vengo leyendo hace tiempo textos donde percibo que hay una cierta confusión respecto al significado de “unidad”. Tal vez a algunos les cueste entender que pueda mantenerse unido algo que se está moviendo. Por eso conviene recordar previamente qué expresa la afirmación de que el Peronismo es un movimiento nacional: significa que no es un solamente partido político, entre otras razones porque también contiene organizaciones no partidarias que tienen lógicas que no siempre coinciden, como sindicatos, empresarios, agrupaciones de profesionales, organizaciones territoriales, movimientos sociales, etcétera. No son meramente aliados: son integrantes del Movimiento, tan legítimos como el propio Partido. Ese rasgo permitió por ejemplo que el

Peronismo sobreviviera a las dictaduras: no fue porque hiciera buenas migas con los milicos –hipótesis hipócrita–, sino porque pudo recluirse hacia esas organizaciones. Tal vez por eso para algunos sea difícil entender la unidad cuando el Peronismo no gobierna. La unidad no puede significar que vayamos todos juntos de la mano a todos lados, o que coincidamos en absolutamente todo. Las estrategias de cada sector muchas veces son incompatibles en el corto plazo. Eso los preserva, y nos preserva. Verbigracia, algunos no logran comprender por qué algunos sindicatos son más jodidos con los gobiernos propios que con los ajenos: no entienden que cuando perciben el riesgo hacen concesiones para resguardarse. No es un detalle menor que esto se justifica solamente si cuando nos toca gobernar lo hacemos bien, algo que sabemos que no siempre ocurre.

Pero pensando ya solamente en “El Partido” y aun fantaseando con un triunfo electoral futuro, la unidad tampoco puede significar solamente que “quien pierde acompaña”: esa consigna no es solamente para quienes pierden, sino también para quienes ganan las internas, para que busquen la manera de incorporar con dignidad a los que no triunfan, aun en el improbable caso de que sus votos ya no sean necesarios. Mala escuela fue en esto el peronismo en los últimos años, basta recorrer algunos municipios...

Pero además la unidad en términos electorales no implica que entremos todos por la misma puerta, porque sabemos que ciertas sumas restan. Significa que en elecciones presidenciales no se vale ir por fuera, que nadie provoca la derrota del movimiento por hacerse su quinta con unos votitos, o que todos se hacen cargo de que la derrota del Peronismo significa el triunfo del neoliberalismo. Obviamente, la victoria del Peronismo no es automáticamente la derrota del neoliberalismo, ya lo aprendimos con dolor. Por eso hace falta que la “unidad” se logre con “unidad de concepción”, y no solamente con internas. Porque si se acuerda con relativa precisión que gane quien gane nos vamos a mover

en determinada dirección, que hay cosas que sí y cosas que no –cosas tales como lo de los milicos, lo del FMI o lo de las jubilaciones–, traicionar al Movimiento yendo por fuera es traicionar esas ideas y no solamente a personas. Traicionar a un dirigente es dable. Facilitar que ganen los malos, no.

Continuamente se dice que hay que generar una “unidad de concepción”, acordando sobre ciertas ideas, en lo posible aquellas que nos permitan debatir más sobre el futuro que sobre el pasado. ¿Pero y las ideas? Ah. Todos decimos que hay que tenerlas, pero casi nadie muestra una sola idea nueva. Veremos si esta revista aporta o no en ese punto. Pero al menos debemos tener en claro que si queremos una unidad razonablemente duradera tenemos que acordar tres cosas: la doctrina, el programa de gobierno y el método de selección de dirigentes (ver aparte el texto de Antonio Cafiero que explica por qué forman parte de la “unidad de concepción”). Sobre lo tercero no hay tanta discusión, más bien lamentos por los malos ejemplos: algunos hacen largas listas de traiciones recientes, y siempre nos parece que se quedan cortos. La hinchada es cruel con el jugador que juega mal, pero con el que juega a perder es un poquito más estricta. En el Peronismo no parece predominar ese criterio: somos demasiado indulgentes con tipos que nos consta que en alguna elección presidencial o provincial vendieron los trapos.

En mi opinión, si se quiere evitar el centrifugado, no solamente hay que acordar un método de unidad, sino que también debería haber una especie de código, aunque tenga un solo artículo: si vas a menos, chau para siempre. Solamente con este artículo quedarían fuera de juego varios de los principales protagonistas de los últimos años. Pero no todos. No es poco. A diferencia del resto, el Peronismo tiene muchos buenos candidatos que pasan ese y otros exámenes. En mi opinión, el punto más riesgoso para los próximos meses es que también tiene otros candidatos que no estarían dando demasiadas garantías en este tema.

Pero además están las otras dos partes que mencionaba arriba: la doctrina y el programa de gobierno. A eso queremos aportar con esta nueva revista. Es la consigna que esgrimió Enrique Del Percio al convocar a Reexistencia Peronista, un proyecto que contiene a esta revista pero la excede largamente. Que lo explique él (ver aparte).

Las revistas *Movimiento*, 44 años de historia

A quien le embole la precisión histórica o los nombres de viejos compañeros, puede saltar sin perjuicio este apartado y leer directamente la transcripción del artículo de Cafiero.

Esta es la quinta revista *Movimiento*, al menos si las contamos a mi manera. La primera con ese nombre tuvo once números entre abril y septiembre de 1974. Estaba encolumnada en una rama del peronismo, la JP Lealtad, pero intentaba incorporar diferentes visiones y contenía no pocas críticas al gobierno, tanto al de Perón como al de Isabelita. Por ejemplo, en el primer número incluyó reportajes a Rodolfo Ortega Peña (director de *Militancia*) y Felipe Romero (director de *El Caudillo*). En sus 32 páginas cada texto salía sin identificar al autor, pero inicialmente se identificaban sus responsables: fue dirigida por Miguel Saiegh, y también colaboraron Horacio Eichelbaum, Hernán Patiño, Ricardo Sánchez y Ricardo Roa, el mismo que ahora es editor general adjunto de *Clarín*. El último número comienza reclamando al gobierno para que detenga la violencia de ultraderecha: “Los que nos ‘ayudan’ empleando el asesinato a mansalva y el terrorismo son el más artero peligro para la revolución peronista. (...) Este S.O.S. va dirigido especialmente al propio gobierno: muy pocos son los guerrilleros apresados en un marco legal y ningún comando parapolicial ha sido detenido”.

Hubo una segunda *Movimiento*, cuyo primer número salió en diciembre de 1982, y era editada con el apoyo de la agrupación Movimiento, Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO), liderada por Antonio Cafiero, e integrada –entre otros– por Oscar Albrieu, Ricardo Guardo, Miguel Unamuno, Antonio Benítez, Roberto García, José Rodríguez, Darío Alessandro, Duilio Brunello, José María Castiñeira de Dios, Hugo del Carril, Irma Roy y Oraldo Britos, y por varios más jóvenes que luego ocuparían diversos cargos de gobierno y participarían en el Instituto de Altos Estudios Juan Perón: Norberto Ivancich, Roberto Lavagna, Lorenzo Pepe, Miguel Gazzera, Roberto Digón, Alberto Iribarne, Carlos Corach o Ernesto Tenenbaum. Esta segunda revista fue dirigida por Fermín Chávez, con el mismo Ricardo Roa como jefe de redacción, y con Rodolfo Audi y Oscar Cardoso como secretarios de redacción. Escribieron en sus páginas, entre otros, Osvaldo Guglielmino, Carlos Campolongo, Pascual

Albanese, Osvaldo Pepe, Juan Bautista Yofre, Oscar Sbarra Mitre, Luis Gramuglia, Osvaldo Granados, Heriberto Muraro, Silvia Mercado, Any Ventura o Fernando Galmarini. Como puede verse, se trata de compañeros que con los años encontraron rumbos diversos. También colaboraron con esa revista los jovencísimos Nancy Sosa y Guillermo Makin, de quienes publicamos sendos artículos en esta nueva etapa. En el número 3, de febrero de 1983, Cafiero escribió unas palabras que bien podrían prologarnos esta vez: “Hoy hay que volver a sacar al país de la dependencia, arrebatándole el poder de decisión a las transnacionales del dinero y de la violencia, y maniatar a las elites oligárquicas para que no vuelvan a conspirar contra los intereses de la comunidad. Será el tiempo de restaurar la justicia social. (...) La situación económico-social es en todo caso un difícil escollo, pero jamás será una justificación para detener la propuesta de liberación y justicia que tiene términos concretos en el Programa Justicialista”.

La tercera *Movimiento*, entre los años 2006 y 2012, también fue inspirada por Cafiero, en el marco de la segunda etapa del Instituto de Altos Estudios Juan Perón (la primera había sido en los 90). Fue dirigida por Guillermo Piuma y Nancy Sosa, ya mencionada como colaboradora serial de las distintas *Movimiento* en los últimos 36 años. Con 112 páginas de alto gramaje y a todo color, era una revista indudablemente muy linda, con arte y una gráfica de lujo. En cada uno de sus nueve números incluyó obras de un artista distinto, con Raúl Santana como curador. Contenía artículos de opinión y análisis sobre la coyuntura política, textos y anecdotarios sobre la historia del peronismo, y extensos reportajes a protagonistas destacados del momento. También incluía opiniones de analistas antiperonistas, en una sección titulada “Cómo nos ven”. El clima de aquellos años no era favorable a una revista pan-peronista, aunque la figura de Cafiero lo facilitara.

La cuarta *Movimiento* fue la que más se pareció a lo que queremos en este nuevo intento, en parte porque quienes la hicimos somos casi los mismos. Fue una revista que comenzó llamándose *Movimiento* y terminó –a partir del número 50– con el nombre de *Reseñas y Debates*, también editada por el Instituto Juan Perón. La razón del cambio de nombre es francamente poco seria: cuando comenzó, Antonio consideraba que no era un problema que hubiera dos revistas con el

mismo nombre. Le parecía una buena idea, a tal punto llegaba su obsesión por la unidad de concepción. Pero con el paso del tiempo las dos publicaciones se consolidaron, y no resultaba razonable mantener la confusión. Empezó siendo un boletín de 8 páginas y terminó como una revista de 36 páginas. Llegaron a salir 72 números, todo un récord para publicaciones de ese tipo, entre 2005 y 2012. Además, fue la primera de estas revistas que –además de salir en papel– se publicó completamente en forma digital. A diferencia de su coetánea, era una publicación fea, a dos columnas que ocupaban casi toda la página y con muy pocas imágenes. Contenía artículos de opinión y algunos textos de estilo más académico. Los primeros números incluían principalmente reseñas de libros recientes sobre el Peronismo. Eso se explica porque la mayoría de los libros que se publicaban en aquellos años hacían todo tipo de afirmaciones indocumentadas o mal documentadas –por decirlo amablemente– sobre el Peronismo, del histórico y del contemporáneo. Varias de esas piezas tan irrazonablemente hostiles eran escritas por docentes e “investigadores” con frondoso currículum. Seguramente les daban doble postre cuantos más disparates dijeran contra el Peronismo. Entendimos entonces que refutar leyendas era un buen punto para empezar la discusión, y sin pretender adjudicarnos el menor mérito en el resultado, opino que un poco la mano cambió: siguen repitiéndose desatinos, pero no tan mayoritariamente como entonces. No deja de parecerme curioso que muchos de los autores de las reseñas de esa cuarta *Movimiento* fueran personas grandes y con suficientes pergaminos académicos y políticos, que humildemente aportaban comentarios críticos sobre libros de autores que algunas veces no lo merecían. El propio Cafiero redactó algunas reseñas de libros, y también lo hicieron, por ejemplo, Floreal Forni, Jorge Bolívar, Héctor Masnatta, Enrique Oliva (ver aparte el artículo de Pulfer y Melon Pirro donde se menciona a Oliva, que también usaba el seudónimo de François Lepot) o Carlos Eroles, por mencionar a quienes ahora militan en otros barrios. Los artículos de opinión, que de a poco fueron ocupando más espacio en la revista a medida que aumentaban las páginas, fueron también redactados por autores de distintos perfiles, incluyendo desde jóvenes que aún cursaban sus estudios de grado hasta ministros o

profesores universitarios de los buenos. Fue una publicación plenamente cafierista, “pan-peronista”, donde publicaban tanto los más kirchneristas como los antikirchneristas irredentos. Incluso hubo algunos que primero fueron una cosa y luego otra, y siempre les dimos espacio para escribir. La única restricción era la prohibición de hablar mal de personas o agrupaciones: era una revista donde se discutían ideas o proyectos, no candidatos. Hasta donde sé, una rareza, solamente posible gracias a la insistencia de Antonio Cafiero. Dentro de ese Instituto también se editó la revista *Género y Peronismo*, dirigida por Ana Zeliz y María Alicia Timpanaro, que llegó a 12 números entre 2008 y 2012. Y hay una revista más, actual, que incluye el mismo nombre: *Movimiento 21*, conducida por Hugo Quintana, Pascual Albanese, Humberto Roggero y Guillermo Schweinheim. Contiene interesantes textos de personalidades provenientes de distintos sectores del Peronismo, aunque excluye sistemáticamente a otros sectores, particularmente al kirchnerismo.

En fin, que el espíritu cafierista de esta quinta *Movimiento* es incluir a todos los que

tengan algo para decir con buena leche, incluso a quienes actualmente no se identifican con el Peronismo. No pudimos convocar a todos los que sabemos que tienen algo valioso para aportar, porque por algún lado debíamos empezar, y obviamente tampoco podíamos hacerlo con quienes no conocemos. Pero a partir de ahora tienen las puertas abiertas: nos mandan un email y listo.

Quien haya conocido a Antonio sabrá que militaba como pocos la unidad del peronismo. En homenaje a esa lucha es que este primer número trata sobre el tema. De hecho, quien lea estos textos notará que varios de ellos hacen referencia a unas mismas palabras de Antonio, extraídas de un artículo suyo publicado en junio de 2010, cuando Néstor Kirchner aún vivía pero ya se preanunciaban algunos de los problemas que padecemos actualmente. No es casualidad: esa cita fue enviada previamente a los autores para ver si se inspiraban. Me resulta imposible explicarlas o resumirlas de mejor manera que lo que en aquel momento lo hizo Cafiero, así que me limito a transcribir su texto entero (ver aparte). Tiene aún más vigencia que entonces. ▀

La unidad del Peronismo

Antonio Cafiero (2010)

No hace falta tener las últimas encuestas en la mano para darse cuenta de que la actual división entre peronistas nos resta posibilidades de triunfar en las próximas elecciones.¹ Si finalmente deciden ir por fuera quienes hoy disienten con la conducción del Partido Justicialista –incluyendo no sólo al llamado “peronismo disidente” sino también a quienes llamándose peronistas apoyan a Proyecto Sur o expresiones partidarias similares– no sólo perderán irremisiblemente, sino además serán eventualmente responsables del triunfo de una reedición de la malograda Alianza de 1999. Sin pretender minimizar las diferencias existentes entre ellos y quienes adhieren al Gobierno, en los hechos unos y otros actúan como si fuera preferible una presidencia de Cobos, de Carrió o de Macri antes que la de un peronista de un sector opuesto.

Para justificar esta contradicción algunos compañeros buscan difundir la creencia de que las diferencias ideológicas entre “izquierda” y “derecha” son más importantes que las políticas. Juan Perón, a quien se pretende invocar para respaldar esa actitud, postulaba exactamente lo contrario. El demostró que en la Argentina la división política más importante no es binaria sino tripartita: su tercera posición, nacional y popular, se opuso a la derecha antinacional y a la izquierda antipopular.

Los “presidenciables” tienden a dar importancia a las diferencias ideológicas cuando se refieren a sus competidores, pero hacen la vista obesa con sus propias segundas líneas. Eso es posible porque la diferencia entre derecha e izquierda ya no es lo que era. Hoy parece involucrar más el destrato por razones de género que las estructuras sociales y económicas injustas. Tomar partido entre una izquierda “moral” y una derecha “pacata” no es una disyuntiva digna de un peronista.

La ilusión de refundar el sistema político en esta clave –tal como pretenden, entre otros, Di Tella y Laclau– apenas logra ocultar otra fantasía:

la de moldear al enemigo a imagen y semejanza de esos ardores morales. El único logro que pueden adjudicarse en todos estos años fue el corrimiento de Carrió hacia la derecha. Los peronistas siempre nos hemos divertido con los delirios literarios de quienes pretendieron caracterizar nuestra personalidad con argumentos “científicos”. Esa experiencia debería servirnos para descreer de los academicismos que postulan que el sistema político argentino avanza saludablemente hacia una división más “europea”, en la que se agruparán los buenos peronistas con los progresistas sensibles y los malos peronistas con los oligarcas innobles. La realidad desmiente día a día estos espejismos: la mayor parte de los peronistas adherimos a los ideales de soberanía política, independencia económica y justicia social, que no son de izquierda ni de derecha.

Por su parte, otros dirigentes asumen posiciones similares a las del gorilaje fundacional, criticando el vestuario o los estilos de dirigentes afines al Gobierno. Arturo Jauretche se haría una fiesta describiéndolos. Asombra además que en su afán de diferenciarse hagan acuerdos y pronuncien frases que enajenan a muchos compañeros. Parecen olvidar que si tienen alguna oportunidad de ganar las elecciones necesariamente va a ser con esos votos, salvo que pretendan llegar al sillón de Rivadavia en andas del antiperonismo...

Unas y otras actitudes se explican por la tendencia a traducir las diferencias políticas en clave moral, donde lo microscópico se vuelve decisivo. Ahorrémonos las especulaciones que suelen hacerse sobre una eventual segunda vuelta. Aspirar a ganar por un voto no sólo es riesgoso, sino también supone consagrar la postura de que es preferible arriesgar todo antes que buscar acuerdos, que se asimila más a un aforismo radical que a la tradición peronista. Se puede entender esa disposición en una apuesta personal cuando sólo hay un lugar a ocupar y varios postulantes, pero no es razonable pretender que todo el movimiento la asuma como estrategia principal.

Sin embargo, el ejemplo de 1999 no es el único válido para reflexionar sobre el presente.

¹ Artículo publicado en el diario *Página 12* el 22 de junio de 2010.

También la experiencia de 1989 puede servir para recordar que a veces la defensa a ultranza de la unidad puede llevar a abandonar nuestros principios más elementales. Por eso no pretendo sugerir que la solución sea simplemente celebrar una interna alegre y entre todos, porque ella no garantizaría a quien pierda que el ganador tome en cuenta sus propuestas. La interna es indispensable, pero no suficiente: para que la interna sea un puente hacia la unidad tiene que ser inobjetablemente transparente, y a la vez debe confirmar el protagonismo popular, para evitar que el rumbo del peronismo se dirima en negociaciones entre cúpulas más o menos iluminadas.

Dejando de lado a algunos sectores insignificantes y las sobreactuaciones, es mucho más lo que la mayoría de los peronistas tenemos en común que lo que nos diferencia. Hay compañeros que no se sienten representados por el Gobierno, pero bien podrían apuntalarlo en los momentos decisivos si éste hiciera un esfuerzo por entender que el apoyo crítico también suma. Y algunos disidentes podrían ser más aceptados por quienes adhieren al Gobierno si dejaran de jugar para la tribuna contraria. El resto, los intransigentes de uno y otro lado, seguramente quedarían aislados y estarían obligados a acompañar al conjunto.

Juan Perón decía que la unidad del justicialismo sólo se podía lograr gracias a una concepción común acerca de la validez de la doctrina, y no resolviendo en elecciones limpias quién tiene más votos: “la unidad de concepción es el origen de la unidad de acción”. El único fundamento de la unidad políticamente efectivo y moralmente justificable es la afirmación de ideales compartidos. Esta es la solución para resolver a la vez las dos crisis crónicas del peronismo: la de unidad y la de identidad.

Perón diferenciaba tres niveles para esa unidad de concepción: la doctrina, que es el

conjunto básico de valores que un movimiento impulsa; la teoría, que son los mecanismos de selección y capacitación de dirigentes, y los que asume la organización para tomar decisiones colectivas; y las formas de ejecución, que indican las líneas políticas principales de cada área de gobierno. Para que haya unidad se requiere que haya acuerdo en todas y cada una de estas dimensiones. El ideal de unidad peronista, por tanto, no debe dar lugar a melancolías, sino a un esfuerzo por superar aquello que la obstaculiza: el vacío doctrinario. Explicitar la doctrina también servirá para establecer los límites que indiquen claramente aquello que el peronismo excluye, por ejemplo, cualquier forma de reivindicación de las últimas dictaduras militares.

Por eso, la solución, una vez más, es la política, que no consiste en convencernos de que tenemos razón hablando sólo con quienes ya piensan igual que nosotros, sino en debatir con quienes –a pesar de las diferencias– compartimos una base política común. Perón decía que “el motor impulsivo de la organización peronista debe ser la persuasión”.

Hoy sólo hay muy reducidos espacios de debate o publicaciones que sirvan para clarificar los valores que los peronistas compartimos. Pero todos notamos la importancia de estos valores apenas intentamos ejecutar acuerdos políticos con quienes provienen de otras corrientes. Hay algo que les falta, aunque no lleguemos a saber muy bien qué es. Si buceáramos en las causas de esta diferencia entenderíamos mucho más acerca de los pilares sobre los que se puede concebir la unidad del peronismo. No hacerlo es abrir la puerta para la llegada de otra Alianza como la de 1999, y a la vez abortar las defensas que debemos construir para evitar que nuestro movimiento se sume a otra aventura neoliberal. ▀

La Reexistencia Peronista que está siendo

Enrique Del Percio

Me pide Mariano, nuestro director, que trate de explicar qué es Reexistencia Peronista. El problema es que RP no es, sino que está siendo. Y está siendo lo que sus integrantes andan queriendo que sea. Son gente que en general viene del ámbito académico, pero se distinguen de los académicos vulgares en que estos tienden a olvidar la realidad: por ejemplo, están los que creen que el objeto de estudio de la sociología es la sociología, en vez de la sociedad, o los que creen que el objeto de estudio de la filosofía es la filosofía, en lugar de las cosas que son y que pasan. Los de RP tienden a estudiar la realidad en la que viven usando los libros y las ideas como instrumento de conocimiento y transformación. Otra diferencia es que hay mucho intelectual que se cree más que los demás, que se siente algo así como parte de una vanguardia esclarecida. Los de RP se saben parte del pueblo. Ni vanguardia, ni retaguardia: una parte más. Y no se preocupan mucho por andar definiendo qué es el pueblo, porque al ser parte no les hace falta definirlo para conocerlo.

Obviamente, como cualquiera que hace del pensamiento una actividad central de su vida, son críticos y no aceptan dogmas ni imposiciones, pero no se la pasan criticando, sino que también proponen.

En ese marco se está armando una colección de libros electrónicos sobre los temas que más nos afectan, tales como educación, seguridad, vivienda, salud, cuestiones tributarias o economía, y otros asuntos más teóricos pero no menos concretos en sus implicancias, como pensamiento nacional, literatura, filosofía política y otras cuestiones por el estilo. Y también alientan y colaboran con iniciativas como esta, la revista *Movimiento*.

La mayoría de sus integrantes tiene menos de cuarenta años, vienen de todo el país y de todas las corrientes del peronismo (la mayoría tiene también obras publicadas, títulos de posgrado y un currículum notable; esto va entre paréntesis porque es sólo para quienes aún no se enteraron de que el Peronismo es una de las usinas intelectuales más dinámicas y vigorosas del mundo). Se empezaron a juntar a fines de febrero con la única consigna de que estén quienes quieran estar y tengan ganas de que también estén los y las demás. Nada de andar calificando o descalificando personas, sino analizando y criticando ideas y conductas pero, sobre todo, proponiendo. Y esto no por ser buena gente o políticamente correctos. Se trata de priorizar la lucha por la idea y de no perder tiempo ni energías en denuestos inconducentes. La situación del país, de Nuestra América y del mundo es demasiado grave y el Peronismo debe aportar lo suyo. Es una responsabilidad ineludible. No hay espacio para mezquindades. Ni para sentarse a esperar que alguien haga algo.

Ante cada coyuntura difícil aparece el peronismo para ponerle el cuerpo. No resucitando, pues lo han querido matar pero hasta ahora nunca ha muerto. No regresando, pues lo han querido echar pero nunca se fue del todo. Siempre reexistiendo, pues cada momento de la historia requiere un modo distinto de existir. Adecuando la doctrina y la estrategia a cada circunstancia, pero sin alterar los grandes principios: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social. Vale repetirlos. No son palabras vacías, sino que cada vez se llenan de más sentido y significado. Todo ello para conseguir nuestros fines últimos: la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Patria. ▀

La lucha por la idea

Ginés González García

Los peronistas debemos reconstruir nuestra identidad para poder volver a protagonizar el futuro de todos los argentinos. Revisar nuestro pasado reciente es necesario, pero nuestro principal desafío está adelante y no atrás.

Hoy el peronismo parece estar repartido entre varios sectores con necesidades, trayectorias e ideas aparentemente irreconciliables. Sin embargo, más allá de las urgencias que pueda tener cada uno de ellos, todos tienen un mismo desafío: invalidadas las otras herramientas, la única manera de conducir al peronismo en los próximos años será persuadiendo al conjunto. Y como ya no hay acuerdo suficiente sobre nuestro pasado reciente, la única manera de convencer será con nuevas ideas.

Los peronistas sabemos que la unidad de acción solamente se logra con la unidad de concepción. Pero la unidad del peronismo también es una forma de aportar a una unidad mayor: la de toda la nación. Por eso lo que nos compromete en este momento no es unirnos para ganar, sino presentar un nuevo proyecto al pueblo argentino. Con memoria pero sin nostalgia. No podemos seguir repitiendo a los gritos que todo se hizo bien, o que todo se hizo mal. Tampoco podemos definir nuestras propuestas basándonos únicamente en lo bien que estuvimos cuando nos

tocó gobernar, ni mucho menos postulando retoques cosméticos al ajuste –y desbarajuste– macrista. Tampoco sería buena idea elaborar consignas proselitistas que se originen principalmente en las tendencias culturales predominantes o en lo que dicen las encuestas sobre “lo que quiere la clase media”. Habrá que tener todo eso en cuenta, pero nuestra propuesta deberá ser superadora de esas reclamaciones, porque nuestro objetivo no es solamente volver a la victoria, sino prepararnos para conducir a nuestro pueblo hacia una nación justa, libre y soberana. Tenemos que cambiar la historia, reorientando decisivamente las políticas y la forma de “hacer política”, pero también tenemos que impulsar un cambio en lo que la sociedad espera de las políticas y de la política.

Celebro entonces la reaparición de la revista *Movimiento* para aportar en esas cuestiones. En la historia del peronismo las revistas han servido para debatir entre compañeros de distintos sectores y con muy diferentes responsabilidades. En particular adhiero al espíritu amplio y pluralista que siempre tuvieron las publicaciones que inspiró durante décadas nuestro querido Antonio Cafiero. Imitar hoy su ejemplo podría servir para templar nuevamente las armas con las que daremos “la lucha por la idea”. ▼

El legado de Cafiero y la política con grandeza

Alicia Pierini

Cuando hay políticos con grandeza, visión estratégica y serenidad intelectual, la Política (así en mayúscula) se hace Historia, y esa Historia le debe homenaje a quienes forjaron –desde sus diferencias– caminos que llevaron a alguno de los hitos trascendentes de nuestro país.

Deberíamos reconocer en Alfonsín, Cafiero y Menem a tres políticos de raza que tuvieron la grandeza de coexistir desde sus divergencias, enfrentamientos, discrepancias y modalidades desde el comienzo de la democracia hasta el derrumbe del 2001. Ninguno fue perfecto, pero dejaron una huella indeleble, al menos para nuestra generación. Quizás el famoso abrazo de Balbín con Perón, allá por el setenta y pico, fue el que dio los frutos simbólicos que –luego del horror de la dictadura terrorista– revivieron al calor de la construcción de la democracia.

Antonio Cafiero, gobernador de la Provincia de Buenos Aires durante la presidencia de Raúl Alfonsín, fue el primero que proclamó la necesidad de “una reforma integral y consensuada”, para construir la Argentina sobre tres pilares: “el sistema democrático, la vigencia de los derechos humanos y el afianzamiento de la justicia social”. Rápidamente había prendido esa propuesta, pero los tiempos aún no estaban maduros. Hacía falta construir y amasar otras propuestas que empezaban a nacer, como la atenuación del presidencialismo o la integración interamericana, entre otros temas.

Así comenzaron los encuentros con otros líderes de ambos partidos, al mismo tiempo que llegaba a la Presidencia de la Nación Carlos Menem. Alfonsín no se dedicó a perturbar ni a molestar a Menem, ni tampoco éste se ocupó de juzgar la herencia recibida. Muy por el contrario, Alfonsín fue de los primeros en iniciar los encuentros políticos que construyeron la base de los temas para la reforma constitucional.

Antonio Cafiero había competido junto con Carlos Menem para la elección presidencial. Cafiero perdió en esa elección. Pero siguió adelante con visión estratégica e inmediatamente se puso a trabajar para la construcción del nuevo tiempo institucional con el que soñaba. Y respetó el estilo del presidente Menem sin perturbar la gestión del caudillo riojano. La grandeza de Cafiero es un ejemplo que perdura en estos ya largos años de nuestra vapuleada democracia.

Los encuentros políticos liderados por los dos partidos políticos mayoritarios los pilotearon entre Alfonsín y Cafiero, arribando finalmente al Acuerdo de Coincidencias que dio a luz la Convención Constituyente de 1994 bajo la batuta de Eduardo Menem.

Muchas veces, charlando y tomando cafecito con amigos y amigas del peronismo, se nos ha escapado decir: ¡ah, qué falta nos hace un Antonio Cafiero en estos momentos! ▀

Notas sobre la prensa de la(s) resistencia(s)

Darío Pulfer y Julio Melon Pirro

Este artículo² pretende brindar una perspectiva panorámica sobre un fenómeno significativo de la vida política del peronismo en los años de su proscripción. Multiplicidad de medios de prensa surgieron y actuaron en relación al debate de ideas, estrategias y posicionamientos de figuras o grupos del peronismo entre la caída en el año 1955 y su retorno al gobierno en 1973.

Un punto de partida y de inducción sobre este tema señalaría que el movimiento político que había sido tildado de ágrafo y reñido con los “libros” pasó a utilizar la palabra escrita como vehículo para la recuperación de la historia, la reafirmación de su identidad, la construcción de una posición en condiciones de adversidad y la discusión de alternativas para ser reconocido o reinsertarse en la vida política de la Nación. Dicha hipótesis o presunción podría reforzarse si consideráramos la importancia otorgada por el mismo Perón a la “palabra”, evidente tanto en la correspondencia que desarrolla con múltiples interlocutores, así como en los libros que se empeña en escribir y publicar, por diversos medios, durante todos esos años.

Para abordar la temática y al solo efecto de periodizar realizamos una división de lo que se conoce como el fenómeno de “resistencia peronista”, hablando de una primera (1955-1958), segunda (1959-1962), tercera (1964-1965) y cuarta (1968-1972). Esa distinción obedece a las diversas condiciones impuestas por los gobiernos que proscriben al peronismo, así como a las diferenciadas estrategias de lucha que se impone el movimiento peronista y los distintos protagonismos que asumen los actores que lo componen.

² Se trata de una primera aproximación que da cuenta de manera global de las publicaciones del período que pueden identificarse en este proceso. En el listado que presentamos, con seguridad, falta consignar publicaciones del área metropolitana y aún más del interior del país. Los avances de la investigación de los últimos años, al constituir la prensa como objeto de estudio específico y en detalle, ha puesto en la superficie un importante número de materiales (Ehrlich, 2010; Ehrlich, 2012; Gorza, 2011; Gorza, 2016; Melon Pirro, 2009).

En tiempos de la Revolución Libertadora florece una prensa que se inscribe, pues, en la misma lógica de la resistencia peronista. Suelos, periódicos y semanarios procuran dar cauce a la voz de los excluidos del sistema político. Buscan dar orientación a la masa “vacante”, afirmar la identidad en derrota o, como en el caso de otras manifestaciones, sencillamente señalar una presencia. Lo hacen en condiciones adversas, ya que el gobierno proclama una recuperada “libertad de prensa” que es negada para los caídos en desgracia, los opositores, los nostálgicos de la “segunda tiranía”, los seguidores del “tirano prófugo”.

Esta prensa representada en medios gráficos, muchos de efímera duración, constituye una de las principales líneas de continuidad respecto de la existencia de un movimiento político que sigue siendo mayoritario pero tiene menguado sus recursos de expresión. De un sistema complejo de piezas periodísticas bajo la cobertura oficial del gobierno, pasa a la intemperie. Del control de talleres, imprentas, editoriales y el estratégico papel, a la subsistencia determinada por la posibilidad, generalmente azarosa y clandestina, de acceder a la letra impresa. En esas condiciones de precariedad y desamparo prolifera, pues, la prensa de la primera “resistencia” del peronismo.

Cambian las condiciones políticas con el radicalismo en el gobierno (Intransigente y del Pueblo), se relajan las restricciones, pero continúa una situación precaria que solo tiene sostenes más firmes cuando el movimiento obrero recupera posiciones en los sindicatos y en la CGT. El año 1962, con la velada intervención militar y el Estado de sitio, endurece las condiciones y tiene su expresión en la caída de las publicaciones.

En tiempos del gobierno de la dictadura militar de la denominada “Revolución Argentina”, en otras condiciones de confrontación política, continúan saliendo variadas revistas y por un tiempo se publica el *Diario de la CGT de los Argentinos*. Al final de este período sale un diario comercial: *Mayoría*.

Estas condiciones, explican, de algún modo, la proliferación de publicaciones y las características de la prensa que pondremos bajo análisis.³

Instaurada la dictadura de la “Revolución Libertadora”, la palabra del peronismo se expresa, en primera instancia, a través de publicaciones “residuales” del período anterior: *El Líder* y *De Frente*. Muchas otras publicaciones periódicas y diarios son intervenidos y reorientados a favor del gobierno, pagando el costo de ser consideradas parte de la “cadena” oficialista. Por decreto del Poder Ejecutivo el ex diputado radical Ernesto Sanmartino queda a cargo de *El Plata*, *El Argentino* y *El Atlántico* de la provincia de Buenos Aires. Alberto Erro, connotado directivo de la SADE y presidente de ASCUA, queda a cargo de *Democracia*, *El Laborista* y *Noticias Gráficas*, además de comandar las empresas ALEA y la editorial Democracia.



Empresas periodísticas privadas también son intervenidas. Así ocurre con los diarios *Crítica*, *La Razón* o *La Época*, y de particular importancia, por su dimensión, los medios que pertenecen a la editorial Haynes, como *El Mundo*, *El Hogar*, *Mundo Argentino*, *Mundo Deportivo*, *Mundo Agrario*, etcétera, donde se incorporan directores designados por el gobierno militar. El interventor-director es José P. Barreiro, intelectual ligado al Partido Socialista Democrático. Bajo su dependencia, como interventor-director del diario *El Mundo*, actúa Ernesto Sábato.

Otras publicaciones dejan de salir por las intervenciones, las interdicciones de bienes, el

enjuiciamiento o el apresamiento de sus dirigentes. En este campo hay que ubicar a *Mundo Peronista*, *Actitud*, *Revista de la UES*, *Conquista*, etcétera.

Entre las nuevas publicaciones que salen al ruedo se destaca la aparición de *El 45*, dirigida por Arturo Jauretche, tras el cierre de *El Líder*. *Palabra Argentina* de Alejandro Olmos cobra fuerza por sus denuncias y por la magnitud de sus salidas. *Federalista*, dirigido por José A. Güemes, tiene entre sus plumas a Raúl Scalabrini Ortiz. *Renovación* aparece en el año 1955, dirigido por Tomás Farías. *El Descamisado*, dirigido por Manfredo Sawady, sale en la Capital Federal con una sola hoja. *Doctrina*, dirigida por José R. García Marín sale en diciembre del mismo año. En Santa Fe se publica *La Argentina*, a cargo de Nora Lagos, directora hasta el 16 de septiembre de 1955 del diario *La Capital* de Rosario. En Resistencia sale *Debate*, con un comité de redacción a cargo de la publicación. En diciembre de 1955 es publicado *El LIDERcito*, “diario clandestino de la prensa libre”, que asume la continuidad de su “padre” *El Líder*, en la coyuntura intervenido. Por el año 1956 inicia sus pasos *Voz femenina*, orientada por Ofelia Decivo de Saint Bonet, y continúa la publicación de *Palabra Argentina*, de Alejandro Olmos.

En algunos semanarios no peronistas que circulaban en mejores condiciones de legalidad también solía darse lugar a informaciones y expresiones provenientes de figuras identificadas públicamente con el peronismo. Tales fueron los casos, entre otros, del frondicista *Qué* y de los nacionalistas *Azul* y *Blanco* y *Mayoría*, respectivamente dirigidos por Rogelio Frigerio, Marcelo Sánchez Sorondo y Tulio Jacovella.

El año 1957 resulta prolífico en iniciativas. Hernán Benítez publica *Rebeldía*, aunque la dirección formal la lleva Manuel Bustos Núñez. Comienzan a salir *El Soberano* y más tarde *El Hombre*, dirigidos por Leopoldo Darío Alcari y *Bandera Popular* a cargo de un equipo de redacción. *Tres banderas* y *¡Compañeros!* salen dirigidas por Bernardo Iturraspe. *Nueva generación peronista* es animada por Alfredo Policastro. César Marcos promueve *El Guerrillero*. Vicente Saadi publica *El populista*. *Pero... qué dice el pueblo* sale bajo la responsabilidad de Aldo Paciello, con la orientación del militar retirado Federico Gentiluomo. *Nueva Argentina* es dirigida por

³ De los escasos materiales que arrojan información al respecto, ver Moyano Laissue (2000) y “Prensa de liberación” (1973).

Alberto Armesto. *Palabra prohibida* de Rosario es una empresa periodística sostenida por Luis Sobrino Aranda. En la misma ciudad, bajo la dirección de Nora Lagos, aparece *Soberanía*.



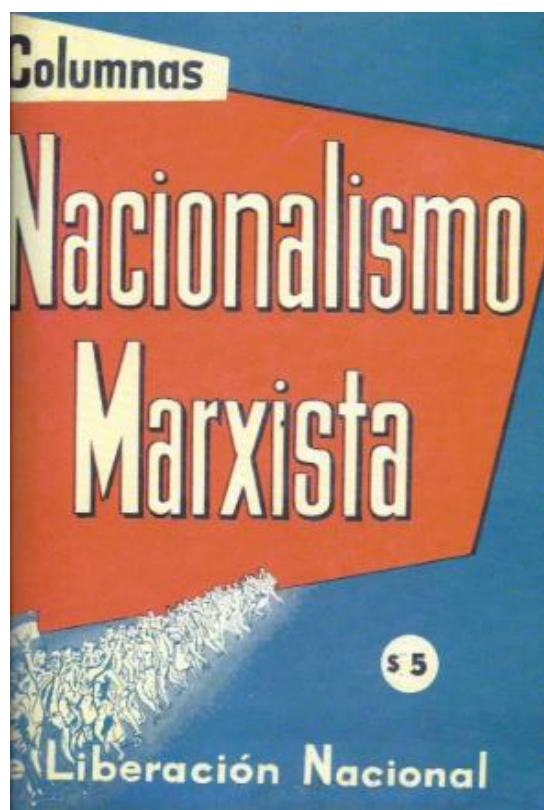
El año 1958 ve nacer *Batalla*, animada por Héctor Tristán, *La voz peronista* dirigida por Antonio Abertondo, *Interior* de Enrique Osella Muñoz, *El 17* de Norma Keneddy y *Volveremos* de Luis Sobrino Aranda. Vuelve a aparecer *Voz femenina* orientada por Ofelia Decivo de Saint Bonet. Destacable es otra empresa periodística dirigida por una mujer: *Línea Dura*, bajo la conducción de María Granata.



En relevo de *Línea Dura* como medio de transmisión de las directivas del Comando Superior del Peronismo aparece *Norte*, dirigida por Alberto Manuel Campos, que luego será delegado de Perón.



De gran difusión resulta *El Grasita*, “Órgano de los Soldados Anónimos del Movimiento Peronista”, dirigido por Enrique Oliva y apoyado por María Elena “Porota” Márquez. *El doctrinario* sale bajo la dirección de Hugo Ferraro Sarlinga. *Voz peronista por el retorno de Perón* es animada por Héctor Rodolfo Gringoli. Por ese tiempo también se publica *Columnas del nacionalismo marxista*, dirigida por Eduardo Astesano, que concita las plumas de un variado espectro: desde Fermín Chávez hasta J.P. Oliver. En Tucumán sale *¡Ya!*, dirigido por Guillermo F. Pece.



En 1959 sale la publicación *Revisión*, dirigida por Alberto Mondragón, que incursiona en la temática histórica. Salen *De Regreso* animada por Luis Rodrigo y *El Montonero* dirigida por Guillermo Abregú Mittelbach y Marcelo B. Ferreyra.

En el año 1960 aparecen *Santo y Seña* dirigida por José M. Laplacette y *El Popular*, que refleja posiciones de diálogo con periodistas, intelectuales y políticos del peronismo.

En el año 1961 aparecen *3 Banderas*, orientada por Fernando García Della Costa, y *Recuperación*, dirigida por Américo Barrios.

Descartes, dirigida por Miguel Gazzera, sale en 1962.

En el año 1963 salen al ruedo *Huella* de Pedro R. Michellini; *Relevo*, orientada por Eduardo Astesano; *Trinchera* de la Juventud Peronista; *Justicialismo*, dirigida por el sindicalista de la Sanidad Amado Olmos; y *Compañero*, a cargo de Mario Valotta.

En el año 1964 es publicada *Patria Libre. Revista para argentinos*, dirigida por Susana Valle y Fernando García Della Costa. *Retorno a una patria libre, justa y soberana* es sostenida por José Constantino Barro. *PV*, promovida por Ramón Landajo, se inscribe en el intento de regreso de Perón al país.

En 1965 la Agrupación Lealtad de Vicente López publica *En Marcha*; Antonio Valerga es el responsable de *El Puente*; y Ortega Peña y Duhalde publican *Unión Latinoamericana*, revista dedicada a temas históricos. José Manuel Buzeta promueve la salida de *Rebelión*. Circula la hoja *Apreciaciones*, sin responsable editorial. Pedro Michellini conduce *Retorno*, *Vocero del peronismo*.

En el año 1966 Manuel G. Cascella publica *El Pampero* (segunda época).

En 1967 sale *Única Solución* a cargo de Alejandro Villafañe, y Juan García Elorrio propicia la aparición de *Cristianismo y revolución*. En otro registro, Luis Alberto Murray publica *La hipotenusa*.

Bernardo Albarte, delegado de Perón, dirige *Con todo* desde el año 1968, y Juan García Elorrio comienza a publicar, el mismo año, *Che Compañero*. La CGT de los Argentinos, dirigido por Rodolfo Walsh, saca su propio diario desde mediados de 1968. En el ámbito sindical aparecen diversas publicaciones: *Contacto*, *El obrero gráfico*, *Dinamis*, etcétera.



Azul y Blanco, dirigida por Enrique Giberti, sale durante el año 1970.

Todos (segunda época) comienza a salir en el año 1971, sin firma responsable.

Fernando Ecurra, en el año 1972, publica *Aporte Peronista*, y Oscar Albrieu *Puerta de Hierro*. Antonio Valerga publica *El Puente*. Comienza a salir *El Combativo*. Sale *Nuevo Hombre*, dirigido por Alicia Eguren. Desde ese año sale *Las Bases*, órgano oficial del Movimiento Nacional Justicialista. En noviembre comienza a publicarse el diario *Mayoría*. *Para un mayo con octubre*, orientada por Tulio Jacovella. *Nueva Plana*, reemplazo de la censurada *Primera Plana*, refleja posiciones del peronismo. Por ese tiempo se publican *Tercer Mundo* (Guillermo Gutiérrez) y *Envido* (Arturo Armada).



Como señalamos, otros medios de prensa en los que se va expresando la voz del peronismo o de sus fracciones son las de publicaciones que, si bien no son consideradas propias del movimiento, dan lugar a escritores, periodistas o figuras del peronismo. La frondo-frigerista *Qué*, dirigida por Scalabrini Ortiz y Frigerio, las de orientación nacionalista *Mayoría* y *Azul y Blanco*; y *Lucha Obrera* dirigida por Esteban Rey, *Política* dirigida por Jorge Abelardo Ramos y *Lucha obrera* (segunda época) animada por Ernesto Laclau, representativas de fracciones de origen trotskista de la izquierda nacional. También *Comunidad Nacional*, de orientación socialcristiana, ofrece lugar a perspectivas peronistas.

Listamos periodistas que colaboran en ese periodismo, exceptuando a directores que ya

fueron nombrados a lo largo del texto: Miguel Tejada, Enrique Pavón Pereyra, Tomás Farías, Constantino Barros, Juan C. Distéfano, Salvador Ferla, Roberto Juárez, Hugo Belloni Ravest, Elías Castelnuovo, José Luis Muñoz Azpiri, Luis Soler Cañas, Enrique Olmedo, Maruca Ortega de Carrasco, Ricardo Maurente, Luis B. Cerruti Costa, Elías Karás, Arturo Sampay, Eugenio Lima, José M. Rosa, Luis R. Furlán, Atilio García Mellid, Oscar Cogorno, Alberto Baldrich, Horacio González, Alcira Argumedo, José P. Feinmann, Alicia Eguren, Dardo Cabo, Enrique Walker, etcétera. ▀

Bibliografía

- AAVV (1973): "Prensa de liberación". En *Las Bases*, 45, 24 de mayo.
- Ehrlich L (2010): "Rebeldía, una voz heterodoxa en el periodismo peronista, 1957-1958". En *Travesía* 12. Buenos Aires.
- Ehrlich L (2012): "Voces y redes del periodismo del peronismo. 1955-1958". En *Prohistoria* 17.
- Gorza A (2011): "Mujeres, política y periodismo en la Argentina de los años cincuenta. La Resistencia Peronista a través de los periódicos *Línea Dura* y *Soberanía*". En revista *Estudios* 24.
- Gorza A (2016): "La militancia femenina en la Resistencia a través de la prensa opositora (1955-1958). Nora Lagos y los periódicos *La Argentina* y *Soberanía*". En *Revista de Historia Americana y Argentina de la UnCu*, 51-1, Mendoza.
- Melon Pirro J (2009): *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego de 1955*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Moyano Laissue MA (2000): *El periodismo de la resistencia peronista 1955-1972*. Buenos Aires, Asociación de la Resistencia Peronista.

La posverdad del peronismo feminista

María del Carmen Feijoó

“Ni una menos”, “*me too*”, “vivas nos queremos”... Ahora es fácil –y casi obligatorio– el besamanos más o menos convincente a la causa de las mujeres con una fuerte interpelación de contenido feminista. Hemos llegado a ver en las redes sociales una foto de la Evita militante –que las mujeres peronistas de mi edad tuvimos en nuestras casas– con el pañuelo verde de la campaña nacional por el aborto legal, seguro y gratuito. Pero esto estuvo lejos de ser siempre así. Por el contrario, fue muy difícil ser peronista y feminista. Más bien ha sido un problema sin resolución. Instalar el ícono de un peronismo feminista no ayuda a entender nuestro pasado y la deuda que el peronismo –al igual que otros partidos políticos, pero la deuda que me importa es la del peronismo– tiene con la causa de las mujeres.

Se trata de un cruce sin resolución entre dos identidades: la de peronista y la de feminista. Es un cruce en el sentido literal, casi una colisión, porque una identidad se cruza con la otra no como articulación, sino como dilema. Esto no implica desconocer el hecho de que la acción del peronismo significó un fuerte empoderamiento de las mujeres: son hitos incuestionables el sufragio femenino, la primera aplicación del cupo –con frecuencia olvidada– en las elecciones de 1951, la vice presidencia primera de la Cámara de Diputados en 1953 en cabeza de una mujer (Delia Degliuomini de Parodi), la legislación de protección a las mujeres en el mundo del trabajo o el mejoramiento de las condiciones de vida para el conjunto de la clase trabajadora. Así como son hitos la incompreensión que muchas mujeres feministas de clase alta tuvieron acerca de lo que implicaba el peronismo. Baste recordar a Victoria Ocampo cuestionando el proyecto de ley de sufragio femenino, al plantear que las mujeres argentinas se negaban a recibir esa ley de manos que llevaran armas.... las del general Perón.

Pero todos esos avances se encuentran lejos de configurar un pensamiento feminista, tal y como lo entendemos ahora. El peronismo originario no puso en cuestión el papel de la mujer

en el interior del hogar. Formuló un discurso de carácter ambiguo que no se centraba en la subordinación de la mujer en la familia, mientras la presentaba como garante de su dinámica cotidiana y generacional. Por supuesto, podría entablarse una guerra de citas, seguramente empezando por *La Razón de mi Vida* y siguiendo con producciones de carácter conservador dentro del peronismo.

Las mujeres peronistas y feministas manejamos estas contradicciones como pudimos, según el grado de maduración de nuestra sociedad en cada momento histórico y en nuestras fuerzas políticas. Hoy tal vez estemos en el momento más innovador. Estamos en mejores condiciones para discutir en este proceso de avance colectivo con el conjunto de las mujeres. Pero antes que realizar generalizaciones banales sobre cómo se desarrolló, vale la pena revisar su desarrollo en el tiempo largo de la historia.

El punto de mayor condensación de los límites del peronismo histórico para entender el rol de la mujer en la sociedad y sus probabilidades de romper los confines de ese tradicionalismo opresor se expresa en la política demográfica del peronismo: su alineación con posturas natalistas que sacrificaban sin ningún tipo de debate los derechos de las mujeres que iban más allá de la participación política y la mejora de sus condiciones de vida, y dejaban fuera el personalísimo derecho de las mujeres a tomar decisiones sobre su propio cuerpo. Hay una amplia tradición en los movimientos populares anticolonialistas del Tercer Mundo que considera que el potencial demográfico es un arma de lucha contra el imperio. Por ejemplo, en la actualidad, el caso de Palestina en el marco de la resistencia al dominio del Estado de Israel. Otro ejemplo es el debate de los décadas del 50 y el 60 alrededor de las políticas de control de la natalidad en la región: se las consideraba inextricablemente asociadas con el modelo desarrollista modernizador. Aunque también vale recordar que, tal como fueron aplicadas en algunos países de América Latina y el Caribe, estaba ausente el

derecho al cuerpo, que era intervenido por acciones sin consentimiento, como el caso de las ligaduras de trompas, o la difusión indiscriminada de anticonceptivos, o el establecimiento de tamaños de familia “ideal” para promover el cambio social. Frente a estas acciones violatorias de los derechos humanos, hay un coro monocrorde que señala que cualquier intervención de esas características es sólo una estrategia imperialista, e igualando los derechos con las violaciones de los derechos, cuestiona también la lucha actual por el aborto voluntario. En algunas de las redes sociales virtuales peronistas de las que formo parte en la actualidad, esta lucha aparece anatemizada desde la doctrina con viejos argumentos, que postulan por ejemplo que el derecho al cuerpo es sólo parte de las estrategias de penetración imperialista.

Pero además de esto, está el desconocimiento de los deseos y las prácticas de las mujeres y las parejas en una sociedad como la argentina, en la cual se venía registrando una sistemática disminución del número de hijos. Como en tantos lugares, el aborto habrá sido una estrategia sistemática de reducción de la fecundidad. Pero además de esa hipótesis, poco es lo que sabemos de esas mujeres peronistas de las décadas del 40 al 60, entre otras cosas, porque nunca les fue preguntado qué pensaban sobre su posición en la sociedad, y porque Evita habló por todas. Lo que pasaba en el interior del hogar era considerado parte de una vida “privada” que se resolvía dentro de la pareja. El canon seguía planteando: “siempre al lado del hombre, nunca adelante”. No estaban dadas las condiciones para la implantación de un feminismo que hablara a la mujer como un sujeto social con problemas e intereses propios, además de los de su pertenencia al conjunto de la clase trabajadora. De ahí proviene seguramente el intento actual de utopía reparadora de una Evita con el pañuelo verde.

Por supuesto que estas restricciones no fueron suficientes para que las mujeres no se embarcaran activamente en la resistencia barrial tras el golpe militar del 55 y mantuvieran su accionar en distintos gremios y organizaciones de base, o fueran a la cárcel por haber votado leyes, las que eran legisladoras. Pero vistas desde la perspectiva actual, eran mujeres incompletas, porque la dimensión de su vida privada –habría mucho que investigar al respecto– no estaba presente o estaba silenciada. Más probablemente, pasaban las dos cosas.

Pero los 60 fueron cambiando el escenario, tanto para las mujeres de las capas medias como para las de sectores populares. En esos 60, que fueron un laboratorio de lo que pasaría en las décadas siguientes, se fue produciendo un deslizamiento hacia la individuación, también a partir de procesos que la facilitaron: cambios en la moral social, o avances científicos como la pastilla anticonceptiva, piedra filosofal que ponía por primera vez el derecho a su cuerpo en sus propias manos. Los 70 fueron un estallido notable de militancia, y con ella de protagonismo femenino y de organizaciones de mujeres más disruptivas que la vieja rama femenina. Aún en ese activismo más consciente, estábamos lejos de pensar en una unidad sobre la base del género. “Mujeres, mujeres, / mujeres son las nuestras, / mujeres peronistas / las demás están de muestra”, era una forma de expresar esas fracturas.

El cambio más radical, como se ha dicho tantas veces, se produjo durante y después de la dictadura del Terrorismo de Estado. Las que estábamos en el país fuimos testigos de un modelo represivo ensañado con las mujeres, especialmente en su condición de madres. El movimiento de las Madres de Plaza de Mayo resistió con un accionar antiautoritario centrado en la condición de madres, quintaesencia de la condición femenina. Las que se exilaron entraron en contacto con la realidad que encontraron en sus países de destino y vivieron un corrimiento del velo sobre la condición de género. Cuando volvieron eran otras, porque habían incorporado a sus prácticas el reconocimiento de su condición de mujeres a partir de la lectura de sus problemas de género, habían superado esa contradicción entre clase y género, entendiendo que una dimensión retroalimentaba a la otra en la forma de configurar nuestros problemas. Las que nos quedamos también habíamos hecho procesos similares, acorraladas en la vida privada ante un espacio público denegado e inexistente. En mi caso particular, me dediqué a la investigación histórica y en ella fui encontrando respuestas a cosas que me pasaban y que no podía nombrar más que como malestares, sin saber todavía que se trataba de cuestiones de género. No me pasaban a mí sola: no eran personales, eran colectivas. Es imposible enumerar a todas las que hicieron diferencias en cada grupo.

A continuación, a riesgo de ser injusta, mencionaré solamente a unas pocas.

En ese contexto de la transición democrática volvimos activas al peronismo, del que nunca nos habíamos ido. Volvieron las viejas mujeres de la resistencia peronista, las de la estructura formal del partido, las de historias de militancia incuestionables. Y con ellas aparecieron otras, como Olga Martín de Hammar, regresada de su exilio en Suecia, quien empezó sin temores a difundir la necesidad de la organización feminista de las mujeres, sin cortar sus vínculos con el partido y acercándose al sindicalismo. En los 80 vino la Renovación Peronista, de la mano de Antonio Cafiero, un dirigente tradicional pero con una visión y una apertura al cambio extraordinarias, que promovió un proceso de acercamiento de las mujeres que culminó con el triunfo de la Renovación y la apertura del primer organismo provincial que fue el Consejo de la Mujer de la Provincia de Buenos Aires, creado en parte a partir de los aprendizajes de sus similares de Brasil. Ese consejo también estuvo dividido por las tensiones internas entre las que eran sólo mujeres peronistas y las que éramos feministas y peronistas, pero en todo caso esas rispideces no bloquearon iniciativas tan revulsivas como la creación de las Comisarías de la Mujer que se ocupaban de la violencia, tema que Monzón puso en el foco de la atención pública con el asesinato de Alicia Muñoz. Cafiero siempre acompañó, ayudándonos a mover los miles de obstáculos para lograr ese objetivo, en una policía bonaerense que era todavía la de Camps. Ya con Menem en el gobierno se creó el Consejo Nacional de la Mujer, parte de cuya acción estuvo garantizada por Virginia Franganillo en su dirección. También se aprobó la Ley de cupo en 1991, fogueada por las numerosas mujeres del PJ Capital.

Mientras tanto, en el ámbito de las ideas, la revista *Unidos* entre 1983 y 1991 daba cuenta de la intervención de una nueva oleada generacional en el viejo peronismo. Esa revista, innovadora desde muchos puntos de vista, era totalmente masculina, y en ese sentido era fiel al silencio impuesto a las mujeres en el movimiento. Al punto tal que tardíamente dio lugar al tímido nacimiento de *Unidas*, en cuya creación tuvo mucho que ver Liliana Chiernajowsky, entre otras muchas compañeras. También, la revista *Mujeres* del PJ Metropolitano de fines de la década de los 80 colaboró en la construcción de este campo. La visión feminista y peronista surgía como apéndice de los medios masculinos. Aún hoy, y aunque la

Biblioteca Nacional reeditó la revista *Unidos*, encontrar *Unidas* ha sido –al menos para mí– una difícil misión, y esa ausencia marca el silencio que hay que superar para constituir una historia coral del peronismo que involucre a todas y a todos los participantes.

Mientras tanto, el mundo académico y de investigación realizaba una auténtica recorrida sobre los problemas de las mujeres, e iba poniendo a disposición de la opinión pública muchos de esos hallazgos. Se produjo también un desarrollo organizativo de grupos feministas, como la Asociación de Trabajo y Estudio de la Mujer (ATEM), Lugar de Mujer, o la orientación de género del Servicio Universitario Mundial (SUM). Se producía así un circuito francamente virtuoso que iba dando lugar al nacimiento de un feminismo latinoamericano y transversal, uno de cuyos hitos más importantes fue la creación del Encuentro Nacional de Mujeres en 1985. Después vinieron los Encuentros Nacionales de Mujeres, que hoy van por el número 32, los que, con la asunción del tema de parte de la izquierda y sus organizaciones y las colectivas de disidencia sexual, constituyen eventos masivos. Al de 2017 asistieron 60.000 mujeres, con una agenda que se profundiza día a día y no teme ser parte de una estrategia de penetración imperialista. Mucho más recientemente y en el marco del Instituto Juan Perón, debe consignarse la aparición de la revista *Género y Peronismo*, dirigida por Ana Zeliz, que a partir de 2008 realizó una contribución relevante para suturar la brecha a la que se refiere esta nota.

Todo ello no impidió la orientación conservadora del gobierno de Menem, que –en la paradójica forma en que el peronismo consolida su agenda– se movió desde la ley de cuotas parlamentarias hasta las reservas realizadas por el país en la Conferencia Internacional de Población y Desarrollo de El Cairo, en 1994. En ella, la Argentina realizó reservas frente a conceptos tales como el de salud reproductiva, lo que nos colocó junto con regímenes políticos teocráticos y el propio Vaticano. Estas reservas fueron levantadas en la reunión de la Comisión de Población y Desarrollo de CEPAL, en Puerto Rico en 2004, en el marco de una batalla que enfrentaba internamente a sectores del gobierno kirchnerista.

Ahora, un feminismo propio se expande en el mundo de los sectores populares, especialmente fogueado por las chicas jóvenes, estas chicas que pudieron verse liberadas de las batallas que nos

tocó dar a las que no somos jóvenes. Es una experiencia vivificante, una forma de sufrir y gozar los problemas de las mujeres, sin ningún complejo de que esas luchas las estén apartando de algún canon político. Es una manera de vivir el mundo en el entrecruzamiento entre género y clase, entre ideología feminista y pensamiento peronista. Como intentamos argumentar en este artículo, este objetivo es una deuda pendiente. Esa fusión no está hecha todavía, está en construcción.

No es sencilla, ya que el peronismo ha sido centralmente un partido de hombres, y su transformación en uno de iguales es otra expresión más de la lucha contra el patriarcado. El peronismo feminista es todavía un oxímoron. Pero lo que es una realidad tangible son los cientos de miles de compañeras feministas y peronistas que no tienen temor a ninguneos, ni a dedos acusadores de la ortodoxia. ▀

Mujer latinoamericana en lucha: construyendo el proyecto latinoamericano de los pueblos

Verónica Sforzin

Cada proyecto social de Nación, de Patria, tiene latente en su seno el debate acerca de qué hombre, qué mujer, qué familia y qué relaciones sociales de producción de poder y de Estado necesita y debe construir. Para ello, desde el proyecto nacional popular latinoamericano de Patria Grande tenemos que consolidar las bases de la unidad necesaria en la heterogeneidad y la diversidad de culturas y procesos sociales. Comprendiendo nuestra diversidad de origen y uniéndonos en la acción primero, para poder caminar la construcción de la visión política que comienza definiendo cuáles son nuestros enemigos en común, los que tenemos desde hace más de 500 años: proyectos extranjeros que se impusieron no solo económica y políticamente, sino también construyendo hegemonía cultural.⁴ Desde ahí vamos tejiendo la madeja de nuestro proyecto, nuestra identidad, nuestras trincheras necesarias. El rol de la mujer se ha ido forjando dentro de esta heterogeneidad cultural, de procesos y tiempos.

La recopilación y la reivindicación de la mujer en las luchas por la emancipación es parte central de la construcción de una matriz propia latinoamericana, nacional y popular. Necesitamos revindicar nuestras victorias, nuestras gestas heroicas. En cada una de ellas se encuentra la mujer como parte indivisible y fundante de la

lucha en contra del imperialismo y la oligarquía. La mujer en tanto trabajadora, campesina, cooperativista, estudiante, etcétera. Dentro de esta lucha por el proyecto y desde la clase trabajadora, también se encuentra la singularidad, lo propio de ser mujer, lugar que se encuentra en permanente cambio y transformación, al igual que el proceso en general.

En la historia política latinoamericana tenemos que analizar y tomar los procesos que empoderaron a la mujer como actor social, como parte de una clase y de sectores sociales, como fue el movimiento peronista en la Argentina de los 40, en el que se ganó en independencia y soberanía a la vez que el pueblo fue desarrollando sus herramientas de participación, tales como los sindicatos y las unidades básicas. Fue un proceso político que revolucionó la forma de organizarse de la sociedad y de todas sus instituciones, como la familia. El voto femenino y el desarrollo de la rama peronista femenina, con una participación masiva de la mujer, fue parte de un proceso de inclusión popular en todos los niveles. La inclusión de la mujer fortaleció el proceso y el proceso fortaleció a la mujer.

El movimiento nacional peronista necesitó avanzar en la crisis del sistema institucional político: en la crisis del Estado, los partidos políticos y los cuadros, y también de las ideas estratégicas. Necesitó avanzar en la crisis del sistema institucional que expresaba mayoritariamente a los sectores económicos de la oligarquía agroexportadora y querían una patria chica, para pocos. Una Argentina dividida de la Patria Grande y dentro del *Commonwealth Británico*, proyecto que se inició con Rivadavia en 1816 y que continúa hasta hoy con avances y retrocesos. Todas las instituciones entraron en crisis, porque había un contexto internacional que generó las condiciones generales y nuevos actores y fuerzas en lo económico y social que pujaban para irrumpir, entrar y hacerse lugar en la órbita de la política: la burguesía industrial y la clase trabajadora, y dentro de este proceso que

⁴ Si algo caracteriza a Latinoamérica o Hispanoamérica es que está conformada por colectivos que fueron en su mayoría subordinados, subsumidos y subalternizados por una modernidad blanca y criolla imperialista y colonial, tanto en lo económico como en lo libidinal, lo sexual, lo étnico, lo político, lo económico, lo epistemológico y lo cultural. Esos pueblos victimizados fueron y continúan siendo los pueblos indígenas, las comunidades de negros y de origen esclavo, los campesinos y campesinas, colectivos de trabajadores y trabajadoras, comunidades de pescadores, mujeres a partir de la dimensión patriarcal y machista tanto precolombina como occidental, homosexuales y lesbianas, y las mayorías empobrecidas y despreciadas en general. Los proyectos ibéricos y sajones se basan en la superioridad de los españoles, portugueses e ingleses, en su versión blanca, propietaria, cristiana, heterosexual, patriarcal y de mayoría de edad frente a los indígenas.

revolucionó el orden anterior se reinventó la familia y el rol de la mujer.

¿Qué fuerza tan grande posibilitó que en la Argentina de los 40 la mujer comenzara a participar activamente en política, a decidir a quién votar, a postularse como representante, sin que corrieran ríos de sangre y se dividiera el pueblo y el país?⁵ El programa político nacional y popular, junto con la necesidad histórica de inclusión, forjados en la calle con la lucha popular, fueron empoderando al pueblo y desarrollando la conciencia de la necesidad de la profundización del proyecto. El pueblo estaba dispuesto a asumir profundos desafíos históricos y culturales al calor de las necesidades políticas que implicó construir “lo nuevo”.⁶ En este proceso de

⁵ No se dividió el pueblo. Éste fue uno, empujando el proceso nacional peronista, pero sí generó división con los sectores oligárquicos, que ya venían divididos por un contexto internacional que enfrentó a las oligarquías imperiales con la primera guerra mundial y con la gran crisis económico-financiera imperialista de 1929.

⁶ Es estratégico analizar el proceso de 1945-1951, en donde Eva Perón decidió conducir la entrada masiva de la mujer en la política con el voto femenino y la creación del Partido Peronista Femenino. El 26 de julio de 1949 Eva buscó incrementar la influencia política de las mujeres fundando el Partido Peronista Femenino (PPF) en el Teatro Cervantes de Buenos Aires. El PPF estaba organizado a partir de unidades básicas femeninas que se abrían en los barrios, pueblos y sindicatos, canalizando la militancia directa de las mujeres. Las afiliadas al PPF participaban a través de dos tipos de unidades básicas: sindicales, si eran trabajadoras asalariadas; u ordinarias, si eran amas de casa, empleadas domésticas o trabajadoras rurales. Se organizaron desde la clase y desde la singularidad específica de género. El 11 de noviembre de 1951 se realizaron elecciones generales. Evita votó en el hospital donde estaba internada, debido al avanzado estado del cáncer que terminaría con su vida al año siguiente. Por primera vez resultaron elegidas parlamentarias. La igualdad política de hombres y mujeres se complementó con la igualdad jurídica de los cónyuges y la patria potestad compartida que garantizó el artículo 37 (II.1) de la Constitución de 1949, que nunca fue reglamentado. El texto fue directamente escrito por Eva Perón. El golpe militar de 1955 derogó la Constitución, y con ella la garantía de igualdad jurídica entre el hombre y la mujer en el matrimonio y frente a la patria potestad, reapareciendo la prioridad del hombre sobre la mujer. La reforma constitucional de 1957 tampoco reincorporó esta cláusula, y la mujer argentina permaneció discriminada legalmente hasta que se sancionó la ley de patria potestad compartida en 1985, durante el gobierno de Alfonsín. A su vez, se dio una profunda lucha cultural, en donde se elaboraron conceptos nuevos y claves para poner en crisis las formaciones culturales anteriores: “Este siglo no pasará a la historia con el nombre de ‘siglo de la desintegración atómica’, sino con otro nombre mucho más significativo: ‘siglo del feminismo

crisis de los partidos, en donde se logra que las listas sean integradas por mujeres y se consigue el voto femenino, fueron electas 23 diputadas y 6 senadoras nacionales, y si se cuentan a las legisladoras provinciales, fueron electas en total 109 mujeres. Se generó así una crisis en la cultura patriarcal histórica, en donde los asuntos públicos eran resueltos entre hombres.

¿Podemos entonces pensar el rol de la mujer por fuera de los proyectos de los cuales son parte o por fuera de la cultura que atraviesa esos proyectos? ¿Existe “una” mujer, a la cual todas las mujeres de todas las culturas tienen que amoldarse? La problemática del género, desde el proyecto nacional popular latinoamericano, se presenta de múltiples maneras a trabajar: a) *desde el desafío de resignificar la historia*, como necesidad de continuar reinterpretando la historia, desde el revisionismo histórico dentro del cual necesitamos reivindicar el rol de la mujer como parte fundamental de las luchas, con sus singularidades, crisis y reconfiguraciones culturales, entendiendo el proceso general de empoderamiento popular y lo singular; b) *desde el rol actual*, como debate y transformación permanente respecto del rol de la mujer en los procesos políticos sociales, respecto de los espacios de representatividad, con la necesidad de cuestionar las lógicas históricas y culturales en las que estamos inmersas, propias de los proyectos de capital que se instalaron en nuestros territorios, para trabajar, desde lo posible, un cambio masivo y real que permita el empoderamiento popular y en particular la igualdad en la diversidad de poder entre los géneros; c) *desde la comprensión de cómo lo utilizan las estructuras dominantes para dividir*, se nos presenta el debate en su formato histórico actual del globalismo neoliberal, con medios hegemónicos que intentan instalar la temática para romper las organizaciones sociales: el neoliberalismo globalista postula antinomias

victorioso” (Eva Perón, mensaje en Madrid, 15 de junio de 1947). “La mujer argentina ha superado el período de las tutorías civiles... La mujer debe afirmar su acción. La mujer debe optar. La mujer, resorte moral de un hogar, debe ocupar el sitio en el complejo engranaje social del pueblo [recordemos que se refiere el pueblo como Comunidad Organizada]. Lo pide una necesidad nueva de organizarse en grupos más extendidos y remozados. Lo exige, en suma, la transformación del concepto de mujer, que ha ido aumentando sacrificadamente el número de sus deberes sin pedir el mínimo de sus derechos” (Eva Perón, “Mensaje a la mujer argentina”, 27 de enero de 1947).

que limitan la posibilidad del desarrollo del proyecto nacional popular y latinoamericano, tales como hombre versus mujer; ciudadana empoderada versus organizaciones y sindicatos machistas; católicos versus progresistas y ateos. Sin las reivindicaciones de la mujer en las luchas y sin un replanteo desde el proyecto nacional y popular, o negando la problemática, frente al globalismo quedamos atrapados en esas antinomias, en donde el que acumula es un proyecto que a la larga o a la corta termina debilitando el proceso general de acumulación del proyecto de empoderamiento de los pueblos.

En el desarrollo del proyecto nacional, popular y latinoamericano se ponen en juego el rol del hombre y el de la mujer, en tanto se ponen en juego las relaciones sociales, incluso atravesadas de nuevas necesidades que plantean las nuevas relaciones de producción nacientes. Dentro del proceso de transformación y de avance del proyecto Nuestroamericano, entre muchas otras cosas, se puso en juego el rol de la mujer, así como durante el peronismo. Se puso en juego y en transformación, arraigado a las propias necesidades del proyecto: unidad en la diversidad cultural e histórica. Nuestro ideal de mujer está enraizado en nuestras culturas de los pueblos originarios, está cruzada por el cristianismo que se hizo cuerpo en nuestros pueblos desde la conquista, y por un liberalismo de sectores medios y profesionales en la incorporación de los ideales de la Revolución Francesa y de Inglaterra. De toda esta amalgama tiene que dar cuenta nuestro estar-siendo mujer y latinoamericana.

El globalismo como proyecto, en su avance de una nueva reedición de la imposición cultural de esa “tribu occidental” como la única y la universal, intenta imponernos una sola forma de “ser” (no estar-siendo) mujer. Intenta quebrar nuestras culturas y que desconozcamos nuestros desafíos para tratar de que copiemos un ser universal; ese ser universal e imperial que ha ocultado, negado, empobrecido y silenciado históricamente la diversidad cultural, impidiendo el diálogo entre culturas. Es el globalismo que plantea un simple multilateralismo: muchos lados pero una sola conducción económica, política y cultural.

En esta pequeña brecha histórica que tuvimos en los últimos 15 años en países como Venezuela, Bolivia, Ecuador, Brasil y Argentina se han producido grandes avances en la

representatividad femenina en el Estado, en construcciones de dispositivos para bajar los niveles de violencia hacia la mujer. Se han producido tensiones creativas necesarias para generar cambios que potenciaron el proyecto latinoamericano. Pero, como en muchas otras áreas, nuestras concepciones políticas en las últimas décadas acerca de cómo construir lo nuevo quedaron enredadas en las telarañas de ejes progresistas y liberales. Organizaciones, movimientos y cuadros quedaron enredados en ejes que debilitaron el proceso general, que quebraron vínculos y negaron las culturas propias, acelerando debates que se dan en el tiempo y con el pueblo en la calle, en lucha por sus derechos.

En nuestras grandes gestas históricas tenemos muchos ejemplos de organizaciones sociales que han marcado caminos y nos han permitido cambiar y repensar costumbres para ir construyendo nuestra identidad. Tomo tan solo un ejemplo del proceso de la revolución Boliviana, el de Maribel Santamaría Mamani, secretaria de la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia, de la Nación Aymara, quien afirma: “Somos un pueblo milenario, que tiene historia, cultura, conocimientos, sabidurías, un diálogo con la Pachamama. Para cualquier reunión se pide permiso a la Madre Tierra, a través de la hoja de Coca que está presente en toda reunión: en las reuniones familiares o comunales, en algún taller, para empezar la siembra. Así, hay una comunicación constante. Pedimos fuerza, sabiduría, valor, energías positivas para seguir fortaleciéndonos. Llevamos dos símbolos muy importantes en nuestras vidas: nuestra abuela Bartolina Sisa y Túpac Katari, héroes que han luchado por la liberación de nuestros pueblos en la época colonial. Llevamos ese ejemplo, esa fortaleza, estamos siguiendo sus pasos... No es fácil implementar los cambios, si bien Bolivia es un Estado plurinacional, tenemos dificultades en implementar las normativas. Es importante descolonizar la descolonización. La descolonización es todo un proceso. Estamos en ese proceso de despatriarcalizar, todavía tenemos mucha lucha por seguir. Hemos dado un pasito, nos falta mucho más por trabajar... Para eso estamos como organizaciones, fortaleciéndonos orgánicamente. Es importante tener ejércitos, soldados organizados, aymaras, quechuas, guaraníes, de todas las nacionalidades, porque si

no estamos organizados no vamos a poder lograrlo. Estamos en ese proceso de construcción... Son muchos los desafíos que tenemos que hacer como mujeres indígenas... Tenemos que mantener nuestra identidad, hemos traspasado más de 500 años y seguimos actualmente mostrando nuestra identidad, nuestra cultura... Por medio del idioma nos hemos comunicado y persistido hasta la fecha. Debemos seguir recuperando nuestros idiomas de los pueblos indígenas que se están perdiendo... Nuestros tejidos tienen todo ese conocimiento que nos han heredado nuestros abuelos... El vivir bien es el futuro que tenemos que reconstruir todos” (*Desafiando el capitalismo y el patriarcado*, en www.mapuexpress.org/?p=22661).

Es en este sentido que, desde el proyecto nacional popular latinoamericano, para continuar profundizando la lucha de la mujer como actor político, tenemos que dar cuenta de: a) *la reinterpretación de la historia*; b) *aceptar y ser activas en el debate y la transformación permanentes respecto del rol de la mujer en los procesos políticos y sociales* en los espacios de

representatividad; c) *avanzar en la producción de un debate y de tensiones creativas que dentro de un proceso de lucha y unidad nos permitan transformar las relaciones entre géneros, atravesando cada aspecto de nuestras vidas y teniendo como objetivo central el fortalecimiento del proceso, de sus actores y del proyecto, con los valores propios del proyecto nacional popular latinoamericano de solidaridad, igualdad y aceptación de lo diverso*; d) *dar el debate y la lucha al proyecto de las grandes transnacionales financieras especulativas que con sus medios hegemónicos intentan instalar un aspecto de la temática, analizar y comprender las falsas antinomias que se plantean*; e) *impulsar la organización popular y en particular el empoderamiento de la mujer en cada rincón de nuestra patria*. ¿Cómo continuamos fortaleciendo el proceso latinoamericano, trabajando en nuestros retos históricos? ¿Cómo seguimos fortaleciendo, deconstruyendo, repensando y avanzando en nuestro rol de mujer... y viceversa? Ese es un gran desafío. ▀

De aquellos polvos vienen estos lodos

Guillermo A. Makin

Guillermo O'Donnell caracterizó regímenes políticos abordándolos en su inicio o plenitud. Siendo su discípulo contrera, hice al revés. Busqué caracterizar al sistema político argentino estudiando sus crisis. En primer término lo hice con el golpe de 1955 y luego con el de 1976. Luego haría lo mismo con la crisis del 2001-2003. Este enfoque me llevó a entrevistar a muchos que trataron de evitar la pérdida del poder en 1955 y en 1975-1976. Esto resultó en una veta realmente rica y sugerente que me lleva así a conceptualizar características del sistema político argentino que afectan a instituciones tales como la Presidencia, el Congreso y el Poder Judicial, y la adopción –sin beneficio de inventario– del mito de que la división de poderes es democrática en su origen y funcionamiento, además de las falencias de los partidos, especialmente el partido-movimiento que fundó Perón. En esta ocasión me concentraré en la falencia o característica del movimiento peronista, tan renuente a amoldarse a las prácticas de un partido político propiamente dicho, como dice Maurice Duverger. Las falencias de la Presidencia, el Congreso y el Poder Judicial solo serán enumeradas. No hay tiempo ni espacio para todo.

Problemas del Peronismo como un partido renuente a adoptar prácticas democráticas internas

Los entrevistados dijeron que sentían dentro del peronismo una falta de mecanismos democráticos y de otras actividades que dan vida a la política. Habiendo perdido el poder en diciembre de 2015, persiste una renuencia –dentro del peronismo en sus múltiples ramas– a organizarse como un partido propiamente dicho. Hay consecuencias: a) dificultades para remontar crisis, lo que resulta en que se pierde el poder; b) deslegitimación; c) división interna; d) de la deslegitimación –emergente de que no se ha consultado al afiliado y menos al militante en procesos democráticos que incluyan el voto y no signifiquen una unificación que, como señala Graciela Camaño, sea un mero

“amontonamiento”– surge la imagen de acefalía de la que se ha valido la jueza María Romilda Servini de Cubría en un fallo política y legalmente ridículo, pero –y esto es lo significativo– funcional al macrismo.

El peronismo se muestra renuente a seguir el ejemplo de la Renovación que marcó Antonio Cafiero, con una renovación tan ejemplar que compitió con Carlos Menem y éste pudo ganarle, es decir, no renovó en beneficio propio. Tal es la renuencia peronista a democratizarse internamente que hay peronistas que tildan la reforma de Cafiero como un fracaso.

Los peronistas que ocuparon puestos en el gabinete en 1955 y 1975-1976 me señalaron los costos del origen carismático del partido y la ausencia de prácticas democráticas.⁷ Pueden distinguirse cinco etapas durante las cuales esta característica se origina y evoluciona: a) orígenes y causas primigenias; b) persistencia entre 1946 y 1955; c) consecuencias de la proscripción entre 1955 y 1972; d) la renovación cafierista; e) vuelta a la digitación de candidaturas y a los costos del carisma, 2003-2018. Tengo entrevistas grabadas y transcritas que documentan desde la primera etapa hasta la cuarta. La quinta está demasiado fresca y se desarrolla aún ante nuestros azorados ojos. Paso a relatar, citar o parafrasear lo que me dijeron Ángel F. Robledo, Alfredo Gómez Morales, César Guardo, César Marcos, Raúl Lagomarsino, Antonio Cafiero, Andrés Framini, Oscar Albrieu, Alejandro Díaz Biale, Enrique Pavón Pereyra, el teniente general Alberto Numa Laplane y Julio González. Cabe hacer notar que esta información, y el análisis que derivó de la misma, acaba mostrando una causalidad política donde lo económico sorprendentemente no pesa tanto como muchos han pensado. Por “causalidad política” entiendo elementos institucionales. Algunos emergen de malas prácticas y corruptelas, pero muchos componentes de lo político provienen de diseños institucionales con

⁷ César Marcos, secundando a John William Cooke en junio de 1955, rememoraba que “después del 16 de junio de 1955 las unidades básicas estaban vacías, ya no iba nadie”.

fallas fundamentales y de inicio. El resultado de estas falencias son crisis donde –como puntualiza Maquiavelo– se ha ejercido el poder sin tener éxito en *mantenare lo stato*. También entrevisté a líderes de la oposición al peronismo: Arturo Frondizi, Miguel Ángel Zavala Ortiz, Arturo Illia, Ricardo Balbín, Eduardo Busso, José María de Pablo Pardo, Jorge Aguado, Celedonio Pereda, Marcos Friszman, el ex general Jorge Rafael Videla, el ex Almirante Emilio Eduardo Massera, y José Alfredo Martínez de Hoz.

Juan Linz es un autor de ciencia política –al ser un académico de nota no es clasificable como autor de trabajos testimoniales, como los que escribieron algunos de los entrevistados, pero es muy sugerente– que refiere una característica del sistema político argentino: lo cortesano.

Orígenes

Desde sus comienzos en 1945-1946 no es el Peronismo un partido “a la Duverger”. La impronta de lo que García Belsunce y Carlos Floria caracterizaron como un “liderazgo carismático bicéfalo” siguió pesando, y es así aún en 2018. Tras las elecciones de 1946, Perón encomendó a César Guardo, entonces presidente de la Cámara de Diputados, que organizara un partido. Un año después –rememoró Guardo– hubo una reunión de políticos peronistas para evaluar las razones de la problemática organización. Terminada la reunión, en la que se evaluaron las dificultades que habían llevado a que el intento fracasara, Guardo queda solo con Perón y le pregunta a qué se debían las dificultades. Perón le responde: “Me extraña, Giovinotto [sobrenombre con que lo llamaba Perón], su falta de olfato político. El que no quiere partido soy yo”.

Persistencia entre 1946 y 1955

En reiteradas ocasiones Perón efectuaba llamados a organizarse, argumentando que la organización era esencial porque vencía al tiempo, etcétera, etcétera. Pero su forma de conducción de hecho lo impedía. Su contacto con el partido era nombrar y reponer dirigentes con frecuencia tal que nunca se consolidaran liderazgos. Otra característica de su forma de liderazgo era dar ocasionales clases magistrales.

Había unidades básicas por todo el país, pero la actividad en las mismas era más receptiva que activa de lo que decía Perón: es lo que

alegaron Guardo y Albrieu, además de César Marcos y Raúl Lagomarsino.

Oscar Albrieu –que pasó de presidente de la Cámara de Diputados a ser ministro del Interior tras el fracasado golpe del 16 de junio de 1955– rememoraba en 1980 que conversaba muchas veces con Perón y que éste se ponía muy emotivo, llorando, cuando analizaban los problemas, y concordaba con que la causa de los problemas organizacionales del partido-movimiento surgían de que “a mí me pesa demasiado la chaquetilla”, refiriéndose al uniforme militar. Albrieu lo pone a John William Cooke a cargo de una intervención partidaria luego de junio de 1955, secundado por Marcos y Lagomarsino, quienes recordaban en 1980 que buscaban –de acuerdo con Albrieu– darle vida al partido con actividades en las unidades básicas. A las pocas semanas dejaron de intentarlo. Entre la costumbre y el miedo por la violencia entonces prevaleciente, y el clima de odio confrontacional –que muestra feliz Lafiandra en su libro testimonial *Los Panfletos de la Revolución Libertadora* que recuerda tanto a los emails que circulaban en 2014 y 2015–, las unidades básicas en 1955 permanecían vacías e inactivas, por ende incapaces de generar soluciones a la crisis por entonces evidente.

Consecuencias de la proscripción entre 1955 y 1972: el desorden de 1974-1976

En 1980 Ángel Federico Robledo me concedió una serie de largas entrevistas, y también a partir de 1983, cuando oficiaba de asesor presidencial de Alfonsín. Había sido embajador en países latinoamericanos hasta 1955, luego ministro de Defensa de Cámpora y de Perón en 1973 y 1974, volvió a ser nombrado embajador y ministro con Isabel Perón –ya muerto Perón–, quien le pidió que renunciara influenciada por López Rega, quien nunca se llevó bien con Robledo. Hablamos de la forma en que se llega al golpe de 1976, de las dificultades tras el escándalo del cheque librado por Isabel –por torpe consejo de Antonio Benítez, según me confesó él mismo– para cubrir parte de la herencia de Perón que debía pasar a las hermanas de Eva Perón, del Rodrigazo y del deterioro de la salud de Isabel. Pero Robledo también comenzó una serie de consideraciones sobre las características del partido-movimiento. La más sintética y valiosa, a mi modo de ver, es cómo conceptualizó las consecuencias de la proscripción: “La proscripción para un partido

político es igual que la desnutrición para un cuerpo, lleva a deformaciones y retrasos”.

Levantada la proscripción al peronismo, tras el fracaso del Estado Burocrático Autoritario (BA) de 1966-1973, urge organizar el Partido que funciona obedeciendo a Perón y a su delegado Cámpora. Pero donde emergieron las consecuencias de la proscripción que perduró por 18 años fue en la selección de candidatos. “Había que nombrar candidatos a diputados, senadores, gobernadores, legisladores provinciales, intendentes, concejales. Inevitablemente – recordaba Alejandro Díaz Bialek, que como senador nacional acabó siendo presidente *pro tempore* del Senado– se filtraron todo tipo de personajes indeseables”. Una consecuencia de la ausencia de mecánicas partidarias democráticas es que Perón, presionado por Isabel y López Rega, se sobrepone a su renuencia a ser candidato a la presidencia, conocedor de su afección cardíaca, y sultanáticamente nombra a Isabel como candidata a la vicepresidencia.

Agrava ese gigantesco error político que, pese a sus reservas hacia el accionar de López Rega, Perón solamente se decidió a reemplazarlo estando a un mes de morir, según varios de mis entrevistados. Uno de sus médicos, Taiana, me contó –a poco de publicar su libro, donde cubre las razones de la forma de accionar de Perón– que el problema cardíaco se iba agravando con sucesivos ataques que eran mal curados, porque Isabel y López Rega no querían montar una unidad coronaria en Gaspar Campos ni en Olivos. Además, era “muy indio” Perón, según me dijo Taiana: desconfiaba de la medicina tradicional y prefería la magia de López Rega, que además con Isabel tiraba a la basura los medicamentos alópatas que recetaban los médicos. Según Taiana, esto hacía que los períodos diarios de actividad de Perón fueran cada vez más cortos. Además, innecesariamente lo mandaron inspeccionar la flota de mar ya desatado el invierno, como demostración de su poder, y al poco tiempo de esa torpeza lo dejan mojarse durante la lluvia al visitar innecesariamente al Paraguay, no cambia su chaquetilla militar y permanece durante horas mojado y muerto de frío. Ahí contrae la gripe que lo lleva, con sus problemas cardíacos, en pocas semanas a la muerte.⁸

Todo esto configura la característica cortesana del sistema político argentino a la que se refirió Juan Linz cuando hablamos en Yale. Perón y su entorno disponían del Estado y del Partido como si fueran propiedad personal del sultán. Ello se deriva del carácter carismático, potenciado por las consecuencias nefastas de la parálisis partidaria resultante de la proscripción.

La reorganización partidaria que promovía Robledo en los 70, incluyendo elecciones internas a autoridades partidarias, fue sabotada por Isabel, quien –según me contó Julio González– seguía recibiendo instrucciones de López Rega a través de Lastiri, que vivía en el chalet presidencial. López Rega, cabe recordar, no estaba ausente del país porque lo expulsara el partido-movimiento del que tanto abusó, ni por la presión del sindicalismo, sino por el decidido accionar del General Alberto Numa Laplane, quien lo echó de Olivos con granaderos: lo hizo embarcar a Europa munido de un caricaturesco diploma de embajador especial que, por insistencia de Isabel, debió sacar del Palacio San Martín el jefe superior de ceremonial de Estado, embajador Jorge Giraldes.

De esta evolución resultaba una cultura política poco proclive a la democracia interna. Se creía y se cree aún hoy en medios peronistas que el movimientismo es una característica superior a las de un partido “a la Duverger”. Una deformación que corona esta serie de excrecencias es el verticalismo obsecuente del que se preciaba más de uno.

Así, ante la creciente actividad destitucionalista de las Fuerzas Armadas, sus comunicados constantes y la incapacidad de Isabel, potenciada por la continuada interferencia de López Rega, el partido-movimiento carece de prácticas democráticas internas para superar la crisis, crear nuevas instancias políticas y renovar autoridades más que desvalorizadas. El partido-movimiento no funciona, no existe, y se llega al golpe de 1976 en una actitud que mezcla la postración y la resignación política.

confió al escribano mayor de gobierno, Enrique Garrido, en la cual hacían constar que a lo sumo a Perón le quedaba un año de vida y que, de hacerse cargo de la presidencia si se lo candidateaba como parecía inevitable tras la renuncia de Cámpora, su vida se acortaría drásticamente. Le predijeron seis meses.

⁸ A poco de establecerse después de junio del 73 en Gaspar Campos, los médicos habían elaborado un acta que se le

La renovación cafierista

El tránsito a 1983 encuentra al peronismo sin democracia interna, en manos de personajes que se han encaramado al partido. Si la derrota del 2015 –según Natanson– no debería sorprender, la de 1983 es menos sorprendente todavía.

Desde 1980, cada vez que regresaba a la Argentina, y lo hacía con frecuencia –por lo que me pidió la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Comunes de México–, lo veía a Antonio Cafiero. En 1983, ante el triunfo de Alfonsín, me dijo: “qué quiere que haga, Makin, el tiempo pasa y este hombre [por Alfonsín] va estar seis años en la presidencia. ¿Qué hago yo?”. Seguramente no fui el único que le dijo que renovara al partido. Tan bien lo hizo que ganó la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Esa renovación es la más profunda que ha tenido el Justicialismo. Tras el triunfo de Menem el proceso democrático interno fue congelado. Nadie quiso descongelarlo, y la elección de 2003 no fue otra cosa que una interna peronista, porque la dirigencia era incapaz de seguir con las prácticas de democracia interna que ejemplificó Cafiero.

Néstor Kirchner explicó –en el libro que publicó en 2003 con Torcuato Di Tella *Después del Derrumbe*– que era necesario remontar con internas democráticas la crisis de representación que aquejaba al peronismo y a todos los partidos. La iniciativa era excelente, pero tenía una única falla: permitir que votaran aquellos que no eran afiliados ni militantes. Solo tuvo sanción durante la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner. Como se sabe, las sabotó ejerciendo el dedazo a la mejicana, siguiendo la lamentable costumbre peronista. La presidente no permitió que las PASO eligieran y seleccionó de antemano a Scioli, quien era resistido por muchos peronistas, según pude constatar en mi trabajo de campo en el año 2015.

Conclusiones y conjeturas

Que no se haya consultado al afiliado y menos al militante en procesos democráticos que

incluyan el voto resulta una fuerte mácula deslegitimante. Es cierto que hay que cuidar que no vaya a aparecer una unidad que signifique un mero amontonamiento. Mi visión es que el fraccionamiento que señala Servini de Cubría en su grotesco fallo es resultado de la ausencia de un proceso de reforma regido por consultas democráticas que incluyan activamente al afiliado y al militante. Tal como señaló Hector Recalde, es un fallo “proscriptivo”, pero que es resultado de la renuencia del peronismo a seguir el ejemplo de la renovación que presidió Antonio Cafiero.

Ya no vuelan los Gloster Meteor de la Marina, ni las Fuerzas Armadas se meten en política, un logro de los años posteriores a 1983, pero apareció el Poder Judicial, o por lo menos algunos jueces, conformando un nuevo mecanismo antidemocrático al servicio –según la genial conceptualización de Guillermo O’Donnell– del Estado Burocrático Autoritario. ¿Generará el peronismo una buena mezcla de la movilización del 17 de octubre y del reformismo democratizante de Cafiero, para reformarse y repeler este avance autoritario?

Quiero señalar que este texto está basado en documentación hasta ahora inédita que refleja el pensamiento de la vieja guardia peronista sobre los problemas emergentes de la renuencia del peronismo a rutinizar prácticas democráticas, como diría Max Weber. Las desgravaciones están a disposición de quien quiera verificar que lo que se me dijo no ha sido tergiversado de forma alguna. Lo más que he hecho es parafrasear.

Jeremy Corbyn, líder laborista que *The Economist* sostiene será el próximo primer ministro británico, se sobrepuso a problemas similares a los que enfrenta el peronismo, recurriendo tres veces al voto de afiliados. Es una muestra de cómo es posible ganarles a medios en su mayoría opositores y aún a laboristas que buscaron su reemplazo, arañando el poder en las elecciones de junio del 2017. ▼

Estar a la altura

Grupo Fragata

Lo que diferencia a las y los dirigentes políticos que trascienden no es su ideología o su idea de la organización política. Lo que las hace y los hace distintos es estar a la altura de las circunstancias históricas que atraviesa su país. Creemos que la presente coyuntura política tiene su origen en dos elementos. En primer lugar, no ha surgido de las dos últimas elecciones un único liderazgo opositor, pero sí se han perfilado algunos con legítimas aspiraciones. En segundo lugar, la supuesta certeza que muchas y muchos analistas tenían acerca de que Mauricio Macri se encaminaba a su reelección en 2019 se ha agrietado fuertemente a la luz de la imposición de un modelo económico excluyente. La imprudente desregulación económica y financiera, la entrega de porciones del Estado a la clase empresarial, el progresivo vaciamiento del sistema previsional y el deterioro del mercado de trabajo son los frutos que tarde o temprano esperábamos. Ante la falta de opciones con capacidad de vertebrarse como alternativa de gobierno aparece en la sociedad argentina una sensación de zozobra, ¿qué sucede si en este contexto las y los dirigentes políticos no están a la altura? ¿Qué significa estar a la altura? “Estar a la altura” no significa deponer diferencias estratégicas sobre la visión del país, estar de acuerdo en todas las tácticas hacia las futuras elecciones presidenciales, o pretender que no existan ambiciones personales. Pero sí tenemos la convicción de que “estar a la altura” significa ponerse de acuerdo en dos puntos medulares: hay que ser una oposición real, y hay que crear los mecanismos que permitan generar una fórmula presidencial competitiva. Mecanismos que permiten dialogar entre competidores, acordar reglas de juego, dirimir disputas y definir qué va a suceder con los que ganan una “interna” y, sobre todo, con los que pierden.

Los acuerdos programáticos más o menos detallados pueden ser importantes. Pero mucho más relevante es permitir que los distintos sectores de la oposición expresen sus posiciones como les parezca mejor (de manera más “dura” o más “flexible”). Y, a su vez, que puedan hacerlo coordinando con otros sectores los mecanismos y reglas que permitan construir una oposición competitiva. Para decirlo de

otro modo, se trata de evitar que se alcance el objetivo político del Gobierno: mantener dividida a la oposición y limitar su capacidad de coordinación.

De aquí a 2019 pueden surgir varias candidaturas con voluntad de disputar electoralmente. El FpV-kirchnerismo, Unidad Ciudadana, el Peronismo Federal, el Frente Renovador y otras corrientes y grupos del campo popular y democrático cuentan con mujeres y hombres capaces de “estar a la altura” y ser candidatas y candidatos competitivos. Quienes firmamos este documento tenemos preferencias variadas entre estas corrientes opositoras ancladas en el amplio campo popular y democrático. Votaremos a quien más nos interpele en una gran PASO y luego apoyaremos a quien gane en esa interna en una elección general. Y creemos que la gran mayoría de la ciudadanía está dispuesta a hacerlo también.

En otras palabras: al mismo tiempo que se demanda a las y los dirigentes que abran una instancia de negociación y diálogo para acordar mecanismos de competencia, hay un grupo muy grande de ciudadanas y ciudadanos que también ofrece su propio compromiso. Desde nuestro lugar vamos a ayudar a proyectar nuestros valores históricos al futuro. ¿Qué es y cómo se impulsa la justicia social en la actualidad? ¿Cómo se promueve una economía inclusiva, federal e integrada? ¿Qué significan hoy una educación y una salud de calidad para nuestro país? ¿Qué implica la integración de nuevas tecnologías en el mundo del trabajo? Ya habrá tiempo, un tiempo electoral, para imponerse e imponer. Pero sin diálogo ni acuerdos básicos sobre la forma de competir para ganar, las y los dirigentes no habrán estado a la altura de estas demandas y expectativas. Y las y los dirigentes que no están a la altura de las demandas y expectativas de los hombres y mujeres de su pueblo, no están a la altura de su tiempo ni de la historia.⁹ ▽

⁹ Grupo Fragata: María Esperanza Casullo, Sebastián Etchemendy, Marcelo Leiras, Abelardo Vitale, Nicolás Tereschuk, Ana Castellani, Germán Lodola, Paula Canelo, Sergio De Piero, Jorge Battaglini, Juan Manuel Ottaviano, Fernando Peirano, Sol Prieto, Esteban Kiper, Juan O’Farrell, Natalia Aruguete, Marcos Schiavi, Ariel Lieutier y otros.

El albatros debe volver a remontar el vuelo

Julio Fernández Baraibar

El peronismo es un movimiento creado desde el poder. Respondió a una crisis completa de representatividad del sistema de partidos en 1940 y a la aparición de nuevos actores sociales: la clase obrera y el empresariado industrial nacional, resultado de la sustitución espontánea de importaciones, a consecuencia de la guerra. Se organizó desde arriba y su triunfo electoral en 1946 –inesperado para el *establishment*– fue un voto a favor de las políticas económicas y sociales que había comenzado a desarrollar la revolución militar de junio de 1943. El pueblo argentino votó por la continuidad de esas políticas y dio legitimidad a un poder cuyo origen era una breve sucesión de golpes de estado militares.

Desde el poder, Juan Domingo Perón organizó ese amplio frente nacional que comenzó a llamarse peronismo, que se nutría de figuras políticas provenientes del conservadorismo (Héctor J. Cámpora, el general Filomeno Velazco, Héctor Sustaita Seever, para dar algunos ejemplos), del socialismo (Ángel Borlenghi, Juan Atilio Bramuglia, Juan Unamuno, entre otros), del radicalismo (todo el forjismo, encabezado por Arturo Jauretche, más el propio vicepresidente Hortensio Quijano), del nacionalismo católico (el ejemplo arquetípico es el escritor y poeta Leopoldo Marechal, pero también el padre Hernán Benítez, los hermanos Muñoz Azpiri, Juan Cooke, José María Rosa, etcétera), estalinistas y trotskistas. Todos ellos fueron disolviendo sus antiguas pertenencias partidarias para integrar lo que finalmente fue el Partido Peronista.

Lo característico y novedoso fue el amplio espectro político, económico e ideológico de ese nuevo movimiento. Desde el movimiento obrero hasta los nuevos empresarios, desde sectores vinculados a la producción agropecuaria hasta industriales navieros, desde notorios masones a católicos declarados y militantes, desde resonantes apellidos de las desvaídas aristocracias provinciales hasta hijos de árabes y judíos –que en las provincias, sobre todo del Noroeste Argentina, iban conformando una nueva burguesía–, todos los sectores enfrentados al viejo país

agroexportador, al privilegio oligárquico, tuvieron su lugar en el Arca de Noé que fue siempre el peronismo. Solo desde el poder del Estado y con mano firme se podía mantener la unidad de ese frente nacional.

Baudelaire ha escrito un famoso poema llamado *El Albatros*, en el que compara al majestuoso pájaro con el poeta. Describe en sus versos la belleza aérea de “este señor de las nubes / que habita la tormenta y ríe del ballestero”. Los marineros, dice Baudelaire, suelen voltearlo a la cubierta y allí se convierte en inútil y débil, en feo y grotesco. Y termina con estos versos que –a mi entender– metaforizan la situación del peronismo: “Exiliado en la tierra, sufriendo el griterío, / sus alas de gigante le impiden caminar”. El peronismo en el poder se asemeja, en su autonomía, en su agilidad de movimientos, en su grandeza, a ese albatros que cruza los mares del Sur. Pero alejado del poder, “sus alas de gigante le impiden caminar”. Le cuesta recomponer sus amplias alas, trastabilla con la inmensidad de su cuerpo y se le hace difícil volver a remontar el vuelo.

Sobre estas características, que son la fortaleza y la debilidad del peronismo, se han montado las fuerzas de la reacción oligárquica e imperialista para intentar, desde hace más de 70 años, destruirlo, dividirlo y, si fuera posible, borrar toda memoria de su existencia. Esta operación tiene la forma de un movimiento de pinzas que, por derecha e izquierda, intenta –y va a intentar– neutralizar la extraordinaria capacidad movilizadora y transformadora que el peronismo ha tenido en la política argentina y con proyección continental.

Es evidente que el macrismo en el gobierno ha estado buscando, durante estos tres años, generar las condiciones que permitan la aparición de un peronismo integrado al sistema agroexportador, financiero y de alineación automática con los Estados Unidos. Este peronismo –que de alguna manera fue configurado durante el menemismo, aun cuando las condiciones del país eran otras– constituiría una de las patas de un sistema bipartidista y se

caracterizaría por un acuerdo cupular con las dirigencias más claudicantes y empresariales del movimiento obrero y los sectores políticos más conservadores de las provincias, y una relativamente mayor preocupación por los sectores más humildes de la población, en comparación a la insensibilidad clasista del macrismo. Frente a una coalición liberal-desarrollista, vinculada a los sectores agroexportadores, las empresas extranjeras y el capital financiero internacional, este peronismo intentaría paliar las brutales consecuencias sobre los sectores más vulnerables de nuestra sociedad de un proceso de desindustrialización, desocupación y retroceso general de las condiciones generadas desde 2003 en adelante. El punto central sería no cuestionar el modo de inserción de la Argentina en la globalización dictada por el capital financiero, mantener el esquema agroexportador y aplastar a las “industrias artificiales”, estableciendo desde el Estado una política social que atenúe los efectos predadores de esa concepción. Es lo que ocurrió, más o menos, durante los dos gobiernos de Carlos Menem.

Esta alternativa es la que se expresa atrás de los reclamos por el bipartidismo y la alternancia en el poder, y tiene como ejemplo permanente el régimen postpinochetista de Chile: dos grandes alianzas, caracterizadas como de centro derecha y centro izquierda, alternan en el ejercicio de la presidencia, sin que ninguna de ellas cuestione o intente modificar el modelo minero-exportador-financiero, cerrilmente privatizador.

Simultáneamente se ejerce, desde sectores aparentemente más contestatarios, una presión para que los elementos más dinámicos y los aspectos programáticos más cuestionadores del status quo semicolonial se aíslen del conjunto de los sectores nacionales y populares, tendiendo a generar un movimiento de gran pureza ideológica y principista, sin capacidad de acumular fuerza electoral. Si esa maniobra prosperara, la fuerza transformadora que fue capaz de modificar durante 12 años el rumbo de la Argentina podría convertirse en una organización política testimonial, de una intensa capacidad militante y de movilización –que tendería a decaer–, pero resignada a elegir algunos diputados en los centros urbanos y carente de toda capacidad de asumir el poder del Estado.

El ciclo Kirchner

El triunfo electoral de Néstor Kirchner y el retorno del justicialismo a su programa histórico fue, como el nacimiento mismo del peronismo, una política llevada adelante desde el poder y de manera sorpresiva. El Partido Justicialista no jugó un papel protagónico en todos esos años, aunque un grupo de gobernadores apoyó desde el principio y amplió la base de representación con que Néstor Kirchner llegó a la presidencia. Desde ese lugar, Néstor Kirchner, primero, y Cristina Fernández de Kirchner, después, ejercieron el mismo tipo de poder que caracterizara a los gobiernos de Juan Domingo Perón. Disciplinaron a los gobernadores reacios, se apoyaron en jefes comunales pasando por encima de gobiernos provinciales, encolumnaron a los díscolos e impusieron sus puntos de vista. El PJ se amoldó a estos criterios y fue, durante los doce años de gobierno, muy parecido a lo que había sido aquel Partido Peronista de los años cincuenta, un aparato electoral eficaz y necesario para consolidar el poder y el programa que desde el poder se llevaba adelante.

Durante estos doce años la vida interna del PJ, sus autoridades y congresos no tuvieron ninguna existencia real. En la Capital Federal, la sede del PJ Nacional tuvo sus puertas cerradas a toda actividad interna y el padrón de afiliados es un misterio parecido al de los manuscritos del Mar Muerto. La situación se repitió en casi todas las provincias en las que cada uno de los gobernadores ha ejercido más o menos la misma mecánica.

No hay en estas líneas una intención moralizadora. La ruptura con el modelo agroexportador financiero, la consolidación de la independencia nacional, la transferencia de ingresos de los sectores tradicionales al conjunto del pueblo, o la creación de un mercado interno que ponga en movimiento el sistema productivo industrial, no son tareas que tengan un manual de instrucciones o un protocolo de buenas maneras. Estados Unidos lo logró a través de una guerra civil, con unos 800.000 muertos, la consecuente devastación económica y las secuelas de bandolerismo y anomia social que continuaron durante años. La historia no ha sido nunca un baile de señoritas, o, como afirmaba el poeta peruano Leoncio Bueno, “el oro no viene amonedado”.

Después de las derrotas

Como hemos dicho, el peronismo sufrió un duro golpe con las tres derrotas electorales de 2015 y 2017, y se hicieron evidentes las diferencias tácticas y estratégicas que se mantenían en sordina mientras estuvo en el gobierno. Esas diferencias perdieron el freno inhibitorio que el ejercicio de la presidencia imponía, y se hicieron públicas las críticas a la campaña electoral, a las decisiones tácticas, al ejercicio del poder en los últimos años, al rigor interno y a la imposición de criterios por encima de la capacidad de convencimiento.

Los viejos sectores y clases de terratenientes, agentes financieros, bancos y compañías extranjeras han vuelto al poder, arrasando con la independencia económica y la justicia social. Su principal objetivo político es convertir al PJ —creado por Juan Domingo Perón como herramienta electoral del movimiento nacional y popular— en una alternativa “popular” de la partidocracia liberal. La única forma de evitar esa domesticación, que alejaría por décadas la posibilidad de retomar el rumbo del 17 de octubre de 1945, es consolidar al peronismo como el gran movimiento nacional y *no como la alternativa dentro del régimen de la dependencia*.

Fuera del peronismo y en oposición al movimiento obrero, se corre el peligro de quedar reducido a un partido sin posibilidades de poder, debilitando y hasta dividiendo el gran frente nacional, en provecho de los intereses que se proclama combatir.

La unidad

Al regresar a la Argentina en 1973, Juan Domingo Perón expuso, con la síntesis epigramática que lo caracterizaba, el tema de la unidad: “Yo vine al país para unir y no para fomentar la desunión entre los argentinos. Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia”. O sea, la unidad de los argentinos —y por ende del movimiento nacional y popular— está determinada y condicionada por el objetivo de la misma: “lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia”.

El escenario político no está —ni mucho menos— cerrado y cristalizado. El gobierno antinacional de Macri y sus CEOs ha demostrado su absoluta irresponsabilidad, un completo desmanejo de la economía y un profundo

desconocimiento del país. Está llegando a su límite el programa llevado adelante, cuyo único objetivo fue una masiva traslación de ingresos de los sectores asalariados al gran capital concentrado, al sector agro exportador y financiero.

Una caída estrepitosa del gobierno no haría sino empeorar, en lo inmediato, las condiciones de vida de los sectores más vulnerables de la sociedad, que ya lo están pasando muy mal. El FMI ha vuelto a aparecer en la Argentina, en momentos en que el Congreso de la Nación pone en discusión todo el esquema tarifario del gobierno de Macri y Aranguren. Sin duda alguna —porque ya lo hemos vivido— esta nueva sujeción al fondo significa imponer a rajatabla el ajuste ortodoxo y pleno que los acreedores extranjeros le exigen a Dujovne y Caputo. Y esto implica un nuevo padecimiento para el pueblo argentino y para las provincias del interior, y una parálisis completa de la obra pública.

En estas condiciones, es necesaria una férrea unidad del peronismo alrededor de sus grandes banderas doctrinarias y la clase trabajadora organizada. Será decisivo para el resultado electoral del próximo año que las dos grandes alas del albatros se muevan en una sólida unidad de acción.

La capacidad de movilización, el contacto directo con amplios sectores urbanos y juveniles, y la confianza que éstos depositan en Cristina Fernández de Kirchner, no se traducen mecánicamente en un resultado electoral. Las representaciones territoriales, el poder de los gobernadores y la capacidad electoral de la maquinaria justicialista tampoco garantizan por sí mismos el necesario rumbo de independencia nacional, desarrollo industrial con justicia social, autonomía científico-tecnológica y consolidación y ampliación del mercado interno.

Esas alas, en el albatros, necesitan un poderoso esternón. En el movimiento nacional y popular esa función la cumple una conducción representativa que sea capaz de liderar el conjunto para volver a surcar el espacio del poder.

Tenemos por delante una gigantesca tarea: derrotar al gobierno liberal-conservador basado en las empresas imperialistas y sus gerentes. Solo la política, tan reivindicada todos estos años de reencuentro con nuestras mejores tradiciones, podrá mantener la unidad de criterio y de acción del movimiento nacional. En ese sentido, tengo

para mí que es tan contraproducente entregar de antemano fuerzas al enemigo, como intentar manejar con criterios dignos de un grupo de scouts o de desangelados calculadores algo tan rico, complejo y representativo como el peronismo.

Hay ya en la sociedad suficientes signos de hastío y de voluntad política para retomar el

rumbo perdido. Otro poeta, éste español y militante, escribió en El Silbo de Afirmación en la Aldea: “Aquí de nuevo empieza / el orden, se reanuda / el reposo, por yerros alterado / mi vida humilde, y por humilde, muda. / Y Dios dirá, que está siempre callado”. ▀

De qué hablamos cuando hablamos de unidad

Claudia Bernazza

Quizás cometa una herejía. Pero quisiera leer el concepto de *unidad*, tan caro a la historia y la doctrina de nuestro movimiento, a la luz de los estudios de las relaciones de poder de la segunda mitad del siglo XX, en particular desde los aportes del pensador francés Michael Foucault. Para que no me lean con recelo, también voy a leer el concepto de unidad a la luz de nuestro fin último —la *felicidad del Pueblo* y la *grandeza de la Nación*— y teniendo en cuenta las banderas históricas que lo hacen posible: Soberanía Política, Independencia Económica y Justicia Social.

En estos principios fundantes, no casualmente, el concepto de unidad no aparece. No aparece porque la unidad es un medio, es la estrategia para el logro de estos objetivos, dirán ustedes. Seguramente, pero no aparece. Y creo que no aparece porque esa finalidad y esas banderas contrarían las finalidades y las banderas de los capitales concentrados y sus personeros. Nuestros principios suponen, necesariamente, una toma de posición, y esa posición acarrea tensiones y conflictos que repercuten en la construcción de la unidad que intentan sujetos sociales concretos en cada momento histórico. ¿La Unidad con quién? ¿Con quiénes? ¿Dónde termina el campo popular y comienza el territorio de los “vendepatria”? Dudas, recelos, marchas y contramarchas. Sospechas de traición a la causa del Pueblo. ¿Quiénes somos “nosotros”? ¿Quiénes “los otros”? La toma de posición define territorios y fronteras, así como límites infranqueables (“Fulano o Fulana es mi límite”).

La pregunta acerca de quiénes serían convocados a la “unidad” tiene un sinnúmero de respuestas posibles. A esta pregunta retórica, de tipo racional, no se le puede dar una respuesta en abstracto. En los territorios y situaciones concretas, en el entramado de razones y emociones que nos atraviesa, la “unidad” es la *unidad posible en cada momento y en cada correlación de fuerzas*. Para resolver la distancia entre nuestra aspiración a la “unidad” y la *unidad*

posible o unidad situada, los peronistas debemos profundizar en un concepto que practicamos mucho pero conocemos poco: el poder, o mejor dicho, las relaciones de poder, la distribución del poder, la lucha por el poder, la correlación de fuerzas en cada momento y en cada territorio. Para alcanzar el poder en cada etapa histórica, las fuerzas populares tuvieron que lidiar con fuerzas imperiales y, finalmente, con un capitalismo extractivo que se hizo de los resortes de la región. Para torcer la voluntad de los imperios, del poder económico o de las *elites* propietarias, se libraron batallas reales y formales. El poder popular se construyó, así, a sangre y fuego. Hombres y mujeres de carne y hueso dieron su vida para que se reconocieran derechos. Nuestra historia está plagada de martirios, desapariciones y muertes. La memoria no da cuenta de todos los nombres y apellidos, tampoco hay un recuerdo pormenorizado de todas las tribus, etnias o colectivos —sindicales, políticos, sociales— que se involucraron hasta dar la vida, por eso la memoria es una construcción permanente. Frente a fuerzas contrarias a las grandes mayorías se luchó, se conquistó, se negoció, se acordó, se abdicó, se retrocedió o se avanzó según la correlación de fuerzas en cada momento. La unidad de las mayorías fue la quimera siempre, pero cada sujeto que lideró estas luchas propuso una estrategia diferente frente a las clases dominantes y los señores del capital. El acuerdo alrededor de estas estrategias casi nunca fue unánime, y la *unidad de concepción* se estrelló en numerosas ocasiones contra una *fragmentación de la acción*.

Michel Foucault puede acercarnos algunas pistas para comprender esta realidad. El poder produce sujetos. Produce creencias y cultura, por eso persiste, no por sus ejércitos y sus políticas represivas.¹⁰ El poder necesita sujetos

¹⁰ “Foucault encuentra innecesario describir el poder en términos negativos, como lo que excluye, reprime, inhibe, censura, abstrae, enmascara, y esconde. (...) Realiza un desplazamiento de esa concepción jurídica del poder, negativa y represiva (...), a una productiva, creativa del poder. (...) Aunque cambia su noción de resistencia, no la

convencidos acerca de la bondad de las instituciones y prácticas que propone. Esto lo saben los poderes fácticos interesados en gobernar Latinoamérica. Ya han aprendido (ellos también leen a Foucault) que no necesitan ejércitos: en la era de las comunicaciones, sus prácticas brutales dejan demasiados rastros y el mundo se horroriza. Si bien estos poderes siguen echando mano de matones y ejércitos, policías y grupos parapoliciales, en las últimas décadas se han dedicado a construir un sistema mediático judicial mucho más eficiente: este sistema produce definiciones tales como “políticos corruptos”, “pibes chorros”, “extranjeros morochos – paraguayos, bolivianos o lo que mejor cuadre en cada caso— que roban el trabajo de los nacionales”, “empleados públicos vagos”, entre otros estigmas que generan tribus irreconciliables dentro del campo popular. A partir de estas definiciones, el sistema produce sujetos capaces de dar la vida por el exterminio de estas tribus.

Nuestro desafío, desde siempre, es fortalecer, ampliar o despertar la conciencia de sí mismos de los trabajadores. El 17 de octubre de 1945 Juan Perón afirmó que interpretaba al Movimiento como un renacimiento de la conciencia de los trabajadores, que “es lo único que puede hacer grande e inmortal a la Nación”. En la resistencia, desde el gobierno, desde las grietas del poder instituido, vamos en busca de nuestros compatriotas para enarbolar las banderas y luchar por las causas que nos identifican.

Nuestra fuerza política es el producto de un liderazgo que supo despertar una conciencia dormida. Movimientos de masas nacen de una conciencia colectiva que encuentra su voz en líderes que la expresan con contundencia y claridad. Se inician así procesos de acumulación para desequilibrar, en favor de nuestros ideales, la correlación de fuerzas. El sujeto colectivo que emerge de estos procesos motoriza la historia yendo al encuentro de otros sujetos colectivos o,

lo que es más desafiante, al encuentro de personas indiferentes o “enojadas” con la política.

La unidad es, en definitiva, un esfuerzo situado para reunir voluntades alrededor de las causas de las mayorías. Cuanto mejor expresen estas causas líderes y referentes, más voluntades se reunirán. La unidad del campo nacional popular es, siempre, un desafío mayúsculo, porque este campo ha sido penetrado por poderes fácticos que necesitan construir sujetos dóciles a sus mandatos.

Finalmente: una conciencia nacional no se produce desde los estamentos de un partido político. Ya lo expresó con claridad Perón, así que huelgan los comentarios. Un partido es un instrumento electoral, mientras el desafío al que estamos llamados es de otra naturaleza: la reunión de voluntades alrededor de ideas, causas y estrategias que asumimos como opción de vida.

Por eso, en cada etapa, vamos al encuentro de las iniciativas populares que buscan alcanzar nuestras mismas metas. Conscientes de que este encuentro parirá el sujeto político de la hora. Si en este proceso de acumulación quedan atrás viejos compañeros de ruta, antiguos integrantes del buró de nuestros partidos, esto forma parte de la única verdad: la realidad. La construcción de mayorías es un proceso dinámico y situado que sobrepasa ampliamente los rígidos límites de un partido. En los partidos podemos ver “fotos” de cómo se organiza formalmente la propuesta electoral de una fuerza política, podemos participar de espacios de formación, debatir y consolidar programas, pero eso no es suficiente.

Nuestra vocación es la construcción de un movimiento situado en su realidad y su tiempo. Esta vocación se expresa reuniendo voluntades o, dicho en forma más explícita, acumulando poder alrededor de los liderazgos que cada uno reconoce. Líderes y referentes surgidos de este proceso promoverán la unidad, aunque saben, tanto como Foucault, que la unidad es una producción histórica, dinámica, que sucede si se logra una buena lectura de época y, en definitiva, expresar los anhelos, intereses y utopías de las grandes mayorías.

Si se hubiese trabajado intensamente en la unidad del partido Conservador o del Radical, el justicialismo nunca hubiese nacido. Un líder encarcelado y una plaza con patas en la fuente fue un nuevo polo de atracción, inició un nuevo proceso de acumulación que se acrecentó con los años y los aciertos.

concibe de manera negativa, sino como un proceso de creación y de transformación permanente; la resistencia no es una sustancia y no es anterior al poder, es coextensiva al poder, tan móvil, tan inventiva y tan productiva como él; existe sólo en acto como despliegue de fuerza, como lucha, como guerra. (...) El poder produce positivamente sujetos, discursos, saberes, verdades, realidades que penetran todos los nexos sociales, razón por la cual no está localizado, sino en multiplicidad de redes de poder en constante transformación, las cuales se conectan e interrelacionan entre las diferentes estrategias” (Giraldo Díaz, 2006).

Esa acumulación continúa, porque las fuerzas populares son un río interminable cruzando la historia. Aquí estamos, cada uno desde sus convicciones, escribiendo el capítulo de este tiempo. ▼

Bibliografía

Cafiero, Antonio (2010): “La unidad del peronismo”. *Página/12*, 22/6/2010.

Giraldo Díaz, Reinaldo (2006): “Poder y resistencia en Michel Foucault”. *Tabula Rasa* 4, Bogotá.

Desafíos de la unidad del Peronismo

Damián Descalzo

Hace años que el Peronismo viene sufriendo un proceso de fragmentación y división. No se encontraba unido en el año 2011 –cuando hubo tres candidatos peronistas¹¹ a la Presidencia en las elecciones generales de octubre de ese año–, pero el sector triunfante en aquella contienda electoral demostró que tenía clara hegemonía sobre el resto del Movimiento. Esta situación empezó a modificarse a partir de 2012, con la ruptura con un importante sector del movimiento obrero organizado, y se profundizó en 2013, cuando un grupo de intendentes peronistas del conurbano bonaerense y algunos del interior de la provincia conformaron un frente político alejado del Frente para la Victoria y apoyaron la candidatura a diputado nacional del intendente de Tigre (ex jefe de Gabinete), quien empezó a marcar diferencias pronunciadas con la conducción del Movimiento y obtuvo un resonante triunfo electoral en el principal distrito. Ese proceso de fragmentación no se logró detener antes de la elección presidencial de 2015 y su resultado fue nefasto: la derrota ante Cambiemos y la pérdida del gobierno nacional luego de casi 14 años.

Hay muchos indicadores que marcan el grado de dispersión que está sufriendo el Movimiento Nacional: la existencia de bloques separados, tanto en la Cámara de Senadores como en la Diputados de la Nación, o la mala o nula relación que existe entre la inmensa mayoría de gobernadores peronistas con la ex presidenta.

Ahora se hace necesario encontrar el modo de reconstruir la unidad. Es fundamental encontrar puntos de unidad entre los diferentes sectores del Movimiento y terminar el proceso de atomización que viene sufriendo el Peronismo. Las elecciones de 2017, a diferencia de las de 1985, no sirvieron para ordenar al Peronismo. Sabemos por experiencia histórica que el Peronismo es un movimiento profundamente democrático que para ordenar sus problemas internos solamente acepta el veredicto de las urnas.

Con el argumento que postula “con el Peronismo solo, no alcanza”, hubo quienes se esforzaron mucho más en proteger alianzas con sectores ajenos al Movimiento que en mantener unido al Peronismo. ¿Valió la pena privilegiar la alianza con sectores llamados *progresistas* en detrimento de la unidad del Peronismo? Personalmente, no tengo dudas de que la respuesta es: no.

Parte fundamental del proceso de reunificación del Peronismo es la necesidad de que la estructura política recupere la relación –de modo sincero y fraternal– con el sector sindical. De por sí, ya es muy complicada la unidad del movimiento obrero. Tanto que podríamos afirmar que la división del sector sindical ha sido más una regla que una excepción. Solamente en los gobiernos de Perón y Néstor Kirchner se alcanzó una aceptable unidad en la CGT,¹² y solo esos gobiernos contaron con el respaldo casi unánime de los sectores sindicales. Y si ha sido difícil la unidad de la CGT durante gobiernos peronistas, mucho más lo es cuando se está fuera de la Casa Rosada.

Se suele señalar, últimamente, que existen dificultades de orden material que explican la división. Se habla de una supuesta “grieta social”¹³ en el Peronismo. Ciertos análisis parecen olvidar una obviedad: el histórico carácter policlasista del Movimiento Peronista. Para fundamentar sus opiniones, exageran diferencias de épocas que, si bien pueden existir, son llevadas a extremos inexistentes para que sirvan de prueba a sus teorías. Así, por ejemplo, se habla de una antigua clase obrera homogénea y de una actual muy atomizada y con diferencias socio económicas abismales, lo que la llevaría a elegir

¹² En el caso de Kirchner, la unidad de la CGT fue un proceso que se inició en mayo del 2003 con su ascensión a la Presidencia de la Nación y que culminó en junio de 2005 con la consagración de Hugo Moyano como secretario general de la CGT.

¹³ Creo que estamos ante una verdadera “grieta ideológica” en el Peronismo. Eso es grave, porque difícilmente pueda haber *unidad de acción* sin *unidad de concepción*. Pero es un asunto que no trataremos en esta nota.

¹¹ Cristina Fernández de Kirchner, Eduardo Duhalde y Alberto Rodríguez Saá.

distintas opciones políticas. No coincido con esos análisis y menos con su pesimismo. Además, ¿quienes así piensan verán alguna homogeneidad social en el electorado de Cambiemos?

El Peronismo puede seguir siendo la expresión de las mayorías nacionales y populares, aun si esta sociedad se encuentra mucho más fragmentada socialmente que antaño. Su obligación ante la historia y su responsabilidad ante el pueblo argentino es recuperar la cohesión social en nuestro país.

Perón cuestionaba profundamente la desintegración y la desorganización –no pensaba que nuestro país vivía en una sociedad organizada y homogénea, como ahora algunos creen– que sufría el país a mediados del siglo pasado. Por eso se encargó, especialmente, de organizar el país y de promover el desarrollo de las Organizaciones Libres del Pueblo. En los años 90 nos quisieron convencer del fin de las ideologías, del fin de la historia y del fin del Estado Nacional en el fragor de la Globalización. Hay otros que nos quieren convencer del fin del trabajo, de la sociedad del salario y de la sociedad industrial. Las sociedades están en permanente cambio y se están verificando innumerables modificaciones en el mundo laboral, pero no se puede caer en la resignación, aceptando mansamente la fragmentación social y el quiebre de la sociedad basada en el trabajo. Ni el trabajo

ni la actividad industrial están muertos, a pesar de los cambios que evidentemente hubo. Por eso es posible encontrar puntos y acciones comunes en los sindicatos, desde los más tradicionales de la CGT hasta la CTEP. Hay intereses comunes y puede haber *unidad en la acción* gracias a una *unidad en la concepción*. El Peronismo debe servir a la unidad nacional y a la organización social.

La división del Peronismo permitió que esta nueva alianza entre el liberalismo oligárquico y la UCR –llamada Cambiemos– ganara las elecciones de 2015 y de 2017. Algunos siguen jugando a la división y critican a gobernadores o legisladores peronistas porque no son lo opositores que ellos querían... desde la comodidad de una red social. Le han surgido problemas al gobierno debido a sus nefastas políticas, pero la división del Peronismo todavía le da margen de maniobra. Una vez más va quedando claro que el Peronismo, ese movimiento que quieren demonizar quienes a lo largo de la historia han demostrado incapacidad e ineptitud para gobernar, es la única esperanza de lograr cierto orden y prosperidad en este rincón del mundo. Para eso es necesario que nuestros dirigentes estén a la altura de las circunstancias. Que así sea. ▼

¿Unidad de concepción en el peronismo actual?

Pablo A. Vázquez

Las derrotas en las urnas del 2015 y 2017 en manos de Cambiemos dejó al Peronismo, aparentemente, en un callejón sin salida. Lejos del poder estatal, con facciones reagrupándose para sus fines sectoriales, sin poder articular un frente opositor unificado, y en medio de una crisis de institucionalidad y liderazgo en el seno del Partido Justicialista. Esta situación nos plantea un incipiente análisis de las contradicciones del actual tiempo político que vivimos, que se patentizan entre quienes desean superar el corsé del Peronismo y aquellos aferrados a una visión osificada del mismo. En ambos casos se carece de una visión de futuro. Priorizan la conveniencia personal o de grupo, según se pretenda aferrarse al poder obtenido recientemente por ser garantes de gobernabilidad con el oficialismo macrista, o retomar el poder perdido, en los sectores ligados al kirchnerismo. Esto afinca el juego a la reacción, entrando en una falsa antinomia, cuando el eje de discusión debería reafirmar nuestro “sentido” como peronistas y apuntalar un frente multisectorial que potencie un proyecto nacional en marcha contra los nostálgicos gorilas amarillos que –si hay algo que uno debe reconocerles– tienen en claro qué quieren y dónde deben atacarnos. El eje entonces debería ser reformar nuestra “unidad de concepción” para la necesaria y anhelada “unidad de acción”.

Decirse –y sentirse– peronista equivale a convivir con imágenes, códigos y reglas propias que lo hacen a uno entender la realidad desde la práctica y la militancia, y así elaborar una teoría política objetiva y posible. Un primer paso, hoy, sería definir al Peronismo. Tarea ardua pero fascinante, ya que es uno de los hechos políticos del siglo XX que aún suscita polémicas entre los historiadores y los politólogos, quienes no terminamos de coincidir en cómo clasificarlo.

A quien primero recurrimos es a su gestor e impulsor, Juan Domingo Perón, quien lo enunció y conceptualizó en infinidad de discursos, escritos y obras. En su libro *Doctrina Peronista*, en la edición aumentada de 1951, hay un fragmento de su alocución del 20 de agosto de 1948, donde afirmó: “¿Qué es el peronismo?, han preguntado algunos

legisladores en el Congreso, hace pocos días. El peronismo es humanismo en acción; el peronismo es una concepción en lo político, que descarta todos los males de la antigua política; es una concepción, en lo social, que iguala un poco a los hombres, que les otorga iguales posibilidades y les asegura un porvenir para que en esta tierra no haya ninguno que no tenga lo que necesita para vivir, aun cuando sea necesario que los que están derrochando a manos llenas lo que tienen no dispongan de ese derecho; en lo económico, procura que todo lo argentino sea para los argentinos y que se reemplace la política económica que decía que esta era una escuela permanente y perfecta de explotación capitalista, por una escuela de economía social donde la distribución de nuestra riqueza, que arrancamos nosotros a la tierra y elaboramos nosotros, pueda distribuirse proporcionalmente entre todos los que intervienen para realizarla con su esfuerzo. Eso es peronismo. Y el peronismo se siente o no se siente. El peronismo es una cuestión de corazón más que de cabeza. Afortunadamente, yo no soy de los presidentes que se aíslan, sino que vivo con el pueblo, como he vivido siempre; de manera que comparto con el pueblo trabajador todas sus vicisitudes, todos sus éxitos y todos sus fracasos. Yo siento íntima satisfacción cuando veo que un obrero va bien vestido o asiste con su familia al teatro. Estoy entonces tan satisfecho como me sentiría yo en la misma situación del obrero. Eso es peronismo”.

Evita, en su primer artículo en el diario *Democracia* del 21 de julio de 1948 escribió: “El peronismo no se aprende ni se proclama, se comprende y se siente, ha dicho Perón. Por eso es convicción y es fe. Es convicción porque nace y se nutre en el análisis de los hechos, en la razón de sus causas y de sus consecuencias. Tiene el empuje y la dinámica de la historia en marcha. Es la conciencia hecha justicia que reclama la humanidad de nuestros días. Es trabajo, es sacrificio y es amor, amor al prójimo. Es la fe popular hecha partido en torno a una causa de esperanza que faltaba en la Patria y que hoy proclama el pueblo en mil voces

distintas en procura de una libertad efectiva nunca alcanzada, a pesar del dolor y del esfuerzo de este glorioso pueblo de descamisados. ¿Cómo las mujeres argentinas podrían desertar de esta causa de todos? En la lucha todos tenemos un puesto y ésta es una lucha abierta por el ser o no ser de la Argentina. Luchamos por la independencia y la soberanía de la Patria, por la dignidad de nuestros hijos y de nuestros padres, por el honor de una bandera y por la felicidad de un pueblo escarnecido y sacrificado en aras de una avaricia y un egoísmo que no han traído sino dolores y luchas estériles y destructivas. Si el pueblo fuera feliz y la Patria grande, ser peronista sería un derecho; en nuestros días, ser peronista es un deber. Por eso soy peronista. Soy peronista, entonces, por conciencia nacional, por procedencia popular, por convicción personal y por apasionada solidaridad y gratitud a mi pueblo, vivificado y actuante otra vez por el renacimiento de sus valores espirituales y la capacidad realizadora de su jefe: el general Perón”.

En ambos casos, las visiones son convergentes en la idea de justicia social como acción concreta para el prójimo dentro de una Comunidad Organizada que busca su superación en un proyecto incluyente, nacional y revolucionario. También es fuerte la idea de los sentimientos volcados en el hacer y el disfrute de los beneficios económicos obtenidos a través del trabajo, y la distribución equitativa de la riqueza, equilibrados con una fuerte base moral y espiritual. Ambos plantean una concepción integral en lo político, económico y social, conjugando valores espirituales junto a las conquistas materiales. Quizás difieren en los destinatarios y partícipes: Perón busca abarcar a toda la comunidad –dado su carácter de presidente de la Nación– buscando el equilibrio como estrategia y planteando los logros económicos concretos como anclaje para todos los sectores; Evita, en cambio, apela al sectarismo político –excluyendo a los no peronistas– en la identificación justicialista, junto a la pasión revolucionaria para la defensa de los logros obtenidos. Pero, en definitiva, ambas expresiones complementan una “unidad de concepción” del Peronismo, enraizado en las fuerzas vitales del sustrato de nuestra nacionalidad, que son resignificadas por una nueva fuerza política moderna que impregna cada símbolo, cada signo, con una fuerza dotada de auténtico sentido de Pueblo.

El Peronismo necesita un proceso de resignificación, reconstrucción y replanteo para estos años, donde debe ofrecer al pueblo argentino un proyecto superador del marasmo neoliberal de Cambiemos. Se debe superar la visión conformista de la evocación romántica de los gobiernos de Perón, o de la fuerza resistente contra las dictaduras y pseudo democracias de turno, que luego ampara a cualquier aventurero que desvirtúa nuestro legado en beneficio de la “gobernabilidad” y la “racionalidad” cómplice. Y también superar la imagen de que somos una cantera inagotable que provee militantes y cuadros –de una capacidad infusa para actuar y sobrevivir políticamente en la lucha electoral y la conservación de cargos– que superan cualquier circunstancia histórica, sin importar a que amo deben servir y a cuál proyecto sustentan.

Hoy el Partido Justicialista nacional está intervenido, a favor del gobierno. Es un barco a la deriva donde todos quieren subir pero nadie quiere tomar en serio el timón para llevarnos a algún rumbo compartido. La orfandad de otros navíos hace que –aunque sea a los tumbos– nos dirijamos a alguna parte de un horizonte difuso en la misma embarcación. Es por eso que vemos la necesidad de “reencontrarnos” con nuestro vocabulario y nuestro lenguaje, como primer paso del reconocimiento de nuestra identidad, que fue vaciada intencionalmente. Por eso cantar “la” marcha debe ser un hecho liberador y no una loza para sepultar las disidencias. Las “20 verdades” deben ser revalorizadas para entender un cambio posible y no el recitado que marca el “peronómetro”. Las imágenes de Perón y Eva deben servir para motivarnos al trabajo, y no meras estampitas del lugar común “argento”. Podemos plantear mil conferencias sobre lo “nacional” y quedarnos en un grupo selecto sin jugarnos por una organización que nos trascienda, o podemos hacer “basismo” sin darnos una estrategia realista de poder: ambas respuestas son bastardas con el destino nacional, ya que como peronistas siempre “estamos para más”.

Estamos para replantear nuestro presente, teniendo en claro nuestra identidad cultural nacional y popular peronista. Así, con nuestra identidad firme, estaremos capacitados para superar al enemigo, a aquel que busca dividirnos, fraccionarnos y marcarnos esta falsa antinomia que nos enfrenta entre compañeros. ▀

Sin unidad de concepción e identidad no hay unidad del peronismo

Nancy Sosa

El Peronismo ha revivido varias veces en su historia a las dos crisis más severas que puede tener una fuerza política: las de unidad y de identidad. Cada vez que pierde unas elecciones se recluye en su *mantram* preferido: “unidad, unidad, unidad”. Mientras vivió Juan Domingo Perón esa unidad se simplificaba en el encolumnamiento de los sectores tras su figura, aun con todas sus discrepancias. La palabra de Perón era santa, y todos la acataban. Desde que murió el líder en 1974, el Peronismo vivió acunado en una permanente atomización y todos los esfuerzos de unidad fueron ficticios, resultado de conglomerados más o menos vinculados por fuertes intereses personales, cuyo único objetivo siempre fue llegar al poder. En el mejor de los casos la unidad fue –pese a ser advertidos por el propio Perón– un “amuchamiento”, apenas útil para poner en funcionamiento al Partido Justicialista y enfrentar circunstancias electorales. En 1983, de forma amañada, ese partido decía que tenía más de dos millones de afiliados. La abultada cifra impresionaba, pero no impidió la derrota electoral. Sin embargo el “amuchamiento”, un mecanismo imperfecto, fue repetido hasta el hartazgo.

En 2018, y después de dos derrotas consecutivas, el Peronismo busca la unidad. ¿Para qué la quiere? Para posicionarse frente a las elecciones presidenciales del 2019. ¿Está en condiciones de reformularse y estructurar genuinamente el partido político para que respalde futuras candidaturas? El tiempo para generar una verdadera transformación es escaso y limitante, y presagia la reiteración del voluntarismo en torno a un objetivo excluyente: volver al poder.

La unidad partidaria es una entelequia. Será infructuosa sin unidad de concepción ideológica y política. Perón decía que la unidad del Justicialismo se podía lograr gracias a una concepción común acerca de la validez de la doctrina peronista, y no en elecciones para ver quién tiene mayoría de votos. “La unidad de

concepción es el origen de la unidad de acción”, decía Perón.

En el gran abanico de “peronismos” que hoy está a la vista las visiones son disímiles y, por cierto, inconsistentes para imaginar una amalgama que incluya a todos. Las divergencias son producto de posiciones ideológicas irreductibles, algunas francamente ajenas a la esencia de la doctrina peronista. El kirchnerismo contiene a un peronismo de izquierda propio de la década del 70 y a tendencias comunistas y marxistas que adhieren desde el último gobierno. Otras versiones se inscriben en el neoliberalismo típico del 90, o en derechas nacionalistas tradicionalistas y retrógradas. Las dos posiciones ocupan los extremos pero sus estrategias son idénticas: cabalgar sobre el caballo de Troya peronista para justificar su existencia política. Las dos ejecutan sobre el cuerpo del peronismo el mismo truco: el “entrismo”. En el centro, equidistante de izquierdas y derechas extremistas, el peronismo ortodoxo en cuanto a la doctrina original pero renovador en cuanto a las formas de hacer política intenta superar la confusión que han dejado en el pensamiento de las jóvenes generaciones las distorsiones más marcadas de las experiencias menemista y kirchnerista.

El balance ideológico es de difícil resolución, pero hay una cuestión central y prioritaria sin cuya resolución el peronismo no podrá dar siquiera un paso hacia adelante: la doctrina justicialista está dañada ética y estéticamente. Ha sufrido embates desde adentro y desde afuera.

Las transformaciones en la estructura partidaria serán inútiles si antes no se revisan y se encuentran preceptos éticos para el ejercicio de la política. Es el sentido del protagonismo político el que debe recuperarse, como primera medida para encontrar nuevamente los favores de la sociedad argentina, perdidos sin ninguna duda por el abuso de la autoridad en el poder y la imposición fanática de conductas populistas.

La doctrina justicialista tiene principios, y uno de ellos exige que militantes y dirigentes sean “ejemplos de vida”, con comportamientos ligados a la humildad, la tolerancia y la amplitud necesaria para defender los intereses populares, antes que las idoneidades partidarias y de gestión para el manejo adecuado del poder político. La voracidad por el poder, las ambiciones personales, individualistas y de solidaridad simulada, desplegadas sin pudor y con alto nivel de corrupción en el ejercicio del poder dentro del Estado en las dos experiencias de las décadas del 90 y principios del siglo XXI, han manchado seriamente al Peronismo y el sello partidario. Por sobre todo, han afectado la identidad peronista.

¿Cuántos argentinos creerán ahora que un peronista en el poder es confiable y que lo asumirá sin que su vanidad personal o su deseo de riqueza se antepongan a los intereses del pueblo? Va de suyo que el Peronismo nunca llegó al poder solo, sino con la adhesión de un porcentaje importante de la sociedad no peronista. Las mayorías conquistadas desde 1987 nunca fueron íntegramente peronistas.

Una ética peronista renovada pone en tela de juicio las posibilidades de la unidad partidaria. Como también lo hace la insolvencia de una coherencia ideológica que, aunque declamada, resultará inverosímil para los públicos internos y externos.

Con el mejor ánimo de construcción, la articulación de una fuerza política dispuesta a enfrentar el desafío de alcanzar el máximo poder político en la Argentina debería contener a todos los sectores hoy atomizados y decididamente enfrentados. Nadie quiere sentarse con otro que piensa diferente. En el siglo XXI, “para un peronista no hay nada peor que otro que se dice peronista”. ¿Es acaso posible que los peronistas fieles a la doctrina original acepten dialogar y acordar con los kirchneristas adherentes a una visión de izquierda, montonera, marxista y populista? ¿El peronismo de derecha, neoliberal y pro mercado, o el nacionalismo trasnochado amante de métodos violentos y sectarios, podrán acordar con los dos sectores antes mencionados? Es casi obvio que reflejan proyectos inconciliables, objetivos diferentes y estilos políticos disímiles. El fanatismo cultivado desde 2003 en adelante es una barrera virtualmente insalvable. Para colmo, el Peronismo carece de un líder que unifique las diferencias.

La situación no puede resolverse con una interna partidaria porque, a lo sumo, ganará un sector que querrá imponer su visión ideológica a los demás. Entonces, se repetirá la historia hasta el infinito: nadie aceptará aquello de “quien gana gobierna y quien pierde acompaña”. No ha sucedido nunca desde que Perón murió, porque las diferencias volvieron a surgir al poco tiempo, como en el gobierno de Menem. Y hasta con Perón vivo la grieta partidaria generó enemigos por doquier y llevó a parte de la sociedad a la violencia más indigna.

La fragmentación del Peronismo promete mantenerse por bastante tiempo y en ella habrá factores de poder —como lo fue la CGT en otros momentos— que no logren decidir a qué sector adherir. La “columna vertebral del movimiento” no encuentra su proa y está quebrada. Las cinco centrales obreras adhieren a sectores diferentes del peronismo. Los gobernadores justicialistas transitan el mismo dilema, lo que les sugiere, por el momento, no depender exageradamente de la sigla PJ, trillada, vacía de contenido y, sobre todo, de acción.

La historia señala que, ante circunstancias similares, las cúpulas de los distintos sectores negociaron entre sí, llegaron a acuerdos frágiles y oportunistas, decidieron las candidaturas según sus propias conveniencias, y exhibieron una “unidad” que no resistió un ventarrón.

La única oportunidad en que el peronismo aceptó la democracia interna fue en 1989 y, sin embargo, salió el tiro por la culata, por la ausencia de otra razón primordial que había caracterizado al movimiento: la lealtad. Menem hizo de la lealtad un rollo de papel higiénico e impuso el neoliberalismo en la Argentina.

En 2003, los hechos dieron cuenta de un arreglo cupular. Ninguna interna dio por ganador a Néstor Kirchner, un hombre que se dijo “renovador” pero que encontró en deudas del pasado un soporte ideológico cargado de venganza: la política montonera. En 2007 y hasta 2015, el peronismo estuvo expuesto a una destrucción en sordina por parte de un gobierno que eligió ser punta de lanza de un populismo pretendidamente defensor de la Patria Grande, decidido a combatir al capitalismo sin otra herramienta que el capitalismo vernáculo. Esa experiencia dejó un tendal de deudas con la sociedad argentina y un aislamiento notable en el plano internacional por el afán de coincidir con

modelos “hermanos” –Venezuela, Cuba e Irán– en un momento de declive del populismo en el continente. En la elección presidencial de 2015 el peronismo con cara de kirchnerismo, con todo el aparato de gobierno y dominando la mayoría de las provincias, perdió a manos de una fuerza joven, nacida en el siglo XXI. No obstante, es necesario destacar que la segunda fuerza en el país fue el propio peronismo, pero independizado del kirchnerismo.

¿Qué significa ser populista en 2018? El historiador Ezequiel Adamovsky considera que los rasgos utilizados para definir a una persona o un movimiento populista son disímiles y no tienen nada en común. A su juicio, el término se utiliza para definir una serie de fenómenos políticos que no tienen puntos en común y se asocian a alguien autoritario, misógino, de derecha y xenófobo, como Donald Trump, y hasta pretende incluir a Podemos de España, que en esos rubros tiene ideas exactamente opuestas. Para Adamovsky dentro del populismo se inscriben la ultraderecha y la izquierda, o gobiernos de tendencia centroizquierdista latinoamericana, o grupos neonazis en Alemania.

El Peronismo es minoría

Es cierto que el Peronismo ha sido un ave fénix que se levanta de las cenizas. No ha de extrañar entonces que encuentre vericuetos a través de los cuales presentarse de nuevo a la sociedad argentina para disputar el poder. Por eso buscará denodadamente la tan mentada “unidad”, como en otros momentos. La urgencia de los tiempos electorales seguramente incidirá para repetir la fórmula imperfecta del acuerdo cupular. Será una “unidad” impuesta, sin poner a prueba la voluntad democrática de adherentes o afiliados, porque las PASO no constituyen una interna partidaria real. Probablemente así alcance legalidad, pero no tendrá la legitimidad que el Peronismo necesita para que el pueblo argentino vuelva a confiar en él. Hasta la liturgia ha perdido su sentido, no conmueve y hasta genera rechazo en el resto de la sociedad. No aporta a la unidad real.

Lo que no podrá hacer el Peronismo es ofrecer un proyecto nacional común que enamore nuevamente. El país necesita un proyecto de

crecimiento concreto, porque llegó al agotamiento de ensayos económicos que siempre caen en el círculo defectuoso de inflación, corridas por el dólar, especulación financiera, falta de inversiones extranjeras y nacionales, endeudamiento y bajos salarios. Esta vez, ni los dirigentes peronistas –con el mito de que sacan al país del pantano en que lo dejan otros– podrán resolver desde el poder la difícil situación en que se encuentra la Argentina. Ahora se trata de crecer, porque esa es la única forma de terminar con la pobreza y darle tranquilidad a la sociedad entera, fatigada por los vaivenes económicos. Y eso no se consigue con un solo mandato. Ese eventual proyecto nacional debería contar desde un principio con un diagnóstico verdadero del estado del país. Pero, sobre todo, debería definir el lugar de la Argentina en un nuevo mundo que transita oscilaciones de poder mundial, y donde han aparecido otras potencias con fuerte presencia. Habrá que dirimir internamente si se quiere estar con Venezuela, Cuba, Irán y Rusia, o se quiere estar con Estados Unidos, o dirimir si el alineamiento debería ser con China, o alguna otra alternativa posible. Los diversos sesgos ideológicos jugarán ese partido si se replantea la unidad partidaria.

Efectivamente, el peronismo hoy es una minoría. La suma de las fracciones no expresa mayoría. Necesita irremediamente de los votos de la clase media, tan vapuleada durante el último gobierno pese a ser la que decide quién gana las elecciones. Esa franja de la sociedad rechaza las formulaciones populistas y al mismo tiempo chilla por los aumentos de tarifas y las quitas de subsidios. Pero es también la que le aguanta los trapos a un gobierno que no la somete con ideología o autoritarismo, ni con barullo destemplado.

Todas estas cuestiones están vinculadas a la búsqueda de unidad del peronismo. Como no puede ser de otro modo, hay que ver lo que postulaba Perón. En palabras de Antonio Cafiero, para Perón “el único fundamento de la unidad políticamente efectivo y moralmente justificable es la afirmación de ideales compartidos. Esta es la solución para resolver a la vez las dos crisis crónicas del peronismo: la de la unidad y la de la identidad”. ▀

Santa Fe tiene ejemplos

Franca Bonifazzi

El mes de mayo de 2017 sorprendió al peronismo santafesino. El congreso partidario avanzó en una estrategia electoral provincial llamada Frente Justicialista, con un tinte local: de abajo hacia arriba.

Hace tiempo que no hay un gobierno provincial justicialista. En los años posteriores a la mal llamada “crisis del campo”, donde primaron las discusiones sobre “la Patria”, por el desacuerdo entre dirigentes el Partido Justicialista Santafesino no se presentó a elecciones en 2009, liberando a sus referentes a estrategias particulares. Hubo un aprendizaje conjunto acerca de que la grieta no se encuentra entre quienes albergamos un sentimiento compartido de identidad, aprendizaje que llevó a una situación de casi bancarrota de la estructura partidaria provincial. Luego de eso un sentimiento común afloró: el frente justicialista era la única opción viable para hacer frente a Cambiemos.

¿Por qué traer sobre la mesa la experiencia santafesina? Porque estábamos en una situación de empate hegemónico: distintas facciones se disputaban la conducción del peronismo y ejercían un poder de veto o de inhabilitación del crecimiento de las otras en caso de no liderar el proceso. La ecuación inversa al apotegma peronista: primero los hombres, luego el movimiento y por último la Patria. Tal era el comportamiento avaro y “vecinalista” de numerosos referentes que se encontraban más cercanos a una política propia de Cambiemos: consideraban al “vecino” como el actor político central. A través de “una gestión” se pretendía resolver sus demandas individuales, en lugar de construir una identidad popular, como nos pedía Perón: “un pueblo organizado” en valores como los derechos del trabajo, una patria soberana, una política económica que rompa los lazos de dependencia, un proyecto nacional con justicia social.

Que el peronismo haya tenido una expresión neoliberal en su historia no ha sido gratuito. Parte de estas estrategias de supervivencia individual de dirigentes, sin

considerar el riesgo de hacer claudicar el proyecto nacional, ha sido el *saber hacer* que legó a numerosos peronistas el período menemista.

Cambiemos triunfó en las elecciones santafesinas en 2017. ¿Por qué traer entonces sobre la mesa esta experiencia provincial? Porque ilumina la posibilidad de transitar caminos hacia la unidad que viene. La iniciativa que recuperamos en este texto comenzó con un proceso de integrar a la vida partidaria a casi todos los sectores del justicialismo santafesino –hubo algunas excepciones que no quisieron conformar este nuevo camino partidario–, lo cual decantó tras muchísimos esfuerzos en una experiencia electoral virtuosa –a juzgar por los actores–, algo así como una unidad de acción sin habernos preguntado lo suficientemente sobre nuestra identidad y nuestra concepción. Durante el tránsito por el año electoral la unidad de concepción adoptó forma propia: el peronismo siempre ha sido una cultura de resistencia a las lógicas de dominación global, y puede ser desde un proyecto humanista una respuesta al neoliberalismo que han optado como rumbo nuestros pueblos en las recientes elecciones.

En segunda instancia, esta experiencia santafesina inspira otra pregunta: ¿podemos agotar la discusión exclusivamente en la unidad del peronismo? A juzgar por el caso que analizo, diría que no, que no alcanza. Dijo Perón: “Si alguna vez llegase a haber otro golpe, el pueblo quedará tan derrotado que la vuelta constitucional servirá solamente para garantizar, con el voto popular, los intereses del imperialismo y de sus cipayos nativos”. Quizás venimos atravesando este dilema luego del último golpe cívico militar que inició un proyecto de hambre, miseria y desmembramiento de los sectores trabajadores argentinos. En consecuencia, la frase de Antonio Cafiero sugerida para el debate sobre la unidad del peronismo –“Juan Perón decía que la unidad del justicialismo sólo se podía lograr gracias a una concepción común acerca de la validez de la doctrina, y no resolviendo en elecciones limpias quién tiene más votos: la unidad de concepción es

el origen de la unidad de acción. El único fundamento de la unidad políticamente efectivo y moralmente justificable es la afirmación de ideales compartidos. Esta es la solución para resolver a la vez las dos crisis crónicas del peronismo: la de unidad y la de identidad”— debería extenderse a todo lo que comprendemos como “el campo nacional y popular”. A partir de allí nuestro desafío es hacer confluir los dilemas de nuestra patria como cuestión nacional y los desafíos de un pueblo en busca de justicia social, en un contexto donde el desempleo, la marginalidad, el hambre y la desigualdad aparecen como emergentes de la cuestión social.

La construcción popular de los tiempos que vienen no se agotan en el peronismo, pero

necesitan algo que el peronismo puso muy bien en el centro de la escena: el continentalismo. Quizás en los últimos años nos faltó preguntarnos un poco más sobre las causas y la estructuración de la dependencia en nuestros países, o nos faltó fortalecer la dimensión soberana de un proyecto que pretendía ser reparador de injusticias sociales. Allí encuentro una pista de raigambre cultural profunda para la reactualización doctrinaria necesaria para los peronistas, y para todo el campo nacional y popular. En Santa Fe la unidad de acción nos llevó a una unidad de concepción opositora al neoliberalismo imperante. La reactualización y la reafirmación de nuestros ideales compartidos podrán aportarnos un camino para los tiempos que vienen. ▀

El trabajador como sujeto político del peronismo: ¿actualidad o anacronismo?

Lucas Diez

“No existe para el Peronismo más que una sola clase de personas: los que trabajan”. La frase, contundente como el resto de las 20 verdades peronistas, fue expresada por Juan Domingo Perón el 17 de octubre de 1950. El máximo referente del Movimiento Justicialista determinó fehacientemente su sujeto político: es el trabajador a quien le habla. Esta decisión, que ya transitó más de siete décadas y se mantiene vigente en el discurso político del universo panperonista actual, no fue azarosa ni infundada. La sociedad argentina, históricamente atravesada por corrientes migratorias y altamente atomizada por diferentes identidades culturales, no encontraba grandes puntos de cohesión social, salvo una jerarquía igualitaria ante la diversidad: la categoría universal de trabajador. El mundo laboral unificaba así al descendiente de italianos que trabajaba en una industria metalúrgica del conurbano con el autóctono de Tucumán que se desempeñaba en un ingenio azucarero.

Ahora bien, supongo que usted, lector crítico, se preguntará: habiendo más categorías universalizantes, ¿por qué elegir a la del trabajador como sujeto político y no otras? En lo que considero un análisis del peronismo, a mitad del siglo XX el trabajo no era una mera tarea de producción, sino también constituía un valor social. ¿Cuántas veces hemos escuchado que “el trabajo dignifica”? Este enunciado implica, en principio, una exclusión: si hay trabajadores, hay quienes no lo son. Si el trabajo dignifica, nadie quiere ser excluido. Siguiendo esta lógica, es de esperarse que los individuos encuentren lazos de pertenencia con una condición “positiva” de enorme contenido simbólico. El siguiente ejemplo resulta lo suficientemente gráfico como para determinar la importante construcción cultural en torno al trabajo: cuando se le pregunta a alguien de qué trabaja, la respuesta suele ser “soy tal cosa”. Esta falta de disociación entre el sujeto y la actividad que realiza subsume la identidad del individuo a lo que produce. Así, somos en cuanto producimos.

El peronismo, lejos de escapar a esta lógica, adhiere a ella y la capitaliza –¡vaya palabra!– en términos electorales. Perón, en la frase citada en el encabezado, le habla a los dignos. ¿Quién no quiere ser considerado digno? Esta construcción del discurso peronista en torno del trabajador, identificado como *el* sujeto político, fue el norte a seguir no sólo desde lo simbólico y lo discursivo, sino también desde la praxis política. Los gobiernos peronistas que se sucederían, más allá de sus matices, se arrojarían la representación del movimiento obrero, alternando sus discursos entre los términos “pueblo” y “trabajadores”, como si se trataran de sinónimos.

Transitando los fines de la segunda década del siglo XXI, resulta importante preguntarnos: ¿qué tan vigentes se encuentran los sustentos socioculturales que dan sentido a la identificación del trabajador como sujeto político del peronismo? Desde una primera aproximación, pareciera que los cambios sociales han transformado radicalmente la sociedad de 1950. Desde la cuestión de género, no es casual que el peronismo le hable sólo al trabajador y no a la trabajadora, ya que las características del sistema productivo ponían al hombre en el centro de la escena y relegaban a la mujer a la informalidad laboral o las tareas domésticas. La solución del primer peronismo fue legislar el voto femenino en 1947 y ponerlo en práctica a partir de las elecciones de 1951, crear el Partido Peronista Femenino y lograr la vinculación con las mujeres por su género y no por su condición de trabajadoras. Desde esta perspectiva, la importante tarea realizada por los movimientos feministas ha permitido incorporar a la agenda pública las desigualdades históricas que han sufrido las mujeres, por lo que en la actualidad el binomio “trabajador-trabajadora” resulta más representativo, ampliando así los alcances del sujeto político.

Desde otra perspectiva, hay otras cuestiones que atender. Hace poco tiempo, un domingo al mediodía, en una reunión familiar,

surgió un debate respecto a la supuesta dignidad del trabajo. La discusión, con el asado como testigo, dividió a la familia entre quienes defendían fervorosamente que el trabajo es el motor para la realización moral de los individuos, y los que sostenían que se trataba de un eslogan para justificar la explotación del trabajador, y que encima éste se enorgullezca de su sometimiento. Si bien estas posiciones quizás resulten exageradas –y mi familia parezca un tanto extraña–, lo cierto es que producto del debate se conformaron dos grandes grupos bien definidos. Por un lado, estaban los mayores de cuarenta años, que ya habían sido padres, madres o abuelos. Por el otro estaban quienes teníamos entre veinte y treinta años. ¿Se imagina usted qué grupo defendió cada postura? Los jóvenes criticamos el relato de la dignidad del trabajo, entendiendo al mismo como un medio y no un fin, en clara contraposición con el pensamiento de los más experimentados. Si bien la “muestra” es extremadamente acotada y sesgada, el ejemplo sirve para postular que las distintas generaciones tienen distintas percepciones sobre el trabajo. Los “*millennials*” de la mesa nos reconocíamos como trabajadores y trabajadoras, pero no veíamos en esa categoría un componente moral que nos unificara e igualara. Coincidíamos en que el concepto no nos generaba empatía y en que nuestra realización como individuos radicaba meramente en la búsqueda de la felicidad –tanto individual como colectiva–, pero ésta no quedaba supeditada a una condición económica o productiva. Claro está, discutir eso resultó de mal gusto para padres y madres... ¡y ni hablar de la abuela! Todos ellos, personas que trabajaron durante toda su vida, vieron en nuestra postura un ataque casi de índole personal.

De esa experiencia me surgen algunos interrogantes que ponen en duda la vigencia de la

hipótesis de la dignidad del trabajo. ¿Para las nuevas generaciones se trata de un axioma o de una falacia? ¿Resulta posible encontrar un sujeto político que se aggieorne mejor a los tiempos actuales y resulte más inclusivo? ¿Es posible modificar de un día para el otro al receptor del mensaje? No tengo una respuesta válida a esas preguntas. No obstante, no creo ser el único que ha percibido esto. Cristina Fernández de Kirchner, desde la campaña a elecciones legislativas en 2017, modificó radicalmente su discurso y dejó de hablarle a “los trabajadores” para centrarse en “los ciudadanos”. El ciudadano y la ciudadana son sujetos de derechos, lo que evidencia un análisis propositivo por parte de cualquier movimiento político que aspire a administrar el Estado. Importa un reconocimiento estatal: “para mí existís”, “para mí sos...”. Desde una primera aproximación, resulta una perspectiva inclusiva. Desde una mirada más crítica, importa también una exclusión: el sujeto necesita de un reconocimiento estatal para “*ser*”.

Este discurso presenta un fuerte arraigo con la teoría política del Estado-Nación. Es una decisión difícil. Saber a quién se le habla resulta el puntapié inicial de cualquier comunicación, y la política no se encuentra ajena a esto. Deberíamos explorar otras opciones más englobantes, que interpelen a trabajadores y trabajadoras, a desempleados y desempleadas, a grupos excluidos, a estudiantes, al mayor universo posible de personas. Quizás el concepto “*individuo social*” sea más inclusivo, ya que la persona no requiere de nadie más para existir y se realiza desde lo particular y colectivo. Se encuentra inmerso el concepto de solidaridad. Pero no es el objeto de este breve análisis aseverar cuál es la mejor opción, sino más bien abrir interrogantes que inviten a la reflexión. ▀

El pueblo en tiempos un nueva oleada individualista

Francisco José Pestanha

El concepto de pueblo ha sido tematizado por numerosos autores inscriptos en el “pensamiento nacional”, tradición reflexiva de inspiración nativista que en nuestro país se ha caracterizado por un auténtico proceso de reelaboración y sistematización conceptual.¹⁴ Dicha tradición, para Alcira Argumedo, se instituye en una matriz teórico-política constituida a partir de “la articulación de un conjunto de categorías y valores constitutivos que conformaron una trama lógico-conceptual básica específica y establecieron los fundamentos de una determinada corriente de pensamiento” (Argumedo, 2006). Por su parte, para Gerardo Oviedo (2005), la idea un pensamiento nacional implicará el desarrollo de un estado crítico de autorreflexión sobre los destinos emancipatorios de la Argentina y del resto de las naciones nuestroamericanas, circunstancia que implicó entre otros factores “una cierta conciencia de sí, (...) una autorreflexión histórico-intelectual, (...) no ya solo como un modo de encarar la prosecución de una tradición, sino como práctica para esbozar un horizonte de comprensión sobre nuestras expectativas vitales como mundo cultural y comunidad política”.

Desde esa perspectiva teórica, un primer acercamiento a la noción de Pueblo induce a asociarlo con un complejo de personas humanas mutuamente comprometidas e identificadas entre sí mediante una amalgama de prácticas y significaciones comunes, que a su vez las constituyen como tales. El producto de esa *común* unión erigirá una *realidad cultural específica* (dotada de un hálito particular) que presupone algo más que la simple anexión de lo producido individualmente por cada uno de sus integrantes. Percibimos de esta forma a un pueblo determinado como una entidad compleja que empieza a cimentarse cuando el producto de lo aportado al común por cada uno de sus integrantes constituye un *algo más*, y ese algo más (ser extra) será

además distribuido entre las partes que componen el todo.

Desde una mirada antropológica, un pueblo es un grupo cultural diferenciado cuya particularidad emerge de la articulación compleja entre una “dimensión externa, compuesta por un conjunto de productos materiales (instrumentos, edificios, vestidos, obras de arte) y [...] sistemas de relación y comunicación (lenguaje, costumbres, instituciones), y una dimensión interna, que es condición de posibilidad y da sentido a la dimensión externa, y que se concreta en el conjunto de creencias, intenciones y actitudes colectivas que la animan (Ettxeberria, 2003). Oscar Ponferrada¹⁵ (1907-1990) sostendrá en su tiempo que la cultura popular que representa esa especificidad formaliza algo así como el *patrimonio común* de un pueblo. La naturaleza social (y compleja) de toda vida humana –agregará– determina en parte el derrotero y las creaciones de artistas y pensadores, pero sobre todo el carácter de los pueblos en sí.

Armando Poratti (1944-2012) incluirá en el concepto de pueblo “a aquellos elementos que, en el seno de una comunidad encarnan su voluntad cultural y su proyecto, esto es, la afirmación de su existencia y de una dirección en conjunto”. El pueblo será entonces el encargado de llevar adelante, aun en condiciones desfavorables, ese *producir en común, es decir, esa cultura*. Para el filósofo, llevar adelante una cultura específica es un hecho político en el sentido más esencial de la palabra, de modo tal que, si la cultura “es el modo de instalación del hombre en el mundo”, entonces “el quién de la cultura, su sujeto, es una comunidad –una comunidad histórica y concreta–, y la comunidad toda, la comunidad como tal, no un sector de ella” (Poratti, 1988).

¹⁴ Una versión de este texto ha sido publicada parcialmente en la revista *Escenarios* de la Unión del Personal Civil de la Nación.

¹⁵ Juan Oscar Ponferrada (1907–1990): Periodista y crítico para diarios y revistas. Fue director del Instituto Nacional de Estudios de Teatro, Secretario General de ARGENTORES y creador del Seminario Dramático. Entre sus obras más conocidas se cuentan *Flor Mitológica*, *El carnaval del diablo*, *Los incomunicados*, *Un gran nido verde* y *Los pastores*.

Para que un pueblo cobre existencia vital se requerirá una conciencia de sí como entidad cultural específica. En palabras de Charles Chaumont: un pueblo “que no lucha por su existencia no es más que un aglomerado de clases o personas, incluso si (...) la comunidad territorial, de lengua, de cultura, etcétera, es indiscutible. (...) El afloramiento en el ámbito de la percepción colectiva del carácter intolerable de las apropiaciones y alienaciones inmediatas [puede denominarse] la ‘toma de conciencia’ de un pueblo. Esta toma de conciencia es inherente al combate, en el sentido de que sin combate no hay toma de conciencia, y sin toma de conciencia no hay combate. Estos son dos aspectos del mecanismo de la ideología. Así, la toma de conciencia y el combate tienen necesariamente un contenido político, pero la ideología política no es un fin en sí. La libertad es el objetivo de la liberación, única explicación posible de los cambios o [distanciamientos] políticos de algunas naciones tras la liberación” (Calduch, 1991).

Carlos Astrada (1894-1970) concebirá a un pueblo auténtico como “una unidad de destino prospectiva, dinámica, que deviene en pos de estructuras que lo interpreten y le den forma consistente de comunidad histórica de fines claramente marcados y de medios excogitados con acierto. El pueblo, cuando existe políticamente de verdad, es siempre la evolución o la revolución económica, social y política, y así crea sus propias estructuras, dentro de las que ha de encauzar su vida y sus realizaciones” (Astrada, 1964). Su colega Coriolano Alberini (1886-1960), sostendrá que los pueblos “poseen una manera propia y espontánea de sentir la vida”, plasmada “en creencias que llegan a expresar, intuitivamente, una ‘axiología colectiva’” (Oviedo, 2005).

Por su parte, nuestro maestro Fermín Chávez (1924-2006) compartirá la idea del pueblo como comunidad con autoconciencia de sí (podríamos añadir *para sí*): sostendrá que el pueblo es un producto histórico particular, distinto de otros, constituido por los lazos del devenir común, la memoria, la tradición y la cultura: es “un *continuum* de componentes que interactúan y de valores que determinan conductas”. Para el pensador entrerriano, ser pueblo como cultura implicará un enlace no del todo disciplinado entre la percepción (campo de lo empírico que involucra lo científico) y la aperccepción (plano de la conciencia, en el sentido que le otorga Leibniz:

“cultura no es solamente percepción, sino también aperccepción; esto es, conciencia de lo propio, que es particular y no universal”) (Chávez, 1999). Habrá pueblo para Juan Domingo Perón cuando un sujeto colectivo produce ese salto cualitativo mediante el cual se trasmuta de masa inorgánica en comunidad organizada.

Huelga enunciar finalmente que en todo pueblo coexisten tensiones resultantes de fuerzas a veces contrapuestas. Las unas, como la competencia, promoverán la disociación. Las otras, como la cooperación, la articulación. Para que un pueblo pueda alcanzar su bienestar será preciso que estas fuerzas divergentes encuentren un punto de equilibrio (armonía).

Con lo expuesto hasta aquí, podemos ensayar una definición de pueblo como *un complejo dinámico de personas humanas que están entrelazadas por un vivir en común donde las fuerzas a veces convergen y otras veces divergen, y cuyo particular devenir histórico constituye una cultura específica, compuesta de prácticas, significaciones y creencias. Sus integrantes tienen conciencia de ellas y a la vez son constituidos parcialmente por ellas, e intentan proyectarlas hacia adelante en una unidad de destino, aún en las condiciones más desfavorables*. Para quien escribe, el debate sobre la noción de pueblo recobra vital importancia en tiempos donde nuevos impulsos económicos, ideológicos y simbólicos, teñidos por antiguos preconceptos emergentes de un liberalismo individualista incorporado acríticamente en nuestra región, *prometen dar por tierra una concepción filosófica que –a contrario sensu– afirmaba que la realización humana solo podía concretarse excluyente, íntegra e integralmente en una comunidad compuesta a partir de grupos y organizaciones diversos. A aquel individualismo secular de corte liberal (liberista) que ingresó a nuestro continente en forma a-histórica, dogmática y sesgada, caracterizado por una matriz antropocéntrica y hedonista, y justificado en un individuo autocentrado y autosuficiente, hubo de oponérsele una concepción orgánica –la justicialista– que anudaba estructuralmente la realización del individuo a una comunidad a la que intrínsecamente pertenece por nacimiento o elección*. Popularizada por Juan Domingo Perón mediante la sentencia *nadie se realiza en una comunidad en que no se realiza*, tal filosofía concebía al desarrollo evolutivo de la historia de

la humanidad como un proceso donde los individuos fueron constituyendo y constituyéndose a la vez mediante formas diversas de agrupamientos, desde los más simples hasta los más complejos. La idea nos refiere indefectiblemente a la naturaleza social del individuo expresada históricamente a partir de “fases integrativas de menor a mayor, es decir, el principio se funda antes que nada en una razón histórica, entendida en que la sociedad avanzará a través de agrupamientos y reagrupamientos cada vez mayores” (Barrios, 2017).

El liberal-individualismo tal como se manifestara en nuestro país, ha de tensionar radicalmente con la idea del sujeto comunitario, otorgando prioridad al individuo por sobre la comunidad y negando enfáticamente que la realización de éste se encuentra sujeta a un coexistir con los otros. Debe recordarse que el fundador del peronismo madurará intelectualmente en tiempos de una profunda reacción antipositivista en los que –como otros tantos pensadores americanos– adquirirá plena conciencia de las versiones del iluminismo y del liberalismo tal como ingresaron a nuestra región, que compusieron *una ideología a-histórica de la dependencia* que llevó a muchos intelectuales argentinos a pensar un país nacido de la razón, a imagen y semejanza de los modelos propuestos por las teorías europeas. Esta mirada crítica de Perón se expresará tajantemente en su repulsa hacia algunas expresiones ideológicas del materialismo.

En la actualidad se observa que desde los sectores de poder ha emergido una sofisticada tentativa para reinstalar una nueva modalidad del individualismo que, afirmado en la tradición ya existente y apuntalado por una melindrosa articulación entre el discurso mediático, periodístico, académico, político y virtual, induce a “retomar” las bondades del *individuo rey*. Conceptos como el de meritocracia, gerenciamiento y competencia, que a primera vista aparecen seductores y neutrales, no esconden otra expectativa que una vuelta al *Homo homini lupus* (hombre lobo del hombre).

Perón, como pocos en su tiempo, comprendió que el liberal-individualismo

filosófico y práctico, tal como se había exteriorizado y exhibido en estas tierras, constituyó un dispositivo de desunión, de división, de atomización y de desorganización. De allí su formulación al país de la idea de *una comunidad organizada sustentada por organizaciones libres del pueblo*. Tal vez retomando parte de ese ideario –que de manera alguna fue el producto de una “mente excepcional”, sino de la reflexión colectiva de una época de la cual Perón se constituyó como uno de sus catalizadores– podemos no solamente observar con la mayor precisión posible el fenómeno que hoy acontece, sino además neutralizar algunas conductas asociales que en la actualidad encuentran justificación tácita en este nuevo “mensaje de cambio”. ▀

Bibliografía

- Argumedo, Alcira (2006): *Los silencios y las voces en América Latina: Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires, Colihue.
- Astrada, Carlos (1964): “Ideal argentino de liberación y pueblo”. En *El mito gaucho*, Buenos Aires, Cruz del Sur-Devenir.
- Barrios, Miguel Ángel (2017): *El Continentalismo de Perón en la Globalización*. En <http://www.peronlibros.com.ar/content/barrios-miguel-el-continentalismo-de-peron-en-la-globalizacion>.
- Calduch, Rafael (1991): “El Estado, el Pueblo y la Nación”. En *Relaciones Internacionales*, Madrid, Ciencias Sociales.
- Chávez, Fermín (1999): *El Pensamiento Nacional: breviario e itinerario*. Buenos Aires, Nueva Generación.
- Oviedo, Gerardo (2005): “Historia autóctona de las ideas filosóficas y autonomismo intelectual: sobre la herencia del siglo XX”. En *La Biblioteca*, 2-3.
- Etzeberria, Xabier (2003): “El derecho de los pueblos y de los Estados”. En *Reflexión política* 9, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia.
- Poratti, Armado (1988): “Disertación inaugural”, *I Encuentro Nacional de Pensamiento Latinoamericano*, San Luis.

El peronismo y la construcción de una Tercera Vía: genealogía y recorrido de la cuestión

Esteban Mahiques

La tercera vía o tercera posición es una de las principales construcciones teóricas del peronismo y estuvo destinada a encontrar una opción o alternativa –entre el liberalismo capitalista y la doctrina colectivista propias de la posguerra– que posibilitara la conciliación entre los ideales de libertad y justicia. Este tipo de aproximaciones terceristas, presentes antes y después del peronismo en distintas partes del mundo, parecían extinguirse luego de la guerra fría por lo que se suponía era el triunfo definitivo del capitalismo. Sin embargo, hacia fines del siglo XX y principios del XXI aparecen varios autores, entre ellos Anthony Giddens, que retoman la tradición filosófica de una búsqueda alternativa a las dídadas existentes.

El 5 de octubre de 1948 Perón definía su proyecto de Tercera Posición: “El imperialismo ruso defiende el comunismo, vale decir, la explotación del hombre por el Estado. El otro grupo defiende el capitalismo, vale decir, la explotación del hombre por el hombre: no creo que para la humanidad ninguno de los dos sistemas puedan subsistir en el porvenir. Es necesario ir a otro sistema, donde no exista la explotación del hombre, donde seamos los colaboradores de una obra común para la felicidad común, vale decir, la doctrina esencialmente cristiana sin la cual el mundo no encontró solución ni la encontrará tampoco en el futuro, porque no creo que para solucionar la miseria el mejor medio sea la guerra, que produce una miseria mayor. No creo tampoco que para solucionar los problemas que el mundo tiene haya que aferrarse a soluciones que han fracasado en los hechos, porque el capitalismo ha fracasado y el comunismo también. Son sistemas sobrepasados por los hechos. Están luchando por una cosa que el mundo en el futuro no podrá adoptar. A esta posición es a la que se ha llamado en este país la *Tercera Posición*, o sea, el Justicialismo”. Asimismo, en su mensaje al inaugurar las sesiones del Congreso Nacional el 1 de mayo de 1950, Perón amplía su idea: “En el orden político la

Tercera Posición implica poner la soberanía de las naciones al servicio de la humanidad en un sistema cooperativo del gobierno mundial. En el orden económico, es el abandono de la economía libre y de la economía dirigida por un sistema de economía social al que se llega poniendo el capital al servicio de la economía. En el orden social la Tercera Posición entre el individualismo y el colectivismo es la adopción de un sistema intermedio cuyo instrumento básico es la justicia social. Ésta es nuestra Tercera Posición, que ofrecemos al mundo como solución para la paz”.

El presente trabajo se propone indagar acerca de la Tercera Posición del peronismo, y del tercerismo en general, en tanto vía alternativa a los dos grandes marcos teóricos que surgieron hacia fines del siglo XIX y se presentaron como modelos excluyentes en la posguerra e inicios de la guerra fría.

La Tercera Posición como construcción teórica del Peronismo obedeció a la búsqueda de una opción entre el capitalismo y el colectivismo, esto es, a la necesidad de encontrar formulaciones genéricas que operen como alternativa respecto a la explotación del hombre por el hombre y la explotación del hombre por el Estado. En sus comienzos la guerra fría polarizó el mundo y dejó escaso espacio para el pensamiento alternativo, de modo tal que aparece la intención del Peronismo de encontrar otros elementos que permitan eludir la dicotomía derecha-izquierda.

De alguna manera, desde fines del siglo XIX en adelante, son varias las propuestas teóricas que desde la propia Europa intentan superar esa dídada. En general, pueden mencionarse cuatro grandes corrientes de pensamiento en ese sentido. En primer lugar, aparece un liberalismo social predominante entre los ingleses, principalmente en los fabianos –aquí resalta la figura de Tawny– y entre los economistas liberales austríacos, Ropke, por ejemplo. Propugnaban una fuerte introducción de una política de economía social con cierta regulación estatal. El liberalismo, para esta corriente, tiene que asumir un compromiso social

que tienda a países más igualitarios, alcanzando un justo equilibrio entre libertad e igualdad. Esta propuesta de economía mixta constituyó una forma de tercerismo.

Luego, la Socialdemocracia también surge como un tercer camino alternativo, principalmente cuando toma distancia de la opción revolucionaria, muy presente en sus primeros tiempos de existencia, y se inclina hacia la opción reformista. La figura que sobresale aquí es la de Karl Mannheim, quien abogaba por una opción entre *laissez-faire* y la planificación centralizada: la construcción de una democracia planificada.

En tercer término, también el corporativismo doctrinario —en tanto sistema de organización que considera a la comunidad como un cuerpo sobre la base de la solidaridad social orgánica, la distinción funcional y de roles entre los individuos— constituye un intento de organización social diferente al capitalismo y al colectivismo. Esta doctrina tiene una fuerte influencia en el peronismo en general, y entre muchas figuras del primer peronismo en particular, entre los que se distingue José Figuerola, autor del primer Plan Quinquenal y uno de los principales referentes en la construcción de una nueva relación obrera-patronal.

Por último, el Socialcristianismo representó —desde la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891) y el aporte teórico del De Gasperi de pre-guerra— un programa que buscaba conciliar las ideas de libertad y de justicia. Esta corriente tuvo una fuerte presencia en el primer peronismo, donde resaltaban las figuras de Cafiero, Bramuglia y Sampay. Aquí cobra importancia el legado teórico del pensador francés Jaques Maritain, quizás la principal fuente en la que se inspiró el peronismo para el desarrollo de su tercerismo. Y Maritain rescata ese concepto de la filosofía de Santo Tomás: “recordaré dos textos del mismo Santo Tomás de Aquino. En el contraste que ofrecen, y por su condición de complementarios, enuncian en toda su amplitud el problema político. En el primero se condena los individualismos y personalismos extremos, y en el segundo, las concepciones totalitarias del Estado” (Piñeiro Iñiguez, 2010). El catolicismo social, por su parte, se haría fuerte en la Argentina de la mano del padre Frederik Grote, de monseñor Miguel De Andrea y de los Círculos Católicos de Obreros, que se basaban en las encíclicas papales que, a la par que condenaban al comunismo,

también impugnaban al liberalismo y los excesos cometidos por los capitalistas, propugnando una solución basada en la conciliación de clases, en lo que constituiría una aproximación claramente tercerista.

Toda la primera parte del siglo XX está signada por la presencia de estas cuatro corrientes que, desde construcciones teóricas muy diferentes, buscaban en paralelo una alternativa tercerista, otra opción a lo existente. El peronismo inicial utilizó las cuatro vertientes en búsqueda de su tercerismo, quizás el componente doctrinario más rico del Justicialismo. Dirigentes provenientes del Ejército, de la Iglesia, empresarios, sindicalistas, radicales, socialistas, reaccionarios y revolucionarios, todos ellos confiaron —por un momento o para siempre— en que sus sueños podrían materializarse a través de Perón. Aparece así la idea de coalición tercerista o, utilizando una expresión de William Faulkner, lo que hace el peronismo es “crear, a partir de los materiales del espíritu humano, algo que no existía antes”.

El capitalismo, para Perón, debe desprenderse de sus más feroces intereses —lo que en la década del noventa se denominará “capitalismo salvaje”— para dar lugar a algo que, lejos de ser un programa socialista o comunista, consistiría en un capitalismo humanístico, con fuerte distribución social. Esa opción alternativa buscaba principalmente conciliar los conceptos de libertad y de justicia.

Pero ello no sucede solo con el peronismo. La tradición del pensamiento latinoamericano tiene asimismo una fuerte búsqueda tercerista, lo que se ha reflejado constantemente en el denominado populismo latinoamericano, es decir, en las grandes sociedades democráticas de masas de nuestra región. Sucede que el peronismo, a diferencia de esas otras experiencias, tiene su propia construcción teórica. Sin embargo, hay numerosos intelectuales latinoamericanos que desde los años 50 expresan la construcción de un pensamiento creador de alternativas en este sentido. Entre ellos se destacan Celso Furtado y su pensamiento dependentista; Felipe Herrera, quien como director del BID se esforzó por la creación de una universidad latinoamericana y también como ministro de Economía del presidente de Chile Ibáñez adoptó medidas tendientes a la construcción de un modelo propio; y, por último, el economista argentino Raúl Presbich, quien desde una posición diferente del peronismo

introduce el concepto novedoso de capitalismo periférico. Todas estas perspectivas teóricas se instalan en la tradición política y social que busca una alternativa.

Latinoamérica además tiene esto en común con otras regiones del mundo: los asiáticos (desde la China de Mao hasta los casos nacionales de Siria, Irán e Irak), los africanos (los movimientos nacionales de Cabo Verde, Mozambique y Guinea Bissau), el mundo árabe (Nasser en Egipto y el caso del Frente de Liberación argelino de los años 60, entre otros). Todos ellos han expresado la necesidad de la construcción de otro paradigma. Ello ha significado, más que un tercerismo ideológico (el propuesto por Guiddens, que veremos a continuación), más bien un tercerismo geopolítico, que busca formas propias de lo moderno y lo democrático.

Resulta interesante aproximarse nuevamente a esta cuestión, luego de que durante la década del 90, paradójicamente en el marco de un gobierno que se autodenominaba justicialista, se afirmó la imposibilidad de una tercera posición como consecuencia de lo que se consideró un triunfo definitivo del programa liberal capitalista. Lo mismo ocurrió en general en el pensamiento occidental durante toda la guerra fría. Sin embargo, hacia finales del siglo y en un tono desafiante al “fin de la historia” proclamado por los neoliberales, cuando creían haber acabado para siempre con cualquier perspectiva alternativa, aparecen nuevas expresiones de búsqueda de opciones que se acercaban a nociones terceristas. En este contexto surge Giddens (1999) con su propuesta de una Tercera Vía.

Si seguimos a Anthony Giddens, cada uno de los planteos terceristas llevados al tiempo presente deben ser redituados en el campo de la historia política. Desde finales del siglo XX, para el autor, la distinción entre izquierda y derecha ha resultado ambigua y difícil de concretar, pero se resiste obstinadamente a desaparecer. La Tercera Vía resurge como una respuesta a dos filosofías

fracasadas: el neoliberalismo y la socialdemocracia. El tema central, postulado por esta doctrina, consiste en encontrar la manera de conciliar la política socialdemócrata en la época post-neoliberal, tomando como ejes de análisis la quiebra del “consenso de bienestar” que predominó hasta finales de los años setenta en los países industrializados, el descrédito definitivo del marxismo y los profundos cambios sociales, económicos y tecnológicos que contribuyeron a que ello ocurriera. Dicho modelo, según su propio autor, implica una combinación de meritocracia, igualdad de oportunidades e igualdad de resultados, moderadas y apoyadas en la llamada redistribución del ingreso. Pretende también ser “una contribución al debate que se desarrolla en estos momentos en muchos países sobre el futuro de la política socialdemócrata” (Giddens, 1999). Para Giddens, las tres áreas clave del poder —el gobierno, la economía y las comunidades de la sociedad civil— han de ser constreñidas en interés de la solidaridad social y la justicia social. Tal sería la Tercera Vía desde la visión contemporánea.

En el debate de fines de siglo XX y comienzos del XXI, y en un marco de continuidad de tradiciones filosóficas con más de 100 años de existencia, estas terceras vías deberían entenderse, en definitiva, como las nuevas formas de comprender la actividad política en el tiempo de cambio cultural, económico y social del tránsito de milenio, así como un modo de evitar la polarización y de encontrar una idea de transversalidad que posibilite el equilibrio y la superación de un conflicto a partir de la construcción de nuevas identidades. ▀

Bibliografía

- Giddens A (1999): *La Tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid, Taurus.
- Piñeiro Iñiguez C (2010): *Perón: la construcción de un ideario*. Buenos Aires, Siglo XXI.

La madre de todas las batallas. Apuntes sobre la dependencia

Juan Godoy

“La oligarquía amaestró a una serie de generaciones argentinas en el arte de pensar con muletas. Se nos enseñó que la emancipación de España significó el ingreso a la vida libre e independiente. Es una de las tantas falsificaciones que hay que demoler”. (Juan José Hernández Arregui)

Problematizamos en estas líneas qué es lo central en la lucha de los movimientos nacionales-populares en los países semi-coloniales como la Argentina, y qué lo secundario. Mucho se ha hablado estos últimos años acerca de esto. Se habló de “la madre de todas las batallas” en varios momentos. Hoy, el avance acelerado y desencajado del proyecto oligárquico —en varios frentes al mismo tiempo— ha mostrado no solo la voracidad de la oligarquía argentina, sino también dos cuestiones más: la dificultad de articular respuestas por parte del campo nacional; y una forma de accionar cuando se tiene el gobierno que debería ser rectora en el futuro gobierno nacional-popular.

En relación a esto último, queremos significar que la oligarquía va al “hueso”, a las cuestiones estructurales, al cambio o profundización de la matriz dependiente. ¿Qué discutir? ¿Qué es lo central y qué lo secundario? ¿La “bolsa” de la vicepresidente? ¿Las limitaciones discursivas del presidente? ¿La vuelta a un Estado más proclive a la represión que en los últimos años? ¿Los derechos individuales? ¿Las cuentas en el exterior del presidente y varios funcionarios de gobierno? ¿El “viaje” ficticio de Macri en colectivo? ¿La corrupción de los funcionarios de gobierno? ¿La quita de retenciones al sector más concentrado y poderoso de nuestro país? ¿La punibilidad o no del aborto? ¿La ocupación del gobierno por los CEOS de las empresas transnacionales? ¿Los números de la pobreza? ¿El endeudamiento exorbitante de estos dos años y meses? Muchos temas nos atraviesan diariamente, hay de todo un poco. Temas “nuevos” y “viejos”.

Pensamos acá que *discutir la dependencia* aparece como un punto de partida para la necesaria revisión (autocrítica) de lo sucedido en nuestro país estos últimos años, y al mismo

tiempo nos marca el norte para discutir el macrismo sin hacerlo con lo accesorio (aunque no necesariamente implique dejarlo de lado). Avancemos en el planteo entonces, dirigiéndonos hacia el pasado para contextualizar mejor la idea que pretendemos expresar.

Al terminar los procesos de emancipación de Nuestra América, los patriotas revolucionarios que habían participado de la ruptura de las ataduras coloniales y procurado unificar los territorios ahora liberados comienzan a observar que este último intento no se logra consolidar, y que sobre todo Gran Bretaña en la parte sur de América, y Estados Unidos en Centroamérica, empiezan a tender sus garras sobre esos territorios. Bolívar lo expresa aseverando: “he arado en el mar y sembrado en el viento”, y al poco tiempo muere enfermo. Artigas se exilia en 1820 y va a permanecer en el Paraguay hasta su muerte, 30 años más tarde. El mismo año en que fallece San Martín que, luego del fusilamiento de Dorrego, parte al largo exilio definitivo. Monteagudo es asesinado, al igual que Sucre, cinco años después que aquel. Francisco de Morazán cae fusilado, desmembrando Centroamérica. Esos son algunos de los casos más relevantes. De igual manera terminan los caudillos federales en nuestro país, o las experiencias de gobiernos nacionales-populares del siglo XX. La lucha por la Patria y los humildes tiene su costo en la Gran Nación inconclusa.

Nuestra intención con este breve repaso es mostrar que la generación que parió la emancipación política de nuestro continente no logró, a pesar de sus esfuerzos, asegurar la económica. La tragedia es que no solo los patriotas de principios de siglo XIX no la lograron, sino tampoco la alcanzan los gobiernos de los doscientos años posteriores, a pesar de que en momentos se logra avanzar significativamente.

El caso argentino con el peronismo llega a su nivel más alto, proyecto que queda trunco y comienza a retroceder a paso acelerado por el golpe del 55 y posteriormente con el del 76, y su profundización en los años 90.

Por eso los libertadores del siglo XIX comprendieron que su lucha estaba ligada a la cuestión nacional, y al estrechamiento de lazos entre sí, como afirma Ramos: “tampoco en la lucha contemporánea existe otra frontera que la de la lengua y la bandera unificadora. La victoria final sólo será posible con la Confederación de todos los Estados latinoamericanos. Pero esta estrategia que hunde sus raíces en lo más profundo de nuestra historia común designa un problema: la cuestión nacional”. Los últimos procesos nacionales-populares lo demuestran, al igual que la derrota (esperemos transitoria) también da cuenta de ello. Nuestra América a lo largo de su historia marcha junta en las victorias, como así también en las derrotas.

La situación de dependencia económica claramente se ahonda con el surgimiento pleno del imperialismo y su penetración económica. Así, si hay una cuestión central en nuestro continente y particularmente en la Argentina, ella es la *cuestión nacional*. Es decir la *condición dependiente* de nuestro país con respecto al imperialismo. Sin la ruptura de esa dependencia poco se puede avanzar en los procesos de emancipación nacional, soberanía política y justicia social.

La realidad nacional demuestra a través de la historia que no es un mero estadio del desarrollo o una situación de atraso, como se plantea muchas veces, sino, como bien lo indicó Jorge Enea Spilimbergo, estamos “ante una verdadera relación de dependencia, de explotación semi-colonial, sobre la cual se basa la prosperidad de las metrópolis desarrolladas y el atraso de las economías tributarias o dependientes”. La economía nacional se organiza según los intereses de las economías centrales.

En los últimos años varios de los países de la Patria Grande se corrieron del eje de la dominación externa en varios sentidos: el rechazo a la alternativa neocolonial del ALCA y la constitución de organismos supranacionales como la UNASUR y la CELAC aparecen como los puntos más altos en ese sentido. No obstante, hay que decirlo, en nuestro país poco se avanzó en la *ruptura de la estructura económica dependiente*. Eso evidentemente le puso un *límite* al proceso de

transformación. Se discutió (en mayor o menor medida) en los márgenes de la dependencia. En nuestro caso, un techo bajo que terminó con la peor derrota del movimiento nacional en las urnas a manos de una alternativa plena y abiertamente oligárquica.

Se puede poner al yrigoyenismo como otro ejemplo de las mejoras sociales y económicas del pueblo y los sectores medios en el marco de una economía dependiente. Reconociendo la progresividad histórica del mismo, en tanto representación de un movimiento nacional, popular y democrático, que ensancha la democratización del acceso de los sectores medios y populares al aparato del Estado y desenvuelve su proyecto en los marcos de la estructura del país semi-colonial, agroexportador. Basta recordar la negativa del “Peludo” a remitir (como era costumbre) los nombres de los miembros del Gabinete a Inglaterra. Diferente es el proyecto peronista, que realiza una Revolución Nacional dejando atrás la semi-colonia británica y procurando no caer bajo otra dominación. Yrigoyen no avanza en la industrialización, su conciencia es del país agrario. Nunca hace planteos en el sentido de la industrialización, ni tampoco progresa en la ruptura de la dependencia, de la penetración extranjera en la economía local (lo que conlleva el montaje de un esquema de cara a la expoliación imperialista y detiene cualquier posibilidad de avance en otro sentido). Así, su destino está sellado. Pues si bien muchas son las causas de la caída de Yrigoyen a manos del nacionalismo oligárquico de Uriburu y, sobre todo, del liberalismo probritánico de Justo (como todo fenómeno social, es multicausal), como “el olor a petróleo” (por el proyecto de Yrigoyen de nacionalizar la estructura petrolera, y la oposición de los trust petroleros), la burocratización creciente, la edad del caudillo, etcétera, la causa principal está en que el proyecto yrigoyenista está agotado por mantenerse dentro de los límites de la estructura económica dependiente. Para colmo, la crisis del 29 (sobre todo por la dependencia) repercute fuertemente en nuestro país, Granja de Inglaterra.

Se ha afirmado estos últimos años que la madre de todas las batallas es la cultural, y en algunos casos incluso que la lucha central era contra el multimedio Clarín. Mucho se ha escrito sobre los procesos de colonización pedagógica que invisibilizan la dependencia económica, y al

mismo tiempo la permiten y profundizan. Obviamente, no pretendemos negarlo. Lo que sí marcamos es que evidentemente lo cultural se apuntala mutuamente con lo económico. Pero pensamos que lo cultural termina siendo una consecuencia de la deformación que proviene de la dependencia económica, y que la relevancia de esta última lleva insoslayablemente a poner en cuestión la colonización pedagógica. Pero, a diferencia de los discursos a los que hicimos referencia, no evade las problemáticas centrales de la Patria. El discurso que sólo pretende discutir la colonización cultural en sus aspectos “cotidianos” y superficiales es parte de la invisibilización de la *cuestión nacional*. Últimamente se han discutido cuestiones secundarias. Si bien no es erróneo marcarlas, hacerlo excesivamente no aparece como la estrategia más sagaz: el enorme espacio y tiempo dedicado a establecer si el presidente es más o menos burro, si lee o no lee sus discursos, si hace un montaje para simular ¡un viaje en colectivo!, si su esposa es más o menos simpática o vive de imposturas, si un ministro le envía un “papelito” a una legisladora, si un funcionario es de género femenino o masculino, si los medios concentrados dependientes de la oligarquía defienden más o menos al gobierno representante de su clase, o si un muñequito del “simpático” Zamba es tirado a la basura.

No debemos tomar esas cuestiones como lo central de las políticas de gobierno, porque en relación al cambio o profundización de la matriz dependiente del país son asuntos menores, y prestar solamente atención a esos puntos invisibiliza lo que es más importante. Por eso Jauretche, uno de los pensadores que más ha hecho por la descolonización pedagógica, afirmaba: “hacer la nación: esa es nuestra tarea, y traición es todo lo que se le oponga. (...) Las nuevas generaciones, como la de mayo, tienen un deber emancipador que cumplir”. En ese sentido, los forjistas aseveran que “el drama de la Patria enfrenta dos personajes solamente: el pueblo encadenado y la finanza imperialista. Lo demás no cuenta. Cuando están en juego los destinos de un pueblo, toda reclamación particular perturba y divide”. Y por eso Scalabrini Ortiz marcaba la necesidad de avanzar en la *nacionalización de los mecanismos centrales*, para así poder decidir la *política nacional* según nuestro interés y no de los intereses privados o extranjeros: “el plan de democratización de la vida argentina debe

comprender, por lo menos, a los servicios de transporte, porque ellos constituyen el sistema circulatorio troncal del organismo nacional; los medios de cambio, porque ellos son los vasos comunicantes de la riqueza natural y del trabajo que la moviliza; las fuentes de energía térmica e hidráulica, porque ellas pueden incrementar o aminorar las industrias en que el trabajo se valoriza y multiplica; las tribunas de información, porque no es posible que aparezca como opinión pública lo que sólo es opinión interesada de los grupos financieros. En una palabra, todo cuanto tiene posibilidad de influir en el destino del pueblo debe estar bajo el control del pueblo”. Su propuesta no era de nacionalizaciones aisladas, sino que constituye un “todo lógico”, una planificación de la nacionalización de la economía. Al igual que el imperialismo, que no “invierte” en cualquier sector, sino en los que hacen a la dependencia y la expoliación de las riquezas nacionales, la respuesta debe ser en el mismo sentido.

Sin romper el carácter dependiente de la economía argentina, que hace drenar gran parte de la riqueza que producimos los argentinos, por más buena voluntad que se tenga, se podrá redistribuir “un poco” mejor la riqueza, pero ese techo es bajo, y difícil será entonces un proyecto con mayores márgenes de justicia social, lo que además dificulta la permanencia en épocas de “vacas flacas”. Roberto Carri oponía la condición semi-colonial ligada a la dependencia, al desarrollo ligado a la independencia real. Así pues, “las naciones dominadas por el sistema imperialista no pueden acceder al polo hegemónico debido al carácter estructural de la dependencia”. Desde ya esto implica la industrialización: Manuel Ugarte manifestaba que “un país que sólo exporta materias primas y recibe del extranjero los productos manufacturados, será siempre un país que se halla en una etapa intermedia de su evolución”. En el mismo sentido, Hernández Arregui decía que “un país sin una industria nacional autónoma no es una nación”.

No queremos decir que sea algo sencillo, pero sí que puede sumar a la necesaria revisión (autocrítica) de los procesos nacionales-populares que trajeron un “viento fresco” a nuestro continente, pero que hoy están en franco retroceso. Si no revisamos nuestros errores se yergue la amenaza de una “nueva década infame”. Para evitarla se hace necesario “afinar” la crítica

al “nuevo proyecto” neocolonial, para ser implacables en la oposición y retornar al cauce nacional lo antes posible, para lograr avanzar mucho más profundamente en la senda de la liberación nacional.

Cerramos con una frase de Juan Domingo Perón: “si hemos guerreado durante 20 años para

conseguir la independencia política, no debemos ser menos que nuestros antecesores, y debemos pelear otros veinte años, si fuera necesario, para obtener la independencia económica. Sin ella seremos siempre un país semi-colonial”. ▼

El pensamiento filosófico-político de Rodolfo Kusch

Javier G. Río

Rodolfo Kusch, como tantos otros representantes de nuestra cultura, ha sido durante mucho tiempo marginado de los ámbitos académicos. A pesar de ello, los estudios sobre su obra tienen una gran vitalidad. Investigaciones muy heterogéneas abrevan en el pensamiento kuscheano, rescatando las categorías que permiten dar cuenta de un pensamiento situado. A modo de ejemplo: las V Jornadas sobre el pensamiento de Rodolfo Kusch realizadas en Maimará (Jujuy) en junio de 2016 convocó a cerca de 300 participantes, y las VI Jornadas se realizaron en octubre de 2017 en Bogotá, Colombia.

Esta marginalidad le tocó a Kusch vivirla en carne propia, cuando fue cesanteado de las universidades en las cuales enseñaba, lo que lo obligó a un autoexilio en Maimará a partir de 1975.

En sus *Obras Completas*, publicadas por la Fundación Ross en el año 2000, encontramos algunas ausencias: artículos, cartas o escritos sueltos que se pueden “descubrir” en la biblioteca y archivo de su casa de Maimará. Queda pendiente un trabajo minucioso y exhaustivo de recopilación y recuperación de esos manuscritos, borradores sueltos, grabaciones inéditas y cintas de sus trabajos de campo.

Cuando en 1949 se realizó en la Argentina el primer Congreso Internacional de Filosofía, en Mendoza, Juan Domingo Perón, por entonces presidente de la Nación, pronunció el discurso de cierre. Corría abril, y Rodolfo Kusch había terminado sus estudios de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Tiempo más tarde ese discurso se publicó con el título de *La Comunidad Organizada*, texto de profunda reflexión política y social. Diversos estudios dan cuenta de este texto, y algunos marcan los aportes de Carlos Astrada. Lo cierto es que aquel encuentro filosófico fue un acontecimiento de envergadura. Martín Heidegger envió una ponencia. En 1952, Kusch publica su primera obra, *La Seducción de la Barbarie*. A lo largo de nuestra historia, muchas veces se quiso –o mejor dicho, se quiere– arrojar a la “barbarie” lejos de

los ojos civilizados. Se quiere imponer una Plaza de Mayo como paseo civilizado, y sin embargo la irrupción de lo bárbaro es elocuente y seductora.

Carlos Cullen, en el prólogo a la segunda edición de *La Seducción de la Barbarie* (2000), lo expresa así: “De este abrazo incestuoso de la civilización (ficticia) con su propia barbarie reprimida y negada (pero seductora) sólo podía engendrarse el terror, la guerra, la expoliación y el vaciamiento. Es decir, la Argentina frustrada y por añadidura llena de culpa por haber conservado el deseo prohibido”.

¿Por qué hablar de un pensamiento pegado al suelo?

La búsqueda de un filosofar americano original puso a Kusch en el reconocimiento de un punto de partida: el pensamiento indígena y popular. Se trata de un pensar culturalmente arraigado. Se está “caído en el suelo”, cualquiera que este sea, y no se puede ir más allá. Sin suelo no hay arraigo y sin arraigo no hay sentido, ni por lo tanto cultura. El descubrimiento de esta intersección entre pensamiento, cultura y suelo (*Geocultura*) llevó a Kusch a recorrer durante muchos años el altiplano argentino-boliviano, munido de su cámara fotográfica y su grabador, para registrar las imágenes y las palabras de la gente en las que buscaba una perspectiva americana original, que le permitiera reubicar los aportes de la filosofía europea a un nuevo contexto.

En 1954, Bernardo Canal Feijoó publica *Confines de Occidente, notas para una sociología de la cultura americana*. Le regala a Rodolfo Kusch un ejemplar, con la siguiente dedicatoria: “A Rodolfo Kusch, con especial estima intelectual y amistosa”. El ejemplar se encuentra en la biblioteca de Maimará. Este texto, subrayado curiosamente por Kusch, le servirá de inspiración para el tratamiento de algunos temas que venía pensando. “Siempre se ha concebido a la cultura como un signo e instrumento de diferencia selectiva dentro de las sociedades” (subrayado por Kusch). La idea de cultura de élite y cultura del

pueblo, presente en la obra de Canal Feijoó, como así también la concepción de ser-estar, permitirán a Kusch entender una cultura “pegada al suelo” y un estar siendo propio de la América Profunda.

Del miedo a pensar lo nuestro a la pasión por hacerlo

Ya denunciaba Rodolfo Kusch en los primeros párrafos de su *Geocultura del hombre americano*, publicada en 1975, un cierto grado de estancamiento del filosofar entre nosotros, debido quizás a una técnica para hacerlo. Enmarañados en el proceso se nos olvidaban los principios. “La situación del pensar culto y del pensar popular parecieran asimétricamente invertidas. Si en el pensar culto predomina lo técnico, en el popular la técnica pasa a un segundo plano y en cambio predomina lo semántico. En suma, si en los sectores populares se dice algo, en el sector culto se dice cómo”.

El problema intrínseco del filosofar no es una mera técnica, del *cómo*, sino de un *algo* que se constituye. ¿De qué manera el pensamiento popular se constituye en algo mucho más que el cómo? ¿Qué es lo que se constituye, desde qué fondo, con qué fundamento? Kusch se propone reformular preguntas a partir de un tiempo y espacios propios, y al hacerlo pone en cuestión el sentido mismo de toda la tradición de enseñanza, la significación de la universidad como tal, su destino y el rol que ella debe asumir en el complejo social. Es así como “el pensamiento popular se constituye antes que todo como una situación óptica cristalizada en una afirmación ética”.

Aparece el miedo, detrás de la técnica, cuando ésta se manifiesta como lo inesperado. Kusch describe en esto cierta limitación y esterilidad filosófica. No se tiene técnica porque ante todo aparece el miedo. El montaje de las nacionalidades latinoamericanas se realiza sobre el miedo. Se enfrenta el caos con lo previsible, se utilizan técnicas. “Se educa a los jóvenes para prever, ver antes, saber ya lo que se da y así detener el tiempo, evitar el engorro del sacrificio”. Parecería que por estos tiempos las políticas educativas están marcadas por la exageración de la técnica. Quizás por el miedo que pueda generarnos un tipo de saber popular que no nos animamos a descubrir. Asistimos por estos días a ciertas “fobias” contra el indigenismo, especialmente a causa de los sucesos recientes en

nuestra Patagonia: conflicto por el reclamo de tierras por parte de las Comunidades Mapuches, corte de la ruta 40, desaparición y fallecimiento de Santiago Maldonado, joven artesano que acompañaba el reclamo de los mapuches. Kusch ya decía que en el siglo XX y en la Argentina era estúpido ser indigenista. “Ya no hay indigenistas... Lo peligroso es, en cambio, los que tienen miedo al indigenismo. Este miedo al indigenismo que, curiosamente después de la muerte de Perón, empieza a cundir... ¿no será una forma de desvincularse como clase media de la problemática del pueblo? Muchos creen que con la muerte del General tendremos ahora piedra libre para infiltrar un cierto elitismo en sectores medios y hacer bajo el rótulo de peronistas lo que los marxistas pretendían: dirigir al pueblo. Pero esto es evidentemente traicionar a Perón”.

¿Cuál es la actitud del intelectual? Para Kusch, la actitud del intelectual latinoamericano en general consiste en tener miedo a ser él mismo y pensar lo propio. “Ser filósofo entre nosotros no consiste en una actividad extrauniversitaria, sino que tiene, para subsistir, que realimentarse constantemente en la universidad misma. Así, sólo el Estado puede amparar una actividad estéril en sí misma, o mejor esterilizada y aséptica por una reiteración académica y por el miedo de los sectores medios que no quieren asomarse a la calle”.

Esto no es casual, se debe a la constitución misma de nuestra nacionalidad. Hemos sido formados sobre la continuidad biológica entre sector medio y pueblo. ¿Entonces qué actitud tomar? En este juego, dice Kusch, es preferible ser un recién egresado, formado por profesores liberales, a los cuales se les asigna el papel de maestros, porque esto mismo facilita el reingreso a la universidad y la persistencia del juego de ver cómo uno nunca asume la verdad del país, ya que logra escamotearla y crea constantemente antidotos, especialmente en la política, para creer que se está movilizándolo al pueblo o haciendo su filosofía, sin tener nunca una noción clara sobre esto.

A comienzos de los 70 y con el entusiasmo por el regreso del general Perón a la Argentina, se suceden diversos encuentros de intelectuales, universitarios e investigadores: se constituye el Círculo de Acción Latinoamericana, entidad que se propone lograr una integración regional con un empeño y esfuerzo liberadores, presidida por el

doctor Raúl Matera; se realizaron las “Jornadas peronistas de ciencia y política”, a las cuales asiste Kusch, ya que el doctor Rolando García, ex decano de la facultad de Ciencias Exactas, venía de España con instrucciones de Perón para constituir el consejo tecnológico del Movimiento Peronista. En la Universidad de Salta se celebra en abril de 1974 el Primer Cabildo Abierto del peronismo universitario, presidido por el doctor Humberto Podetti.

En 1976 Rodolfo Kusch afirma en la *Geocultura* que “no hay un proyecto peronista para la universidad. ¿Por qué? Porque somos sectores medios. Y aún como peronistas, cómo cuesta cambiar la cara a la Universidad. Logramos sólo las variantes tibias pero no la peronista que es más profunda”.

El salto que se pretende hacer a lo popular es un salto grosero, porque se da detrás de lo técnico, un detrás que se constituye por delante, porque es lo que debemos hacer. Kusch denuncia el reingreso a la universidad como búsqueda de cargos burocráticos. Esto también es filosofía, pero de la peor, para una toma de poder. Se ve entonces la política como un juego sucedáneo de perspectiva elitista con el afán de incorporarse a la política. Se trata de negar la política para incorporarse al pueblo... Ahí sucumbe toda filosofía. ¿Para quiénes entonces la universidad? Tema discutido en los últimos tiempos. Si el imperialismo de la clase media tiene la racionalidad y entonces no se da la hermandad, tampoco se dará la comunidad organizada.

Conviene aquí tener unas palabras sobre el *Hedor de América*. En el “Exordio” a su obra *América Profunda* de 1962, Kusch afirmaba que “el pensamiento como pura intuición implica, aquí en Sudamérica, una libertad que no estamos dispuestos a asumir. Cuidamos excesivamente la pulcritud de nuestro atuendo universitario y nos da vergüenza llevar a cabo una actividad que requiere forzosamente una verdad interior y una constante confesión”. “Y restituimos nuestra libertad por el lado de la pulcritud. Porque es cierto que las calles hieden, que hiede el mendigo y la india vieja... y es cierto, también, nuestra extrema pulcritud. Y no hay otra diferencia ni queremos verla, porque tenemos miedo, el miedo de no saber cómo llamar todo eso que nos acosa y en lo cual estamos como hundidos”. El hedor de América es todo eso que no es nuestra ciudad natal, tan populosa y tan cómoda. “Nuestra verdad está en el charco... está

en los bajos fondos y no en los hogares pomposos, y está en la ignorancia del campesino y del indio, porque esta supone la sabia actitud de desconocer el juego estéril que se realiza en las ciudades. El hedor es tremendo porque revive un mundo superado. Implica el miedo al desamparo, algo así como si se abandonara el hogar para exponerse a la lluvia y el viento. Es la intemperie. La dimensión política del hedor nos lleva a encontrar su verdadero sentido, aquel que el pulcro no quiere reconocer. La única consistencia que el pulcro cree ver en el hedor es el afán que siente en rechazarlo. El hedor es ante todo inalienable porque responde a una realidad, a un tipo humano, a una economía y a una cultura. Insistir en el rechazo es alienarse de América, es no ser americano o, mejor dicho, ser de la otra América, la América de los pulcros, de los próceres. Estamos en América que se nos revela con verdades pulcras y verdades hedientas. Somos hedientos que lo simulamos con una pulcritud ficticia. Es como una paradoja que se expresa en el progreso, la técnica y el bienestar”. Kusch propone un camino interior, una profunda dimensión interior de Nuestra América. “Sólo desde el fondo de nuestra alma habremos de ver si todo eso que es tan hediento en América tiene o no consistencia y valor para vivir. La verdad es que no somos ni pulcros ni hedientos, sino que estamos todos empeñados en una salvación. Y esa salvación es común al paria anónimo de la gran ciudad y al indio, mal que le pese al burgués pulcro”.

La pasión por “pensar lo nuestro” nos invita a un pensamiento situado, desde el *estar* kuscheano. Es desde ese estar siendo de los pueblos que queremos abordar las formas de enseñar y aprender.

La negación como afirmación del otro pensante

Kusch destaca el aspecto de negación que caracteriza lo popular y que le llevó a escribir *La negación en el pensamiento popular*. Esa negación lleva en sí una “afirmación implícita de algo que hace al otro pensante, y que nuestras categorías no logran captar del todo”. Es primordialmente una negación “que no implica un cierre sino una apertura”. La negatividad también se maneja en el nivel de lo fundamental. Frente a la lógica de la afirmación, propia de Occidente, que solo se ocupa de sí, dando prioridad al sentido óntico del mundo, tiene vigor el pensamiento

americano, que niega lo óntico en su privilegio fundamental, con lo que conduce a la afirmación de lo sagrado.

En América se trata de mantener en equilibrio la afirmación y la negación; se trata de un equilibrio que haga habitable el mundo. Ese *no* a las cosas es el acceso a lo fundante. Desde allí se afirma el sentido de las cosas y es una exigencia anterior al patio de los objetos creado por Occidente.

Para educar desde la pulcritud hay que despojarse del estar y simplemente pretender ser alguien que usa bien su razón. Cullen afirmaba: “La disciplina garantiza el despojo del hedor. La pulcritud sufre así de amnesia cultural y goza su sufrimiento”.

Todos somos vulnerables haciendo la experiencia del otro, del encuentro. Pero para que el hedor no nos lastime nos creemos invulnerables. Hay que violentar al hedor, reducirlo, obligarlo a ser sin estar, o simplemente exterminarlo, negarlo. Para esto, “los pulcros sólo se oyen a sí mismos y son sordos, precisamente ante la interpelación del hedor, que representa lo otro de sí mismo y, desde ahí, y sobre todo, la alteridad en cuanto tal, la que vive en el codo a codo con los otros, chapoteando lo absoluto”.

La *amnesia cultural* y la *sordera violenta* manifiestan el elitismo que rechaza lo popular porque es hediento. Ser elitista es ser alguien – reflexiona Cullen–, haber superado el miedo al

codo a codo y no sufrir ya el hambre que va “desde el pan hasta la divinidad”. “Para lograr la posición elitista –sigue Cullen– la pulcritud fumiga el terreno donde siembra su afán por ser, con la ilusión de ser sin estar”.

El hedor de América que insiste y persiste nos recuerda que “progresando” tenemos menos excusas para encontrarnos con nosotros mismos.

Muchas veces nuestra propuesta educativa provocó confusión entre la esperanza y la culpa para excluir lo diferente y sugerir una posición cultural sin dioses ni pueblos, sin tierra ni naturaleza: sólo un “gran patio de objetos”. Desde esta posición, somos cultores de un pensamiento único. Queremos erradicar el hedor y lo denunciamos como violento, inseguro, delincuente y asesino. Y sin embargo, él insiste y persiste.

Asistimos a una planificación educativa carente de temática americana. Esta que debe ser el centro fundamental de nuestros esfuerzos, en el plano de la investigación, es negada, y el pensamiento que debe sumergirse en el diálogo consigo mismo, desde una situacionalidad, da el salto hacia lo que se elabora en otras geografías. Vivimos como una utopía lo que debería ser cotidiano: ser educados en una cultura.

Kusch duda de que las necesidades de América estén abordadas en los quehaceros académicos. Esta negación es insuficiente para dar cuenta de un nosotros. ▀

Yendo hacia el Fondo

Mariano de Miguel

La economía argentina vivió en las últimas semanas una coyuntura crítica caracterizada por una dolarización creciente (a partir del desarme de posiciones en pesos) que puso en jaque el control del tipo de cambio, variable clave y precio fundamental de toda la economía. Cabe el calificativo de “crítica” por sus implicancias y sus consecuencias económicas, pero también políticas: hay un antes y un después de mayo de 2018 para el gobierno del presidente Macri.

El deterioro del contexto internacional fue, en el peor de los casos, el detonante de una bomba cuya carga explosiva tiene sendos componentes locales. El peso se depreció más del 20% entre el 25 de abril y el 15 de mayo, poniendo de manifiesto las debilidades estructurales del modelo económico vigente. Desde que se inició la corrida, el Banco Central (BCRA) perdió alrededor de 10.000 millones de dólares de reservas y subió la tasa de referencia del 27,25% al 40%, en tanto que el gobierno acudió al FMI, a la vez que prometió una profundización del ajuste fiscal.

¿Cuáles son esos componentes locales que forjan una debilidad estructural? Principalmente, el profundo déficit externo del país, cercano al 5% del PBI en 2017. Pero sobre este escenario de profundo déficit externo se suman otras cuestiones de importancia que hacen tan singular nuestra coyuntura. En primer lugar, con el nuevo gobierno Argentina pasó de estrictos controles de la cuenta capital –con el “cepo”– a una desregulación financiera casi total, quitando toda barrera a la salida de capitales, así como cualquier exigencia de liquidación de excedentes en divisas por ventas externas. La total desregulación de la cuenta capital terminó por ser una fuente adicional de volatilidad macroeconómica. Hasta el propio FMI al que se recurre ha recomendado en los últimos años tener cierto tipo de regulaciones a las entradas de capital, con el objetivo de evitar bruscos cambios de timón que impliquen salidas masivas en un corto de tiempo como la ocurrida en las últimas semanas.

En segundo lugar, el manejo de la política monetaria y cambiaria del BCRA desde octubre de 2017, y especialmente desde el relajamiento de las metas de inflación en diciembre, fue particularmente errático y cambiante. Este comportamiento se profundizó desde el inicio de la corrida a fines de abril de 2018: primero dilapidó reservas para mantener al dólar en torno a \$20,50 cuando otros países emergentes depreciaban, y luego convalidó cierta depreciación con la suba de tasas, pero siempre corriendo por atrás. Posteriormente, el gobierno acudió al FMI, a la vez que el BCRA siguió vendiendo reservas y subiendo tasas hasta el 40%. Recién el lunes 14 de mayo pudo el BCRA frenar la corrida, cuando dispuso un cambio de estrategia: dio una señal clara de poder de fuego ofreciendo 5.000 millones de dólares e incitó una nueva devaluación (los ofreció a \$25, cuando el dólar cotizaba en torno a \$23,50). Las aguas se calmaron y la corrida cambiaria frenó, al menos por un tiempo.

No obstante, el precio de la corrida cambiaria será muy alto, y el recurso al FMI es una expresión de ello, ya que fijará el concepto de una factura muy elevada que pagarán las fuerzas productivas de la nación. Como señala Daniel Schteingart, del Conicet, “Argentina fue el país que más depreció desde el 25 de abril (algo más del 20%, contra alrededor del 10% en Uruguay y Turquía). No sólo eso, desde principios de diciembre el peso se depreció 42%, muy por encima de otros emergentes; Turquía le sigue muy atrás, con un 24%. Países de la región como Chile o Colombia incluso tienen una moneda nominalmente más apreciada que hace seis meses” (ver Gráfico 1). En este escenario, la inflación se acelerará, producto del traspaso de la devaluación a los precios. La inflación acumulada en el primer cuatrimestre rondó el 10%. Mayo, junio y julio serán meses con inflación probablemente arriba del 2% y más cerca del 3% mensual, como producto del deslizamiento cambiario. Desde el Instituto Estadístico de los Trabajadores (IET-CITRA-UMET) vemos factible que en 2018 la

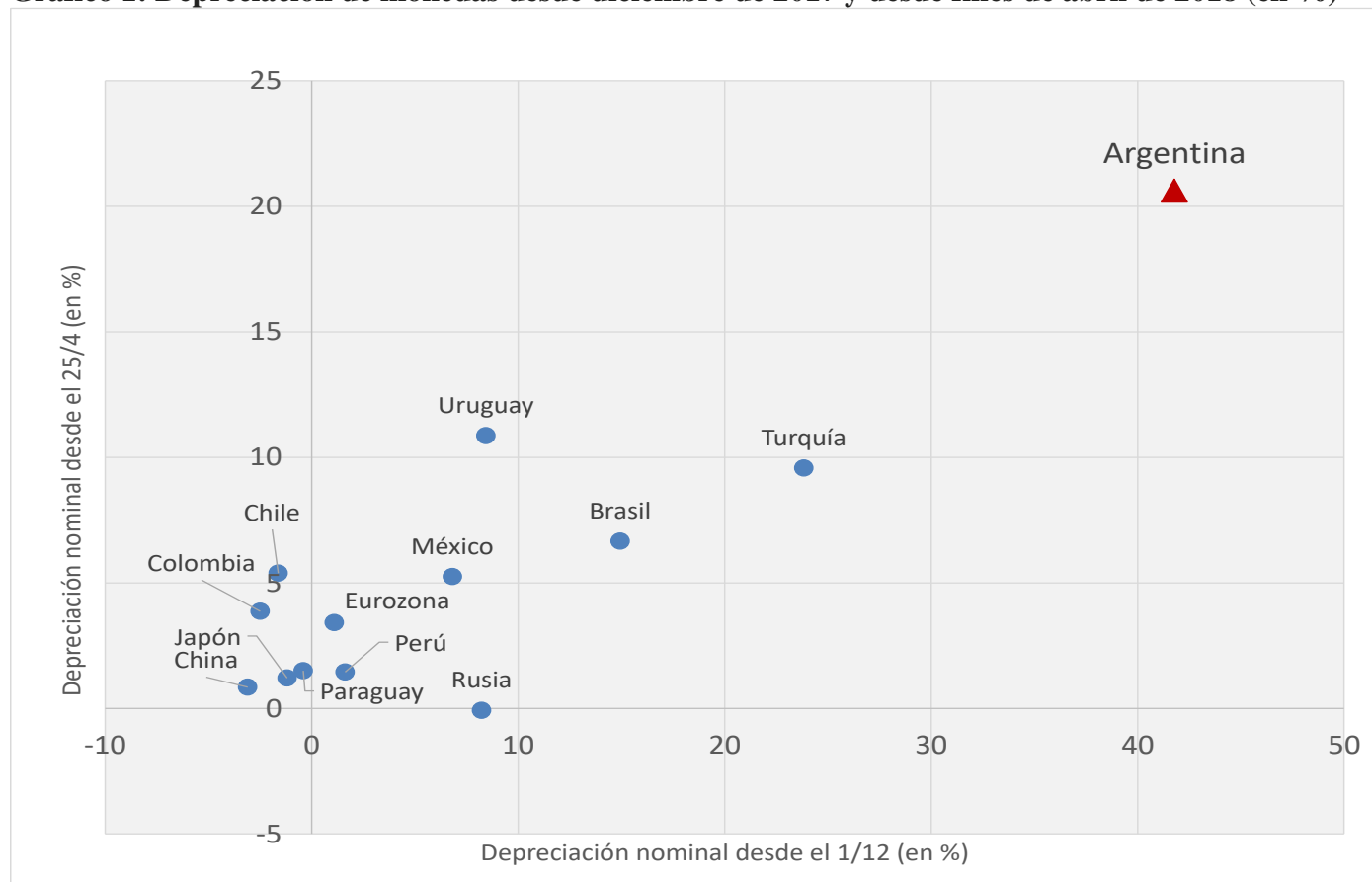
inflación anual ronde el 30% (ver Gráfico 2), cifra mayor a la de 2017 (24,8%).

Al abultado desequilibrio externo se suma, por una parte, el hecho de que tenemos evidentes y cada vez más serias dificultades para financiarlo y, por otra parte, la siempre latente fuga hacia el dólar de las inversiones financieras domésticas, que exigen un muy fino manejo de los incentivos para lograr su permanencia en posiciones en pesos. Equilibrar el deficitario saldo de nuestras balanzas externas requiere exportar más e importar menos. Lo primero, aun haciendo todo bien, lleva tiempo y se concreta en el mediano y largo plazo, a partir de una política *ad hoc* exportadora que, por lo demás, brilla por su ausencia. En el corto plazo, aquí y ahora, sólo queda lo segundo: habrá que importar menos. Y

dada la estrategia aperturista del actual gobierno, que se conjuga con una estrategia de inserción comercial externa que desalienta nuestra competitividad, el único camino para lograr ese ahorro de dólares será penoso y tiene un nombre inequívoco: ajuste.

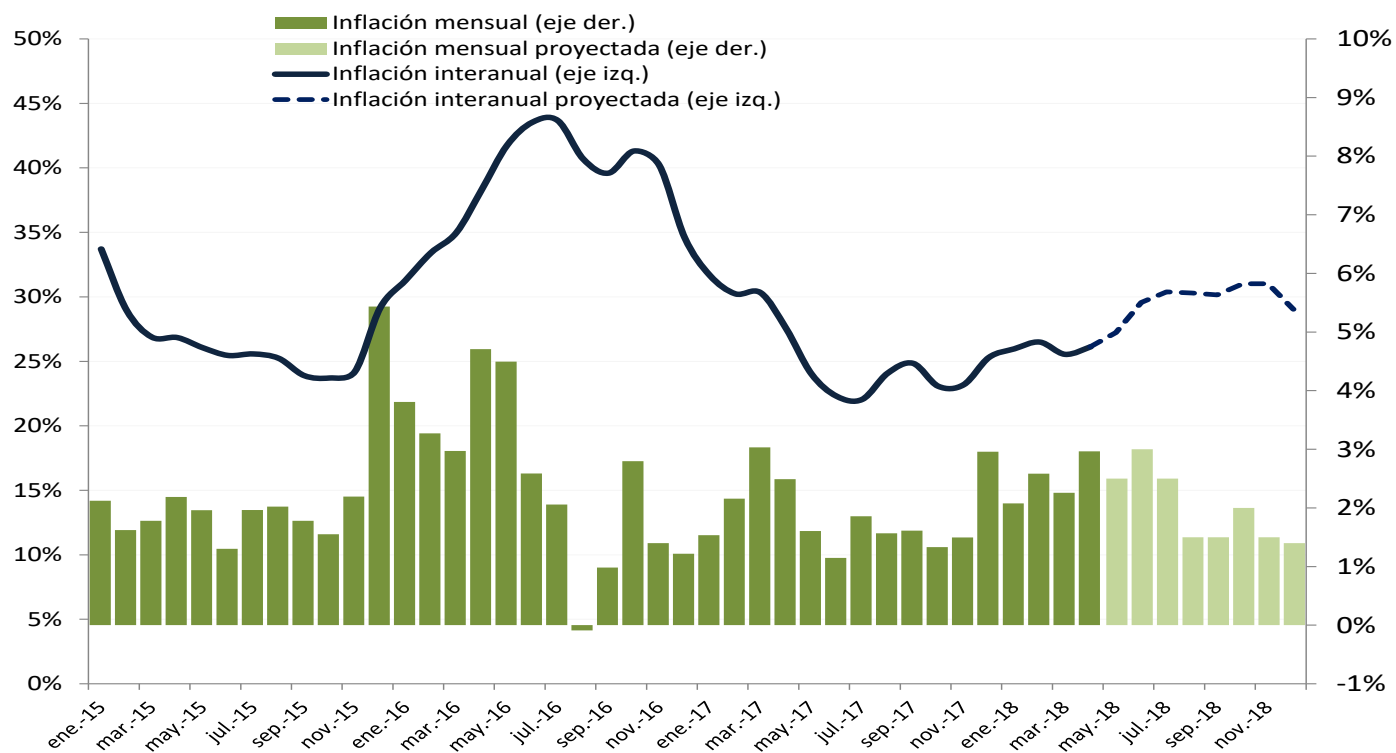
El nuevo escenario macroeconómico establece nuevas condiciones de borde que atentan contra el desenvolvimiento productivo en general, e industrial en particular. La contracción esperable del mercado interno tendrá como víctima principal las pequeñas y medianas empresas (PYMES), así como el empleo que ellas generan. Las PYMES sumarán así una carga más a una mochila muy pesada, que puertas hacia afuera de sus fábricas y empresas les resta competitividad: carga fiscal, logística, crediticia y de transporte, entre otras. ▀

Gráfico 1: Depreciación de monedas desde diciembre de 2017 y desde fines de abril de 2018 (en %)



Fuente: INSECAP (UCES) en base a BCRA.

Gráfico 2: la inflación en Argentina, 2015-2018



Fuente: IETen base a IPC Provincias e INDEC.

La vivienda social y el hábitat digno

María Laura Rey y Damián Sanmiguel

La construcción de una política de vivienda es un proceso que se transforma y evoluciona constantemente. Decía Mario Benedetti: cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, cambiaron las preguntas. Una vez que se marcan o definen preguntas de partida, las respuestas llevan a nuevas preguntas que enfrentan a desafíos cada vez más complejos.

Para hablar del derecho a una vivienda digna como política de Estado es importante retrotraerse a determinados puntos en nuestra historia que marcaron un punto de inflexión en el tema. Durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón (1946-1952) y como parte del Plan Quinquenal 1947-1952, la vivienda social no estuvo ausente: el peronismo inició una vasta política de vivienda con el superlativo objetivo de brindar al pueblo una mejor calidad de vida. Esto trasciende el simple alojamiento entre cuatro paredes y un techo. En toda esta política de vivienda, que no fue solamente una suma de soluciones habitacionales, intervino el Ministerio de Salud, de la mano del doctor Ramón Carrillo, fijando y delineando pautas habitacionales. Se especificaron normas de habitabilidad, garantizando viviendas cómodas, luminosas, con todos los servicios necesarios y con espacio de recreación para los niños. Esta filosofía apuntaló la política de vivienda durante 10 años, y sentó las bases de lo que significaba un plan de vivienda social dirigido a una mejor calidad de vida.

Después del golpe del 55 se dio en la Argentina una marcada inestabilidad política, una sucesión de gobiernos militares y civiles de escasa relevancia, con el peronismo proscrito y una creciente violencia política. La política habitacional por muchos años estuvo definida por el complejo juego de poderes y de intereses que conforman el orden externo –que tiene que ver con la manera en que la Nación se inserta en el contexto internacional–, el orden interno –que resulta de la relación entre Nación, provincias y municipios– y las fuerzas económicas y sociales de la realidad habitacional. Es por ello que otro hecho que marca enfáticamente un quiebre en la

vivienda social como política de Estado es la restauración del orden democrático en 1983. En una primera instancia, la política de vivienda no impulsa cambios significativos, pero dos procesos relevantes incidieron en las transformaciones del sector en los años 90, ambos impulsados por factores internos: a) la recuperación de las provincias como Estados Federales; b) la necesidad política de atender a los sectores más numerosos y altamente postergados. En este periodo emerge un escenario de negociación permanente entre Nación y provincias sobre la distribución del recurso y la autonomía de su aplicación, con el fin de responder a las demandas de la población. Este escenario da lugar al surgimiento de políticas públicas dirigidas específicamente a atender las necesidades habitacionales. Sustentaron primordialmente las reformas políticas de los años 90 la percepción social de que la política habitacional vigente respondía más a estimular la actuación de las empresas contratistas que a un acceso a una vivienda digna para los sectores más populares, junto a los factores antes descriptos, desembocó en un desprestigio creciente de las acciones del sector, sumado a la escasez de recursos, la burocratización y el casi nulo impacto sobre la población más empobrecida. Hasta esa época la política habitacional se caracterizaba por la implementación de programas rígidos, que se generaban a partir de la oferta y la demanda, con muy bajo efecto sobre la optimización de los recursos y un escaso recupero de la inversión.

Es así como la política habitacional sufre un cambio sustantivo, impulsado por los procesos de descentralización de la administración de los recursos nacionales para la vivienda a las jurisdicciones provinciales, las que tomaron un rol protagónico en la administración del Fondo Nacional de la Vivienda. El Decreto 690/1992 dio impulso al plan de emergencia habitacional y a la introducción de nuevas operatorias de marcado perfil social, con efectos en la concepción de los productos habitacionales. La vivienda social se concibe entonces como un proceso integral que

apunta a la mejora de la calidad de vida y a la inclusión social. Hacia el fin de los 90, la política habitacional se sumerge en una crisis conceptual y en un desfinanciamiento. La crisis financiera de 2001 llevó a la paralización de las obras, no sólo de las comprendidas en los nuevos programas sociales, sino también a las del FONAVI. Era necesario poner en práctica un nuevo orden y el diseño de una política afín.

Desde el Ejecutivo se trabajó en el diseño de los programas de Reactivación de Obras del FONAVI. Una inyección de dinero desde el Estado Nacional al sistema financiero del sector permitió la reactivación de dichas obras, y también su finalización. La asistencia con recursos por parte del Estado forma parte de una estrategia a corto plazo en respuesta a una crisis, que busca la reactivación de las acciones y paliar la situación de criticidad. A partir del año 2004, con la premisa fundamental de paliar el déficit habitacional y generar puestos de trabajo formal para permitir el reemplazo de planes sociales, se comenzó a trabajar en una política de vivienda con financiamiento centralizado y ejecución descentralizada. Por primera vez en esta historia, a través de una eficaz negociación por parte del Estado Nacional, todos los intereses del sector estarían representados en los modelos de gestión: Nación, provincias, municipios, cámaras de la construcción, organizaciones sociales y gremios, y también hubo acuerdos con el Ministerio de Desarrollo Social, el de Trabajo, etcétera.

Lo relatado precedentemente es un muy sintético relato de los vaivenes a los que está ligada la política de vivienda. En el escenario actual surgen nuevos paradigmas o desafíos a afrontar. Por ejemplo, la planificación urbana – como herramienta de política pública para resolver los problemas de acceso a la ciudad– ha estado

poco presente en la agenda de los diferentes gobiernos. Predomina una visión sectorial de los problemas urbanos y las intervenciones se definen en términos de obras públicas, la mayoría de las veces sin demasiada preocupación por sus consecuencias urbanísticas y sus efectos sobre el desarrollo económico y social de las ciudades. La incorporación de la sustentabilidad en la política habitacional, el cuidado de los recursos naturales o el ahorro energético son temas de agenda urgentes, que fueron esbozados muy sucintamente en las políticas del sector.

Además, un nuevo orden en la relación entre Nación, provincias y municipios deberá ser motivo de renovadas reflexiones, análisis y propuestas para garantizar que los aparatos burocráticos no se transformen en barreras infranqueables que los alejen de la gente y sus necesidades. Los diferentes procesos de transformación en la administración pública, que se iniciaron con la reforma gerencial y hoy desembocan en el concepto de “gobierno abierto”, no parecen ser suficientes para atender la escala nacional de las problemáticas de un hábitat digno que incluyan a la vivienda en un circuito virtuoso de urbanización integral y participativa.

El salto cualitativo de la ciudad informal a la ciudad formal debe estar acompañado por acciones transdisciplinarias que develen el “rostro humano” del Estado. Estas acciones deben superar la espasmódica y anárquica inmediatez de mesas de trabajo donde todos opinan y nadie conduce. Para ello se vuelve necesaria la formación, la inserción y la participación de cuadros técnicos especializados y sensibilizados con las diversas y duras realidades de los barrios y asentamientos informales que se desparraman en todo el territorio nacional. ▀

Limitaciones actuales del sistema argentino de inteligencia criminal

Glen Evans

Las características propias de la criminalidad organizada enfrentan al Estado Nación a una realidad compleja frente a la cual no existen soluciones únicas ni sencillas. La única herramienta que posee el Estado para el combate de estas organizaciones es el “conocimiento” como herramienta para sustentar la toma de decisión en todos los niveles. En este contexto, este artículo analiza la situación actual del organismo coordinador del sistema argentino de inteligencia criminal (Dirección Nacional de Inteligencia Criminal) como responsable por la producción de conocimiento específico sobre los delitos complejos y la delincuencia organizada, analizando, principalmente, las limitaciones que presenta el mismo para cumplir con su función.

Todos los estados modernos poseen en sus estructuras organismos responsables de generar conocimiento para sustentar decisiones. Los organismos que sustentan las decisiones en los niveles de decisión más altos del Estado son conocidos habitualmente como organismos de inteligencia estratégica. En paralelo a estos organismos, se desarrollan múltiples oficinas estatales dedicadas a sustentar decisiones en todas las áreas de influencia del Estado (la economía, la defensa o la seguridad pública, entre otras). En el caso particular de la seguridad pública, los organismos de inteligencia con responsabilidad en el área deben producir conocimiento sobre los riesgos concretos que afectan o pueden afectar al ciudadano. Este conocimiento es el que debe llegar a los decisores con responsabilidad en el área, para anticipar los tipos de problemáticas que pueden manifestarse, definiendo las prioridades, los objetivos y la asignación correspondiente de recursos para prevenirlos.

Como parte de estos riesgos se reconoce a la criminalidad organizada. Dada la complejidad propia de las actividades características de este tipo de criminalidad, es un requisito previo a cualquier acción desde el Estado la producción de conocimiento de calidad sobre esta temática, con el objetivo de orientar el trabajo en todos los

niveles de decisión y de acción. Sin conocimiento sobre las características del fenómeno, al menos en el territorio nacional, es imposible plantear un debate serio sobre el tema y menos aún generar un plan nacional para prevenir y combatir este tipo de delitos.

En el caso argentino, la responsabilidad por la producción de conocimiento en el área de la seguridad pública –y en particular respecto a las actividades criminales que por su complejidad exceden las capacidades de la investigación policial tradicional– es de la Dirección Nacional de Inteligencia Criminal (DNIC). En el presente artículo se trabajará sobre el sistema de inteligencia criminal argentino centrándonos en la DNIC, su rol en el combate, principalmente, de la criminalidad organizada y sus limitaciones para asumir plenamente ese rol.

Crimen organizado

Existen tantas definiciones de Crimen Organizado (CO) y Crimen Organizado Transnacional (COT) como autores y organismos que trabajan la temática.

A pesar de ello, existen ciertas características que se repiten, representando una suerte de consenso académico a la hora de definir las generalidades del fenómeno. INTERPOL define el CO como “grupos que tienen una estructura corporativa cuyo objetivo primario es la obtención de ganancias mediante actividades ilegales, a menudo basándose en el miedo y la corrupción” (INTERPOL, 2004). En términos similares, en la convención contra el Crimen Organizado articulada por la ONU en Viena se define el CO como: “Grupos estructurados de tres o más personas que actúan en conjunto por un periodo de tiempo para realizar actividades criminales con el objetivo de obtener, directa o indirectamente, beneficio económico o material”. Esta convención define el COT en su artículo 2: cuando la actividad delictiva se comete en más de un Estado, o una sustancial parte de su preparación, planeamiento, dirección o control se

realice en un Estado distinto a donde se desarrolla el origen de la operación criminal (ONU, 2000).

Un grupo de personas que se reúnen para robar autos de alta gama en la provincia de Buenos Aires con el objetivo de desarmarlos y venderlos en distintos puntos de Capital Federal *puede definirse como CO*. Supongamos que este mismo grupo se contacta con un grupo de ciudadanos argentinos y paraguayos que se dedican a pasar vehículos robados por la frontera entre Argentina y Paraguay. A partir de este contacto deciden enviar a Paraguay parte de los autos robados, coordinando con sus “asociados” para pasarlos por la frontera, fraguar los papeles, adulterar los números de serie y venderlos en Asunción. Este tipo de organización *puede definirse como COT*. En el marco de las mismas definiciones se aceptaría también como representativo del CO y del COT a los grupos tradicionales representativos de la criminalidad organizada italiana o a grupos representativos de carteles mexicanos o colombianos.

Los ejemplos anteriores buscan demostrar que lo que llamamos CO o COT son grupos de complejidad, composición y actividades diversas. El objetivo de las definiciones es lograr un grado de abstracción que permita conocer las generalidades del fenómeno. Sin embargo, estas generalidades deben ser complementadas por un trabajo de campo y análisis serio para entender la manifestación real del fenómeno en cada caso.

Conocimiento accionable (CA)

Como se pudo observar anteriormente, el CO y el COT no son fenómenos homogéneos, son grupos de complejidad, composición y actividades diversas. Estas características enfrentan al Estado Nación a una realidad compleja frente a la cual no existen soluciones únicas ni sencillas. La única herramienta que posee el Estado para el combate de estas organizaciones es *el conocimiento*. El Estado necesita *entender* cómo se desarrollan el CO y el COT a partir de un análisis detallado de la composición, características y dinámica propia de cada uno de los actores que participan de una concepción amplia e integral del fenómeno.

En particular, es necesario que el Estado conozca y entienda a) la *dinámica de la oferta* en el territorio nacional, regional e internacional: composición de las organizaciones locales y transnacionales, tipos de actividades que desarrollan, productos y servicios que

comercializan y características operativas de sus actividades; b) las características de la *demand*a de cada uno de los productos y servicios que comercializan estas organizaciones;¹⁶ c) las características de las *víctimas* directas e indirectas de las actividades de estas organizaciones;¹⁷ y d) el nivel de penetración que estas organizaciones tienen en la estructura estatal, manifestada a través de los vínculos *político-criminales*.

El *conocimiento* integral del fenómeno es el que permite a los decisores en las distintas áreas y niveles del Estado poner en marcha las medidas necesarias para prevenir y combatir las manifestaciones del CO y del COT. El conocimiento es el paso previo a la generación de políticas públicas para la prevención y combate de las actividades de estas organizaciones o a la realización de operaciones para la desarticulación de organizaciones concretas, generando detenciones, judicializando los casos y condenando a los actores involucrados.

Más allá de los antecedentes históricos que relacionan y reducen los organismos de inteligencia a las actividades propias del secreto y el espionaje¹⁸ o a los abusos por parte del Estado, la función de estos organismos debería poder simplificarse como la administración de información y la producción de conocimiento para sustentar decisiones. En términos generales, gran parte de la bibliografía especializada coincide en que la inteligencia puede ser definida como *un proceso* de reunión y análisis de información o como *un producto* refinado entregado al decisor para sustentar acciones en contexto de incertidumbre (Richelson, 2008).

¹⁶ La demanda es tan diversa como la oferta, no es lo mismo el consumidor de cocaína, el consumidor de sexo o la persona que compra un DVD apócrifo en un puesto en la calle.

¹⁷ Todas las organizaciones definidas como CO o COT generan en el desarrollo de sus actividades víctimas directas e indirectas de mayor o menor impacto social. Entre las víctimas más desprotegidas pueden reconocerse las víctimas directas e indirectas de la tarta de personas (personas tratadas, familias, etcétera), las víctimas directas e indirectas del tráfico de armas (víctimas de guerras civiles, enfrentamientos entre grupos étnicos, etcétera) o las víctimas del tráfico de drogas (mulas, adictos, etcétera).

¹⁸ El espionaje no es sinónimo de inteligencia. Esta actividad está más relacionada con la recolección de información de fuentes cerradas o confidenciales. Es parte de la actividad, pero no es ni la más importante ni la que define y fundamenta su existencia.

En el caso particular de la *seguridad pública*, los organismos de inteligencia con responsabilidad en el área deben producir conocimiento sobre los riesgos concretos que afectan o pueden afectar al ciudadano. Este conocimiento es el que debe llegar a los decisores con responsabilidad en el área para *anticipar* los tipos de problemáticas que pueden manifestarse definiendo las prioridades, los objetivos y la asignación correspondiente de recursos para *prevenirlos*. Como se pudo observar en los párrafos anteriores, este conocimiento debe ser producido bajo la premisa de *anticipar*¹⁹ los escenarios futuros para reducir la incertidumbre que caracteriza a la toma de decisiones ante realidades complejas (Quiggin, 2007). El concepto que mejor define el tipo de conocimiento que estamos discutiendo en este trabajo es *Conocimiento Accionable (actionable knowledge)*. Este concepto es desarrollado por Thomas Quiggin en su libro *Seeing the Invisible*, definiéndolo como el conocimiento que permite *anticipar* los riesgos en situaciones complejas: es el producto final de inteligencia, obtenido a partir de la explotación de todas las fuentes relevantes, que debe llegar a manos del decisor para reducir la incertidumbre y el riesgo en la toma de decisiones sobre situaciones complejas (Quiggin, 2007).

Es necesario aclarar que este concepto no se agota en la producción de conocimiento. El mismo implica *la necesaria acción* que debe seguir a la producción de conocimiento. El producto no es completo si no es utilizado por el decisor para la ejecución de acciones concretas. También es importante destacar que la palabra acción no implica la ejecución de planes únicamente tácticos. Aquí “acción” implica la toma de decisión en todos los niveles. En el caso particular del combate del CO y del COT, este término implica, por ejemplo, la generación de una estrategia general para el combate de la trata de personas, abarcando desde la generación de leyes para facilitar la condena de los responsables, campañas de prevención o planes de contención e integración de las víctimas, hasta la concreción de

operaciones policiales-judiciales para la detención y procesamiento de responsables particulares.

Modelo de las tres i (*Intelligence Led Police*)

En el marco del desarrollo actual en materia de gestión de la seguridad pública, uno de los modelos que mejor explica la utilización de la inteligencia criminal, como una herramienta para la planificación y la gestión de la misma orientada a la prevención y el combate del CO y el COT, es *modelo de las tres i* propuesto por Jerry H. Ratcliffe (2003). Este autor trabaja el concepto de “*intelligence-led policing*” o *ILP* (policiamiento guiado por inteligencia), reconociendo que la planificación de la seguridad pública en todos los niveles debe fundamentarse en la producción de conocimiento específico sobre la materia. En este contexto, reconoce a la inteligencia criminal como el producto que debe llegar a manos del decisor para que el mismo tome las mejores decisiones-acciones en la materia. En particular, Ratcliffe define la *ILP* como: “la aplicación de la inteligencia criminal como una herramienta objetiva para la toma de decisión con el objetivo de facilitar la prevención y reducción del crimen” (Ratcliffe, 2003: 3). Sobre la base de este concepto define el modelo de las *tres i* como “un marco conceptual simplificado de cómo se logra la reducción del crimen en un ambiente de policiamiento guiado por inteligencia” (Ratcliffe, 2004: 10).

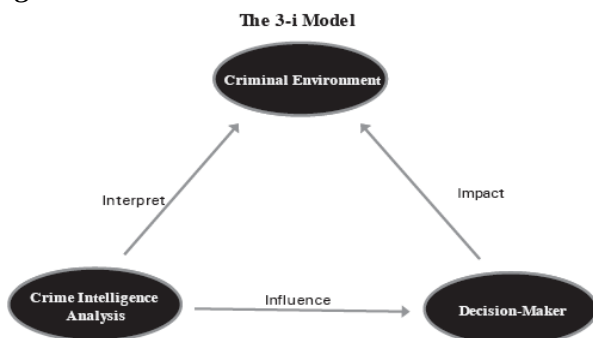
Teniendo en cuenta las definiciones anteriores, este modelo reconoce tres componentes: “el ambiente criminal” (AC) (*criminal environment*), “el análisis de inteligencia criminal” (IC) (*crime intelligence analysis*) y “el decisor” (*decision-maker*). Al ambiente criminal lo define como una realidad permanente, dinámica y cambiante –en cuanto a su forma, composición y tamaño– sobre la cual es posible actuar e influenciar. El análisis de inteligencia criminal representa la unidad de inteligencia criminal con responsabilidad en la producción de conocimiento en cada uno de los niveles. Y el decisor es el funcionario o los funcionarios con capacidad de decisión real en el marco de la seguridad pública.

En este contexto, el modelo propone tres relaciones entre los componentes (*interpret-influence-impact*). En primer lugar, la IC

¹⁹ El trabajo con escenarios sociales nos enfrenta a realidades complejas, donde la cantidad de variables en juego hacen imposible la predicción. Por este motivo, la función del analista no es predecir, sino anticipar los tipos de problemas u oportunidades que pueden sucederse en distintos escenarios.

“interpreta” el AC desde una postura proactiva²⁰ con el objetivo de identificar quiénes son los principales actores en el ambiente criminal y las principales amenazas emergentes. Luego de interpretar el AC, la IC debe identificar e “influnciar” al decisor, en base al producto de inteligencia surjido de la interpretación, para que éste accione directamente sobre el AC, “impactando” de manera positiva: logrando estrategias que logren la reducción de la criminalidad.

Imagen 1: Modelo de las tres i



Fuente: Zakir y Kule, 2007, 25.

Como se puede observar en este modelo, al igual que en la conceptualización del “conocimiento accionable”, la producción de inteligencia criminal es incompleta si no es seguida por acciones concretas. Tanto el analista como el decisor tienen la responsabilidad de dar el siguiente paso y lograr que el conocimiento producido se manifieste en acciones concretas que den como resultado estrategias y acciones que garanticen la reducción de la criminalidad.

Inteligencia criminal (IC)

Para evitar conflictos doctrinarios, en este trabajo se tomará la definición de inteligencia criminal que propone la Ley de Inteligencia Nacional 25.520 en su artículo 2, inciso 3: “la parte de la inteligencia referida a las actividades criminales específicas que, por su naturaleza, magnitud, consecuencias previsibles, peligrosidad

o modalidades, afecten a la libertad, la vida, el patrimonio de los habitantes, sus derechos y garantías y las instituciones del sistema representativo, republicano y federal que establece la Constitución Nacional”.

En esta misma dirección definiremos los distintos niveles de producción de inteligencia criminal en base a la conceptualización propuesta por José Manuel Ugarte: “Mientras que el nivel táctico está orientado hacia un propósito policial determinado –típicamente, el desbaratamiento de una organización criminal, o la prevención eficaz de determinado delito complejo–, el nivel estratégico está orientado hacia la formulación de alerta temprana y la determinación de amenazas en materia de delitos, generalmente a mediano y largo plazo, con la finalidad de establecer prioridades y adaptar a un país, una región o a una institución policial, para enfrentar adecuadamente las amenazas criminales que van surgiendo, orientando el planeamiento de corto, mediano y largo plazo y las políticas en materia de seguridad pública. De ese modo, mientras que el destinatario del nivel táctico son equipos de investigadores, los consumidores de inteligencia de nivel estratégico son los formuladores de decisiones de las instituciones, o los responsables políticos a nivel local, nacional o subregional” (Ugarte, 2011: 7).

Tomando esta definición, la diferencia principal del producto táctico y el producto estratégico se marca por el nivel de la decisión. El producto táctico está destinado a instancias de la toma de decisiones en las investigaciones concretas, mientras que el producto estratégico es necesario para la decisión tomada en un nivel más alto de la seguridad pública, donde se contempla el mediano y largo plazo y se establecen estrategias para la detección temprana y la prevención de todas las manifestaciones de este tipo de criminalidad.

Sistema argentino de inteligencia criminal

En el caso argentino, como ya se dijo, la responsabilidad por la producción de conocimiento accionable en el área de la seguridad pública y, en particular, respecto a las actividades criminales que por su complejidad exceden las capacidades de la investigación policial tradicional, es de la Dirección Nacional de Inteligencia Criminal (DNIC). Esta dirección fue creada en el marco de la Ley 25.520. Si bien la creación normativa de la DNIC se dio con la

²⁰ Este autor diferencia entre el “push model” (modelo reactivo) y el “pull model” (modelo proactivo) de recolección de información en el marco de la producción de inteligencia criminal, identificado el primero como un modelo pasivo basado en requerimientos de información bajo una lógica vertical, y el segundo como un modelo activo que requiere del analista una postura que garantice la obtención de la información.

promulgación de esta Ley el 3 de diciembre de 2001, no fue la primera experiencia por parte del Estado Nacional en crear un organismo con esta responsabilidad. En la Ley de Seguridad Interior 24.059 promulgada el 6 de enero de 1992 se creó una dirección con funciones similares a la DNIC, denominada Dirección de Inteligencia Interior (DII).

Fueron escasas las experiencias previas a la promulgación de la Ley de Seguridad Interior con respecto a los esquemas de inteligencia policial o de utilización de la inteligencia como una herramienta en la planificación de estrategias para la reducción y combate del delito. De hecho, como se puede observar en el trabajo de Esteban Germán Montenegro, la actividad de inteligencia policial se mantuvo, inicialmente, alejada del accionar delictivo y, posteriormente, mal utilizada en tareas de corte investigativo. En palabras del autor, “la problemática planteada por el accionar estrictamente delictivo no se instaló como un asunto relevante desde la perspectiva de la seguridad interior en la Argentina” (Montenegro, 2005: 127).

En esta misma dirección, al referirse a las estructuras de inteligencia de las fuerzas de seguridad (FFSS) y las fuerzas policiales (FFPP), este autor afirma que “estas estructuras funcionaban en general como compartimientos estancos que cumplían funciones de recolección de información, análisis y difusión de inteligencia, así como de asesoría (como parte de una plana mayor) a la conducción superior policial. Además, y abonando en parte esta separación, fue una práctica bastante común que a las dependencias de inteligencia les fuera asignada tradicionalmente una serie de tareas que acentuaron notablemente la modalidad de trabajo estanco. [...] Finalmente y quizás más recientemente, las instancias de inteligencia fueron empleadas en el cumplimiento de tareas netamente investigativas, a veces por decisión de la propia conducción policial, otras veces al amparo de decisiones de origen judicial que asignaron a estas dependencias la continuación de investigaciones en función judicial” (Montenegro, 2005: 127).

Como se mencionó anteriormente, en el marco del texto original de la Ley de Seguridad Interior se creó la Dirección de Inteligencia Interior (DII). La misma fue considerada como parte de la estructura de apoyo de la Subsecretaría

de Seguridad Interior.²¹ En particular, la DII fue creada como una *oficina de coordinación* de los órganos de información e inteligencia de las FFPP y FFSS federales y de las policías provinciales que adhirieran al proyecto. El mismo se encontraba formado, casi exclusivamente, por personal superior de las FFPP y FFSS federales. Esta dirección fue creada como un órgano de dirección sin capacidad de obtención de información propia ni análisis. La capacidad de recolección de información y análisis estaba a cargo de las áreas especializadas de cada una de las FFPP y FFSS. A pesar de la creación jurídica de la dirección y su especificidad funcional, la DII nunca se conformó como un órgano de producción de conocimiento. La falta de personal idóneo para la formación de un cuerpo con capacidad de dirigir la obtención de información y el análisis de ésta, sumado a la falta de continuidad por parte de los decisores para superar estos obstáculos, dieron como resultado su fracaso. En palabras de José Manuel Ugarte, los motivos fueron los siguientes: “dificultades burocráticas perjudicaron su desempeño, fue conformado inicialmente con personal que en muchos casos carecía de la necesaria formación. Tampoco favoreció la aplicación de las normas y escalafón ordinario de la función pública, poco propicio para esta actividad, que requiere prioritariamente contar con excelentes analistas, plenamente formados” (Ugarte, 2011: 12).

Ley de Inteligencia Nacional

Como se observa, entre la promulgación de la Ley de Seguridad Interior y la de la Ley de Inteligencia Nacional –desde la creación de la DII hasta la de la DNIC– pasaron diez años. Conceptualmente, la DNIC se presentó como una continuidad asumida por parte del Estado Nacional en la producción de inteligencia criminal, buscando superar las limitaciones propias de la DII y creando un organismo de inteligencia con capacidad de producir conocimiento con medios propios. En términos generales, la Ley de Inteligencia Nacional tiene como finalidad ordenar el sistema nacional de inteligencia al definir la función específica de

²¹ La Subsecretaría de Seguridad Interior es el antecesor inmediato de la actual Secretaría de Seguridad, cuya función fue y es asistir al ministro del área específica (ministro de Seguridad, a partir de la creación del Ministerio específico en el año 2010) sobre todos los temas referentes a la seguridad pública.

cada uno de los organismos que lo componen.²² En ella se reconocen tres organismos de inteligencia: la Agencia Federal de Inteligencia (AFI),²³ la Dirección Nacional de Inteligencia Criminal (DNIC)²⁴ y la Dirección Nacional de Inteligencia Estratégica Militar (DNIEM). La AFI se define en esta ley como el organismo de dirección del sistema y como uno de producción de inteligencia nacional.²⁵ Como se observó antes, la DNIC se define como la responsable de la producción de inteligencia criminal y la DNIEM de la producción de inteligencia estratégica militar.²⁶ Sin perjuicio de la dirección que ejerce la AFI sobre el sistema de inteligencia y al margen de los inconvenientes que genera la existencia de un organismo con capacidad de dirección del sistema y de producción de inteligencia,²⁷ la

²² Hasta la promulgación de la Ley de Inteligencia Nacional, la mayor parte de la legislación referida a los organismos de inteligencia nacionales era de carácter secreto.

²³ La Ley 27.126 del 25 de febrero de 2015 reemplaza a la Secretaría de Inteligencia por la Agencia Federal de Inteligencia.

²⁴ La Ley 27.126 y el Decreto 1311 de 2015 plantean reducciones en las competencias de la DNIC. En particular, este último estipula que “la Dirección de Inteligencia Criminal (DINICRI), dependiente del Ministerio de Seguridad, tiene como función la producción de inteligencia criminal, aunque aquella referida a delitos federales complejos o delitos contra los poderes públicos y el orden constitucional, está a cargo de la AFI”. La misma normativa deja abierta la posibilidad de delegar las competencias reducidas en la DINICRI, y establece: “Asimismo, la AFI puede encomendar o delegar a la DINICRI algunas de las labores de producción de inteligencia criminal, o algunos aspectos de la misma, relativa a delitos federales complejos contra los poderes públicos y el orden constitucional, lo que debe hacerse mediante protocolos funcionales”. Al margen del texto de la norma, la aplicación de la misma ha sido casi nula hasta la fecha.

²⁵ En el marco de la Ley de Inteligencia Nacional, se le asignaba a la Secretaría de Inteligencia la dirección del sistema, la producción de inteligencia nacional y la coordinación de las actividades de contrainteligencia. La misma ley define la inteligencia nacional como “la actividad que consiste en la obtención, reunión, sistematización y análisis de la información específica referida a los hechos, amenazas, riesgos y conflictos que afecten la seguridad exterior e interior de la nación”.

²⁶ La Ley de Inteligencia Nacional define la inteligencia estratégica militar como “la parte de la inteligencia referida a las capacidades y debilidades del potencial militar de los países que interesen desde el punto de vista de la defensa nacional, así como el ambiente geográfico de las áreas estratégicas operacionales determinadas por el planeamiento estratégico militar”.

²⁷ La dualidad que presenta la ex Secretaría de Inteligencia como órgano director y productor en el marco del sistema de

DNIC depende orgánicamente del Ministerio de Seguridad a través de la Unidad de Coordinación General de esta dependencia.²⁸

Más allá de la creación formal de la DNIC en el año 2001, hasta el año 2005 no se dispusieron los recursos necesarios para la creación real de la dirección. Durante ese año se realizaron dos concursos públicos para la incorporación de profesionales, que dieron lugar a la conformación inicial del cuerpo de analistas de la dirección. Si bien más adelante en este trabajo se tratará la situación actual de la DNIC, es importante destacar en este apartado que, una vez culminados los dos concursos iniciales, no se recurrió a nuevos concursos públicos para reemplazar las bajas de personal, ni para ampliar el cuerpo de analistas del organismo.

Como se pudo observar anteriormente, en el marco de la Ley de Seguridad Interior y la Ley de Inteligencia Nacional se especifican las bases generales del sistema de seguridad interior y, como parte del mismo, del sistema nacional de inteligencia criminal. En esta misma dirección, por Resolución Ministerial 1014/11 se reconoce la existencia de un Subsistema de Inteligencia Criminal (SICRI) conformado por el área específica dedicada a la materia de cada una de las fuerzas de seguridad federales que componen el sistema nacional de seguridad pública.²⁹ En particular, se reconoce como parte del sistema de seguridad interior a la Policía Federal Argentina (PFA), la Gendarmería Nacional Argentina (GNA), la Prefectura Naval Argentina (PNA) y la Policía de Seguridad Aeroportuaria (PSA) y como parte del SICRI a la Dirección General de Inteligencia Criminal de la PFA, la Dirección

inteligencia nacional genera contradicciones y conflictos en la relación cotidiana entre este organismo y la DNIC, presentando solapamientos de funciones y competencias por espacios y presupuesto.

²⁸ La Ley 27.126 en su artículo 7 estipula lo siguiente: “Transfíranse a la órbita de la Agencia Federal de Inteligencia las competencias y el personal que se requiera de la Dirección Nacional de Inteligencia Criminal, dependiente del Ministerio de Seguridad, referidas a las actividades de inteligencia relativas a los delitos federales complejos y los delitos contra los poderes públicos y el orden constitucional”. Más allá de lo estipulado por esta ley, actualmente la relación entre la AFI y la DNIC no existe, y siguen trabajando como compartimientos estancos en el marco del recelo que caracterizó la relación de ambos organismos.

²⁹ Actualmente el SICRI sigue existiendo con dependencia funcional no jerárquica.

General de Inteligencia Criminal de GNA, la Dirección General de Inteligencia Criminal de PNA y la Dirección General de Inteligencia Criminal Aeroportuaria de PSA.

Imagen 2: Subsistema de inteligencia criminal



Fuente: Minseg, 2013.

Principales limitaciones del sistema argentino de inteligencia criminal

Dada la relevancia de la DNIC en el Sistema de Inteligencia Criminal argentino –y tal como se pudo observar en el primer apartado, debido a la complejidad del CO y el COT como fenómeno de análisis–, es necesario comprender algunas de las principales limitaciones que existen para el desarrollo de su función:³⁰ a) problemas de dirección o gerenciamiento del sistema de inteligencia criminal; b) ausencia de despliegue territorial y trabajo entre agencias federales y provinciales; c) ausencia de planes sostenidos de formación y carrera orientados a los cuerpos de recolección y de análisis; d) ausencia de modelo

³⁰ La lista de limitaciones no abarca todas las limitaciones que presenta el sistema, sino las que considero son las primeras que es necesario superar. En el marco de la extensión propuesta para el presente trabajo, se presentarán las cuatro limitaciones que considero más importantes de una lista de seis que surgen de un trabajo anterior más extenso.

nacional de inteligencia criminal y de una doctrina común entre los miembros del subsistema de inteligencia criminal.

Problemas de dirección o gerenciamiento del sistema

Si entendemos la inteligencia como un proceso de reunión y análisis de información, se puede aceptar tradicionalmente que el producto final surge de un ciclo dividido en cuatro etapas:³¹ dirección, recolección, análisis y diseminación. Durante la primera etapa se define la orientación del esfuerzo de recolección y análisis en función de las necesidades del decisor. El problema surge cuando el decisor no conoce sus necesidades informativas y no posee información general sobre las problemáticas del área que gerencia. Sin dirección, el esfuerzo invertido en las siguientes etapas del ciclo no producirá conocimiento de interés. En seguridad pública, la única forma de que el ciclo de inteligencia se dirija a la producción de conocimiento de utilidad es que los decisores sean una burocracia informada y especializada en el área. También respecto al gerenciamiento de la inteligencia, para lograr una producción de conocimiento y una evaluación que sean de utilidad, es necesario que antes nos preguntemos cómo estamos gerenciando los recursos de los que disponemos para la producción de inteligencia. No me refiero al cuerpo legal que define cómo se organiza el sistema, cuál es su función y cómo se lo controla, sino al gerenciamiento concreto de los recursos de los que dispone el sistema de inteligencia y de los organismos que forman parte del mismo. Sin gerenciamiento del sistema no hay producción, y sin la creación de una burocracia especializada no hay gerenciamiento. Para que todos los organismos del área trabajen coordinadamente hacen falta la formación de especialistas y la generación de planes de carrera en todos los niveles (recolectores, analistas, directores) en paralelo a la generación de cursos de formación para decisores con responsabilidad en el área.

Teniendo en cuenta lo anterior, en el caso argentino existen dos factores que condicionan la dirección del ciclo en los temas relacionados con la seguridad pública y el gerenciamiento del

³¹ La concepción norteamericana considera un ciclo de cinco etapas, agregando una de procesamiento entre la recolección y el análisis.

organismo: a) la función de la AFI como organismo encargado de dirigir el esfuerzo de producción de inteligencia criminal; y b) la falta de formación y el perfil investigativo-judicial de los cuerpos que dirigieron desde su creación la DNIC. En referencia al primer punto, la dirección de la DNIC por parte de la AFI supone un doble problema: en primer lugar, pone en manos de un organismo de inteligencia estratégica la coordinación de un organismo de inteligencia criminal y, a partir de las modificaciones normativas del 2015, directamente la producción de inteligencia criminal en manos del mismo; el segundo problema es de hecho, porque históricamente –ante la inexistencia de un organismo de inteligencia criminal en la argentina– la ex SIDE asumió de hecho la responsabilidad por la “producción” de inteligencia criminal y, en casos particulares, la investigación de delitos complejos.³² Esta situación no finalizó con la creación de la DII ni con la creación de la DNIC, creando una situación de competencia entre organismos. En palabras de José Manuel Ugarte, “se debe señalar no obstante que no ha concluido la actividad de la Secretaría de Inteligencia en materia de investigación criminal e inteligencia criminal, asumida anteriormente ante la inexistencia a la sazón de un organismo de inteligencia criminal, circunstancia que genera un inevitable conflicto de competencias con la DNIC” (Ugarte, 2011: 12).

En referencia al segundo punto, en las últimas gestiones los puestos directivos dentro de la DNIC han sido ocupados por funcionarios con experiencia exclusivamente en el sistema judicial (ex fiscales y funcionarios judiciales) o sin experiencia previa, marcando dentro de la dirección una excesiva impronta jurídica o la falta absoluta de impronta.³³ Si bien la experiencia jurídica es necesaria por las características de la producción de inteligencia criminal y la finalidad de la misma, esta excesiva impronta ha confundido el objetivo de producción de la

dirección, que es utilizada más bien como un cuerpo policial en función judicial, olvidando que es un organismo de inteligencia con responsabilidad en la producción de conocimiento, más allá de los hechos particulares.

Ausencia de despliegue territorial y trabajo entre agencias federales y provinciales

Siguiendo los lineamientos del punto anterior, no existe actualmente una concepción de un *modelo de inteligencia criminal nacional desde una perspectiva federal*.³⁴ Eso inhibe la capacidad de producción intermedia de conocimiento y el intercambio nacional entre cuerpos que hablen el mismo idioma, restringiendo la capacidad de producción únicamente a los cuadros nacionales. Este problema no se limita únicamente a los cuadros de análisis: las mismas limitaciones se observan también en el marco del subsistema de inteligencia criminal del cual forman parte todos los organismos con responsabilidad de recolección de datos y producción de información de las FFPP y FFSS federales.³⁵ La restricción del subsistema de inteligencia criminal únicamente a los cuadros especializados de las FFPP y FFSS federales deja fuera del mismo a los cuadros especializados en recolección de información de los cuerpos policiales provinciales. Esta realidad presenta serias limitaciones al conocimiento del terreno y a la proyección territorial del subsistema.

El problema es más profundo: desde su creación hasta la fecha, la relación entre la DNIC y los funcionarios de las FFPP y FFSS miembros del subsistema de inteligencia criminal ha sido prácticamente inexistente, restringiéndose a algunos requerimientos aislados de información. Eso dificulta aún más la capacidad de presencia en el territorio de la DNIC y genera una desconexión entre los cuadros de análisis y el terreno. Las dificultades que generan la falta de desarrollo, ordenamiento y articulación de esta relación convierten a la DNIC en un organismo con serias

³² Uno de los casos más conocidos donde la Secretaría de Inteligencia se manifestó como un organismo de investigación criminal fue durante el secuestro de Axel Blumberg en el año 2004.

³³ Desde el comienzo de la gestión de seguridad del actual gobierno, nunca se ha designado un director nacional de inteligencia criminal, dejando acéfalo el organismo y haciéndolo depender, de acuerdo al momento, de un secretario o subsecretario del Ministerio de Seguridad.

³⁴ Existen experiencias provinciales aisladas, como el caso de la provincia de Mendoza, que posee en la estructura de seguridad provincial una dirección de inteligencia criminal encabezada por un civil.

³⁵ En charlas informales, funcionarios del Ministerio de Seguridad Nacional me comentaron que actualmente se encuentran trabajando en la unificación y estandarización de los procedimientos de obtención y formación de los cuadros miembros del subsistema de inteligencia criminal.

dificultades para la producción de conocimiento útil sobre organizaciones criminales.

Ausencia de planes sostenidos de formación y carrera orientados a los cuerpos de recolección y de análisis

Cuando en el año 2005 se realizaron las dos únicas convocatorias públicas para la selección de analistas para la DNIC, el personal seleccionado realizó un curso de formación en análisis de inteligencia criminal³⁶ de 10 meses. A partir del segundo ingreso no se realizaron más cursos de formación para las nuevas incorporaciones, ni cursos de actualización para el personal ingresado durante los dos primeros años de vida del organismo.³⁷ Desde el 2006 hasta el año 2012 el personal no contó con ningún tipo de formación específica en el área, más allá de las directivas propias del trabajo diario. En 2012 se creó la Escuela de Inteligencia sobre el Delito (ESID) en el marco de la DNIC y se realizó un primer curso denominado “curso de formación para el análisis de inteligencia criminal”, cuyo objetivo principal era brindar herramientas analíticas específicas al personal que había ingresado a la DNIC después del año 2006, integrando al curso a personal del área de inteligencia criminal de las FFPP y FFSS federales y, en calidad de invitados, a personal del Servicio Penitenciario Federal y de las policías provinciales.³⁸ Durante el año 2018 el ESID fue desarticulado, no siendo reemplazado hasta la fecha por ningún otro centro de formación.

Hay que destacar que, en todos los casos, la experiencia de los cursos brindados por el ESID fue positiva y permitió un acercamiento entre las FFPP y FFSS federales, provinciales, el servicio penitenciario federal y la DNIC. Sin embargo, al

margen de los esfuerzos del organizador por ampliar la oferta de formación y tras la desarticulación de el ESID, no existe actualmente un plan de formación ni de actualización sostenido que permita plantear un plan de carrera para los funcionarios de la DNIC, ni para los miembros de la dirección general de inteligencia criminal de cada una de las FFPP y FFSS federales y provinciales.

Ausencia de modelo nacional y de una doctrina común

El principal problema que presenta hoy la DNIC es la inexistencia de un *modelo nacional de inteligencia criminal* que defina claramente qué es lo que se espera de este organismo en todos los niveles y, en consecuencia, qué es lo que se espera del sistema nacional de inteligencia criminal y del subsistema nacional de inteligencia criminal. La ausencia de un modelo se manifiesta en la inexistencia de una doctrina común que ordene los criterios básicos de trabajo entre los miembros del Subsistema Nacional de Inteligencia Criminal. Actualmente no existe una unificación de criterio sobre la dirección, las formas y medios de obtención de información, sobre las pautas para su intercambio entre organismos del subsistema y las instancias de análisis, ni sobre la formación de cada uno de los cuadros. Si bien se trabajó desde el ESID para aprovechar los cursos de formación para lograr cierta homogeneidad en las definiciones y los conceptos a la hora de hablar de inteligencia criminal, es necesario lograr un cuerpo doctrinario que ordene lo que cada fuerza entiende por inteligencia criminal y los contenidos con los que forman a su personal. Este cuerpo doctrinario debe surgir naturalmente de la construcción de un modelo nacional de inteligencia criminal que tenga como objetivo principal definir los límites del sistema y superar, entre otros, los obstáculos planteados en este informe.

La definición del modelo nacional de inteligencia criminal y sus derivaciones en el funcionamiento de cada uno de los componentes del mismo es una responsabilidad exclusiva e ineludible de los cuadros político-técnicos del Ministerio de Seguridad Nacional, condicionada a la existencia previa de una voluntad política concreta y sostenida en el tiempo para dar inicio y continuidad a un proyecto que requiere planificación a mediano y largo plazo. Marcelo

³⁶ El curso estaba orientado a la formación de analistas de inteligencia criminal con una fuerte carga penal-legal.

³⁷ Los únicos cursos realizados por el personal de la DNIC en este periodo fueron pedidos por individuos específicos a partir de búsquedas personales y en el marco de la oferta académica sobre estos temas. No hubo desde la DNIC oferta alguna de cursos de formación o actualización para su personal.

³⁸ Durante la primera edición de este curso se presentaron 30 cursantes: 20 de las FFPP y FFSS federales y del servicio penitenciario federal, y 10 de la DNIC. Durante la segunda y tercera edición del curso, realizadas durante 2013 y 2014, se presentaron 24 y 30 cursantes. Hasta el año 2017 el curso fue realizado dos veces por año, una para personal de FFPP, FFSS y personal de organismos federales, y otra para personal de las FFPP provinciales.

Saín, al hablar de la reforma policial, define claramente el necesario “gobierno político de la seguridad pública” al determinar e implementar cualquier política o estrategia en el área: “Sin dudas, estas son responsabilidades excluyentes de las autoridades gubernamentales y, en particular, de los funcionarios políticos y técnicos encargados de la dirección de la seguridad pública. Las policías son instrumentos institucionales de gestión de conflictos. No obstante, la decisión acerca de dónde, cuándo y cómo hacer uso de esos instrumentos es una cuestión política y, si no se encara de esa forma, se produce una suerte de desafección política grave” (Saín, 2009: 27).

Conclusiones

El rol de la DNIC es la coordinación del sistema nacional de inteligencia criminal para la producción de conocimiento que lleve a la acción concreta en todos los niveles de decisión, con el objetivo de optimizar las herramientas del Estado para la prevención y el combate del CO y el COT. Dadas las limitaciones que presenta actualmente el sistema en general y la DNIC en particular, no están dadas las condiciones para que la misma produzca conocimiento de calidad o conocimiento accionable que signifiquen un aporte real y sustantivo, ni logren un efecto profundo sobre el ambiente criminal. En consecuencia, en las circunstancias actuales el Sistema de Inteligencia Criminal en general está lejos de cumplir el rol para el cual fue pensado y creado.

Siguiendo parcialmente la lista de limitaciones que se ha trabajado en este trabajo, me parece pertinente aprovechar la conclusión para enumerar algunos temas cuyo debate es importante para empezar a trabajar en su superación. Los puntos a plantearse no pretenden ser exhaustivos, son sólo una primera aproximación a algunos lineamientos que, considero, deberían ser parte de un trabajo más profundo sobre todos los niveles del sistema nacional de inteligencia criminal.

En primer lugar, es necesario replantear el papel de la DNIC, tomando seriamente su lugar como organismo rector en la producción de conocimiento sobre delitos complejos y, en particular, sobre la criminalidad organizada. Esta iniciativa debe ser acompañada por la consolidación de un modelo nacional de inteligencia criminal con el objetivo de integrar a todos los actores relevantes en la obtención y

producción de información y conocimiento sobre seguridad pública y a los decisores del área, orientando a los primeros a producir conocimiento de calidad sobre la foto completa de la situación sobre la criminalidad organizada en todo el territorio nacional, y a los segundos en la toma concreta de decisiones para reducir el ambiente criminal. Como se observó anteriormente, dar inicio a esta iniciativa depende directamente de los cuadros político-técnicos del Ministerio de Seguridad Nacional en el marco de una decisión y una voluntad políticas de encarar este proceso como un tema relevante en la agenda nacional.

En segundo lugar, la consolidación del modelo nacional mencionado en el punto anterior debe desarrollarse en paralelo a un proceso de descentralización de la generación de conocimiento que permita la creación de instancias medias o locales de producción de inteligencia criminal. Esto puede plantearse como una iniciativa nacional coordinada a través de la DNIC en el marco de un acuerdo federal para comenzar la creación de organismos de análisis de inteligencia aplicada a la criminalidad compleja que garanticen despliegue territorial y participación de los organismos de seguridad provinciales. Estos organismos deberían contar en sus oficinas con analistas civiles de perfil generalista, similares a los reclutados por la DNIC, trabajando para generar conocimiento sobre la situación de la criminalidad en sus respectivas provincias y respondiendo a requerimientos puntuales de la DNIC en el marco de un plan estratégico de producción nacional de inteligencia criminal. El objetivo de esta iniciativa es incentivar la producción de conocimiento en instancias medias a través de la formación de redes de analistas que manejen códigos similares de producción de conocimiento y lleguen a los decisores de área en todos los niveles.

En tercer lugar, este compromiso debe ser acompañado por la implementación de planes de formación y perfeccionamiento de los cuerpos de analistas que garanticen la posibilidad de desarrollar una carrera en el área y la continua formación de los cuerpos a través de convenios con universidades locales y extranjeras y la asignación de becas para su formación. En paralelo, la formación de los analistas debe ser acompañada, necesariamente, por un esfuerzo para mejorar el entrenamiento, la integración y el desarrollo de los cuerpos dedicados a la obtención

o recolección de información en todos los organismos de inteligencia de las fuerzas policiales y de seguridad federales y de las policías provinciales. En el caso de las fuerzas policiales provinciales, a través de acuerdos entre el gobierno nacional y las gobernaciones provinciales. Este entrenamiento debe ser planteado reforzando el concepto de trabajo con fuentes humanas (HUMINT), coordinando el trabajo con informantes, infiltrados y testigos protegidos, sin dejar de lado los medios de obtención a través del seguimiento técnico (vigilancia técnica). El esfuerzo de capacitación para la obtención de información debe ser acompañado por un debate legislativo para generar el cuerpo normativo que facilite, controle y defina los límites de la utilización de las herramientas planteadas, y proteja a los funcionarios involucrados, los testigos y las herramientas para permitir el trabajo con informantes.

En cuarto lugar, el esfuerzo de formación y consolidación del Subsistema de Inteligencia Criminal debe darse en paralelo a un esfuerzo de integración y construcción de enlaces institucionales sólidos entre la DNIC y las FFPP y FFSS federales, con el objetivo de integrar el terreno a la información a disposición de los analistas. Esta integración debe ser acompañada por la inclusión en los planes de formación de los analistas de los elementos necesarios para que comprendan las capacidades de obtención y recolección de información al alcance de las FFPP y FFSS, para entender las capacidades y limitaciones a la hora de realizar los requerimientos de información. La función de estos enlaces es superar el aislamiento del terreno que presenta hoy la DNIC.

Para cerrar, es importante destacar que la creación legal de la DNIC en el año 2001 y su creación formal en el año 2005 fue un gran avance conceptual en el combate de la criminalidad organizada. En paralelo, la creación de un ministerio específico de seguridad en el año 2010 confirma la visión del Estado de que la seguridad pública es un tema prioritario en la agenda nacional. Sin embargo, hasta la fecha la DNIC no contó con un apoyo político sostenido para poder superar la inercia propia de su condición de organismo nuevo y ocupar el lugar para el que fue creada como elemento central del sistema nacional de inteligencia criminal y recurso vital del Estado

para encarar seriamente la prevención y el combate de la criminalidad organizada. Si no hay un proyecto para sustentar un cambio radical y sostenido con el objetivo de superar las limitaciones que inhiben a la DNIC de cumplir su función, la misma seguirá siendo únicamente la oficina de la administración pública nacional con mayor concentración de profesionales y no el organismo central del sistema nacional de inteligencia criminal encargada de producir conocimiento de calidad para respaldar la toma de decisiones que afecten profundamente la composición y volumen del ambiente criminal en lo referido a los delitos complejos y la criminalidad organizada. ▀

Bibliografía

- Baker ET (2009): *Intelligence-led policing: leadership, strategies & tactics*. Nueva York, Looseleaf.
- Carter D (2004): *Law enforcement intelligence: a guide for state, local, and tribal law enforcement agencies*. Michigan, School of Criminal Justice.
- Cope N (2004): "Intelligence led-policing or policing led-intelligence?". *Criminology*, 44.
- Colonel J y R Fuentes (2006): "New jersey state police practical guide to intelligence-led policing". *The project committee to integrate intelligence-led policing within the new jersey state police*. New Jersey.
- Edmund F, J Mcgarrell, D Freilich, S Chermak (2007): "Intelligence-led policing as a framework for responding to terrorism". *Journal of contemporary criminal justice*, 23 (2).
- Gul Z y A Kule (2013): "Intelligence led-policing: how the use of crime intelligence analysis translates in to the decision-making". *International journal of security and terrorism*, 4(1).
- Mcdowell D (1997): *Strategic intelligence and analysis, guidelines on methodology & applications*. Sydney, The intelligence study centre.
- Montenegro G (2005): "El desarrollo de la inteligencia criminal en la republica argentina: entre los condicionantes de la seguridad estatal y la militarización". En *Políticas de seguridad y justicia penal en Argentina*. Buenos Aires, Cepes.
- Peterson M (2003): "Intelligence-led policing: the new intelligence architecture". *Bureau of justice assistance*. Washington.

Quiggin T (2007): *Seeing the invisible: national security intelligence in an uncertain age*. London, World Scientific Publishing.

Ratcliff HJ (2003): "Intelligence-led policing". *Australian institute of criminology*, 248.

Ratcliff HJ (2005): "Intelligence-led policing". En *Environmental criminology and crime analysis*. Cullompton, Devon, Willan Publishing.

Ratcliff HJ (2008) *Trabajo policial guiado por inteligencia: anticipando el riesgo e influenciando la acción*. Ialeia.

Richelson JT (2008): *The US intelligence community*. Colorado, Westview.

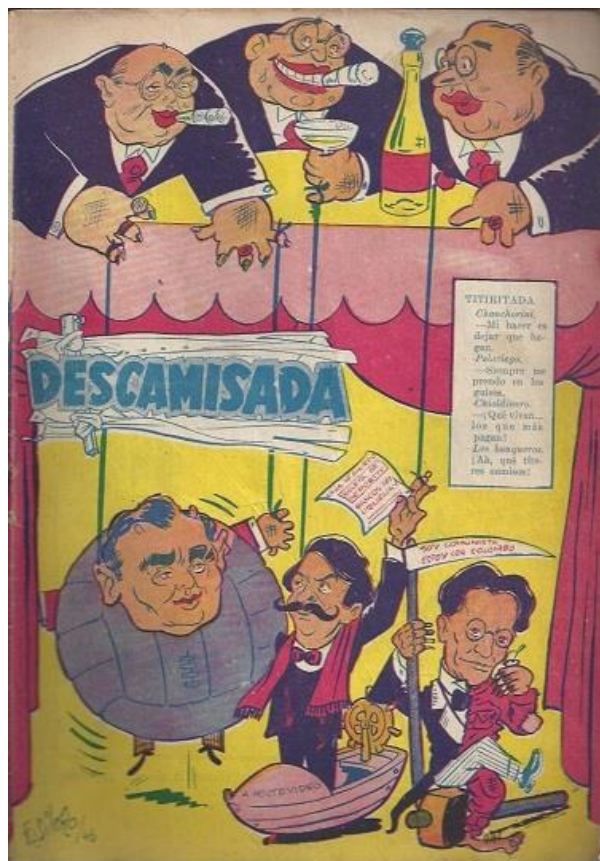
Saín M (2010): *La reforma policial en América Latina. Una mirada crítica desde el progresismo*. Buenos Aires, Prometeo.

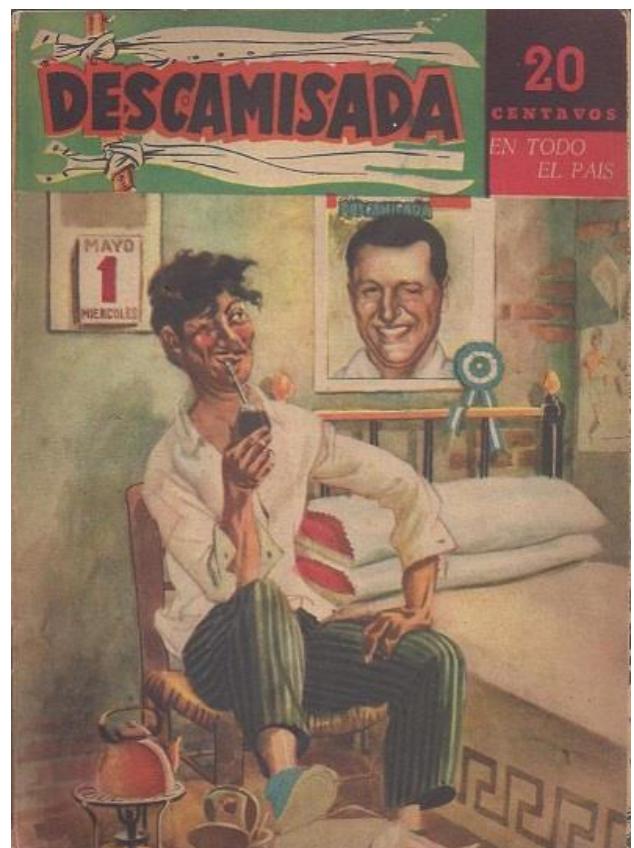
Ugarte JM (2011): *La actividad de inteligencia en América Latina y el surgimiento de la inteligencia criminal: nuevos y viejos paradigmas en un panorama en evolución*. <http://www.resdal.org/lasa/lasa07-ugarte.pdf>.

Archivo: Revista *Descamisada*

La revista *Descamisada* salió para la campaña electoral de 1946 y se prolongó hasta el año 1948. Colaboraron en ella, entre otros, Arturo Jauretche (con el seudónimo Juan Fabriquero), Juan Carlos Gianella, Fernando García Della Costa, José Gobello, Luis Alcobre o Arístides Rechain, quienes hicieron un uso inteligente del humor para la política, reflejando un clima festivo y de alegría que trasuntan las tapas. Las referencias bibliográficas disponibles sobre esta revista son muy escasas.

Fuente: Darío Pulfer, www.peronlibros.com.ar/editoriales/2009/descamisada.





Revista Movimiento

Director: Mariano Fontela

Editor: Fernando Proto Gutiérrez

Comunicación: Lucas N. Diez

Correo Electrónico: editor@revistamovimiento.com

ISSN: en trámite

Arkho Ediciones. RL-2017-23569986-APN-DNDA#MJ.

arkho@arkhoediciones.com. 54-11-6642-6798.



Movimiento está abierta a la colaboración de quienes deseen expresar en ella sus opiniones. Los textos serán publicados de dos maneras: a) individualmente en la página web de la revista, y b) agrupados por orden cronológico en archivos pdf, en números sucesivos que serán enviados por email a quienes se inscriban en el listado de distribución. En ambos casos será completamente gratuito el acceso a la publicación y a todas las secciones.

Los escritos que se remitan para ser incluidos en la revista deben ser originales e inéditos. No se publicarán artículos que contengan opiniones en contra de personas o agrupaciones. En la primera página se debe consignar: título, nombres, fotos y brevísima referencia curricular de todos sus autores. Los escritos a ser publicados no deben tener una extensión mayor a 10.000 caracteres con espacios. No se deben usar negritas, subrayados o viñetas. La letra itálica o cursiva debe ser usada solo para indicar títulos de publicaciones y para palabras en otros idiomas, y el entrecomillado sólo para citas textuales. Las notas deberán ir al final y no al pie de cada escrito. Las referencias bibliográficas de los artículos académicos deberán estar incluidas dentro del cuerpo del texto, de acuerdo con la normativa APA, consignando los datos entre paréntesis. El formato requerido en la bibliografía al final del texto será el siguiente: “Apellidos, iniciales de los nombres en mayúsculas (año): título sin comillas en cursiva. Ciudad, editorial”. Si un escrito incluyera tablas, gráficos o mapas, deberá citarse en cada caso su fuente. Tablas, gráficos o mapas deberán estar incrustados en el texto para conocer exactamente su ubicación, pero además deberán remitirse en archivos separados para que pueda modificarse su tamaño, escala, color, letra, etc.

